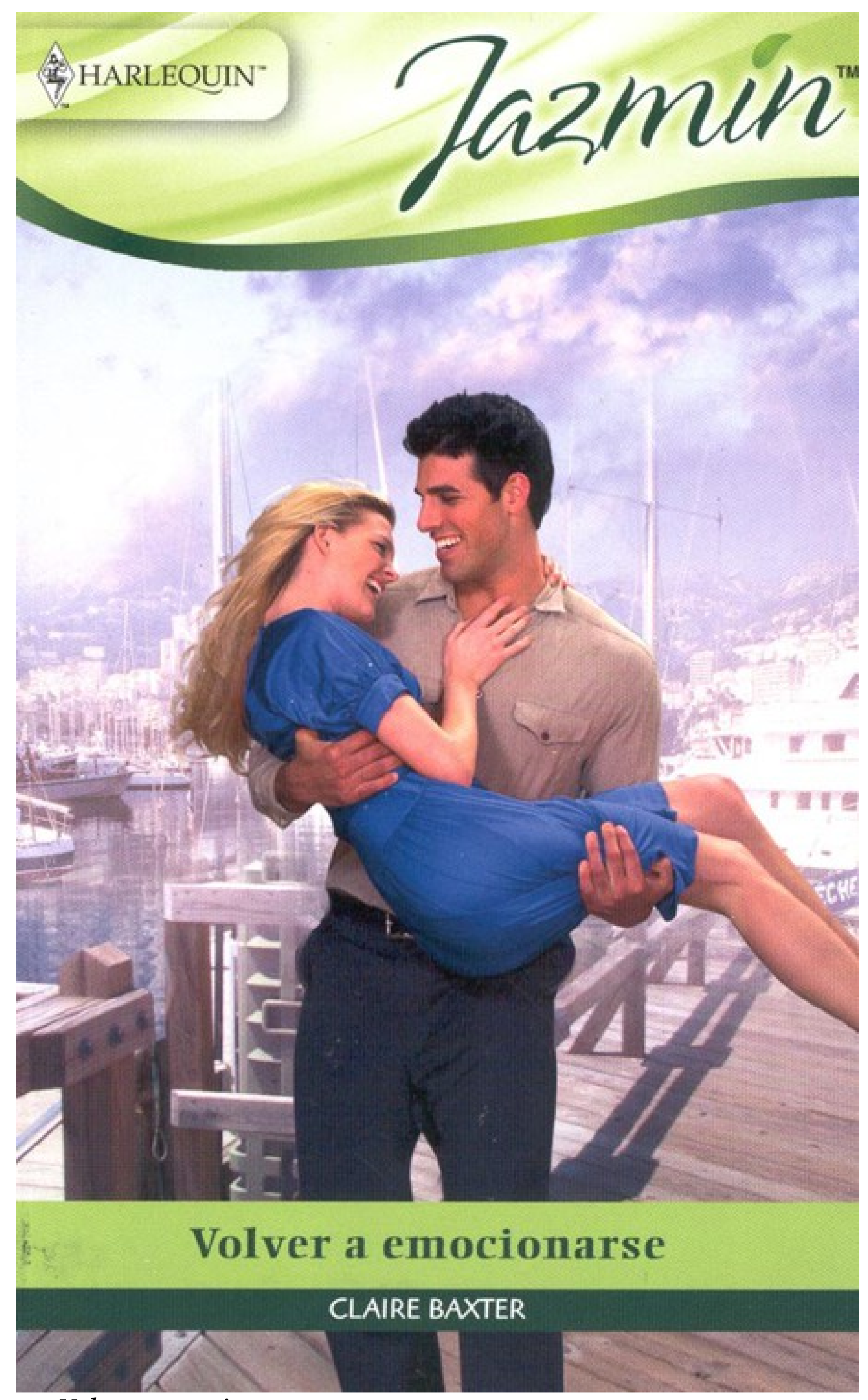

Obra protegida por derechos de autor
HARLEQUIN
Jazmín
Volver a emocionarse
CLAIRE BAXTER



Volver a emocionarse

Claire Baxter

Volver a emocionarse (2010)

Título Original: Her Mediterranean makeover (2009) **Editorial:** Harlequin Ibérica

Sello / Colección: Jazmín 2341

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Jacques Broussard y Leonie Winters

Argumento:

Tengo cuarenta años, estoy en Francia y tengo mi primera cita en mucho tiempo.

¡Socorro! ¡No me puedo creer que esté en la Costa Azul y que vaya a aprender francés con un hombre maravilloso! Jacques está haciendo que me vuelva a sentir joven, sexy y especial. Me ha llevado por toda la costa, desde Niza hasta Mónaco. Me siento como una superestrella y no como una cansada y madura mamá. No cambiaría este sentimiento por nada del

Claire Baxter – Volver a emocionarse

mundo. Ahora, sólo tengo que decidir qué ponerme en nuestra primera cita formal. Vaya… ¿será posible que la vida empiece a los cuarenta?

Capítulo Uno

Resultaba tan agradable escuchar la voz de su hija… Leonie sujetó con mimo el auricular del teléfono contra el oído y se preguntó en qué demonios había estado pensando cuando se apuntó a un curso que iba a celebrarse al otro lado del mundo.

Sí, efectivamente sus hijos eran ya mayores de edad, pero, a pesar de ser adultos, aún la necesitaban. Y ella también sentía necesidad de ellos. Nunca antes se habían separado, al menos no durante tanto tiempo. En realidad, no mucho más de lo que duraba un campamento de verano.

—Podrías haberme enviado un mensaje, mamá. No tenías por qué volver a llamarme.

—Sólo quería asegurarme de que sabes utilizar la lavadora. Resulta algo complicado si no estás acostumbrada.

—Sí, mamá. Tus instrucciones estaban muy bien explicadas —dijo Sam —. ¿Es ésa la verdadera razón de tu llamada, mamá?

—¡Por supuesto! —exclamó Leonie, contrayendo el rostro al comprobar que su hija la había pillado. Samantha siempre había sido la más sensible de sus hijos.

Incluso cuando sólo era un bebé había sido capaz de captar los cambios en el estado de ánimo de su madre—. Bueno, si te soy sincera, sólo quería comprobar que te encontrabas bien, cariño.

—Sí, mamá. Claro que estoy bien. No tienes que preocuparte.

—¿Y tu hermano?

—Kyle también se encuentra bien. Es decir, sigue tan irritante como siempre, pero creo que nos las arreglaremos hasta que tú regreses a casa. Después de todo, sólo se trata de unas semanas. Éste es tu momento, mamá. Te lo mereces. Disfruta.

—¡No es cuestión de unas semanas, sino de tres meses!

—Te aseguro que se te pasará volando —dijo Sam, riendo—. Tú siempre me lo decías cuando tenía que volver al colegio después de las vacaciones de verano, ¿te acuerdas?

Claro que Leonie se acordaba. Ojalá pudiera recuperar aquellos momentos.

Mientras se despedía de su hija, tuvo que contener las lágrimas. Entonces, se dirigió a la puerta de la terraza de su pequeño apartamento. No se veía mucho de Niza. Tan sólo los edificios de la estrecha calle. Este hecho era culpa suya por haber decidido quedarse en la parte antigua de la ciudad. Había rechazado la idea de vivir en la residencia de la academia de idiomas, que estaba a las afueras de Niza y alquilar su propio apartamento amueblado. Pensó que así le resultaría mucho más fácil visitar la ciudad. Sin embargo, en aquellos momentos no estaba demasiado segura de que su elección hubiera sido la correcta.

El apartamento era mucho más pequeño de lo que le había parecido en Internet.

Había creído que tendría un sabor pintoresco y así era, pero para alguien que estaba acostumbrada a una espaciosa casa familiar en medio de una generosa parcela, aquel apartamento, con su cocina americana en un rincón y un pequeño cuarto de baño resultaba bastante impactante. Como también lo era la costumbre de secar la ropa lavada en la calle. A Leonie no le agradaba mucho la idea de colgar su ropa interior en una cuerda para que todos los viandantes pudieran inspeccionarla.

Había ocasiones, como en aquélla, que el apartamento le provocaba una cierta sensación de claustrofobia, algo que ella no había experimentado en toda su vida. Por suerte, por lo menos tenía un balcón.

Como siempre, una señora anciana y menuda estaba sentada en el que quedaba frente al suyo. Siempre estaba muy bien peinada y arreglada. Leonie se preguntó por qué no salía nunca. ¿Acaso estaría esperando a alguien, que nunca llegaba?

Había tratado de sonreiría y saludarla, pero jamás había obtenido reacción alguna. Volvió a intentarlo.

— Bonjour, madame…

Por respuesta recibió un frío asentimiento de cabeza. Algo iba mejorando.

Leonie miró hacia la calle y se preguntó qué podía hacer para pasar el tiempo.

Decidió no ir a visitar la ciudad. No era que no lo deseara, sino que no le apetecía hacerlo sola. Había tratado de explorar la ciudad, pero, incluso con la ayuda de una guía, no hacía más que perderse. Su sentido de la orientación jamás había sido demasiado bueno, aunque, en realidad, jamás había tenido que utilizarlo. Durante los viajes familiares, ella sólo había tenido que asegurase de que todos los miembros de la familia tenían suficiente comida y bebida, que se ponían crema para el sol y que se divertían mucho.

Sin embargo, su papel había cambiado. Además, el problema era que cuando por fin encontraba el sitio al que había querido ir, no tenía nadie para compartirlo.

Sin esposo y sin hijos. Durante mucho tiempo, ellos habían sido toda su vida.

Resultaba deprimente encontrarse sola.

Aparte de echar desesperadamente de menos a sus hijos, Leonie no estaba del todo segura de haber acertado apuntándose a aquel curso de idiomas. Siempre había querido mejorar su nivel de francés y siempre había querido viajar. No obstante, se casó con Shane al salir del instituto y lo ayudó a levantar su negocio. Luego tuvieron sus hijos y ella los crió sola

durante la larga enfermedad de su esposo, no había conseguido hacer ninguna de las dos cosas.

Por eso, tres años después de la muerte de Shane, con sus dos hijos en la universidad, por fin estaba dispuesta a descubrir por sí misma el amplio mundo que la esperaba y todo lo que éste tenía que ofrecer. Además, también tenía dinero para poder permitírselo. Entre el seguro de vida de Shane y la venta del negocio de fontanería, Leonie podía llevar una vida muy cómoda. Nunca necesitaría trabajar.

Aprender francés en Francia… Le había parecido el plan perfecto, pero no había resultado ser como ella había esperado. En primer lugar, resultaba muy difícil aprender el francés o tal vez ella era demasiado mayor para intentarlo.

Por si esto fuera poco, había algo más. Había pensando que podría hacer nuevos amigos en su curso, pero no había contado con el hecho de que el resto de los alumnos fueran tan jóvenes. Eran bastante simpáticos, pero cuando le preguntaban si ella quería salir a tomar una copa, Leonie se daba cuenta de que sólo lo hacían por cortesía. Por lo tanto, no iba. De todos modos, no le apetecía. Sería como salir con los amigos de sus hijos y eso no le parecía bien.

Hasta el momento, le había parecido que los franceses que había conocido eran muy corteses. Se comportaban muy amablemente cuando ella entraba en una tienda, lo que resultaba muy agradable, pero la conversación no iba más allá. Al menos, no charlaban con desconocidos. En su corta experiencia, los locales no hablaban a menos que se les hablara primero y, entonces, sólo lo hacían de mala gana.

A excepción del hombre que regentaba un pequeño café que había encontrado la semana anterior. Leonie había estado recorriendo las estrechas calles de la vieja Niza cuando una puerta se abrió junto a ella. El aroma a café que salió del interior del local, combinado con el sonido de voces alegres, fue suficiente para hacerla querer entrar.

Al mirar encima de la puerta, vio que no había cartel alguno. Tan sólo una jardinera plantada con alegres flores en la repisa de una ventana. No obstante, el aroma a café y las pequeñas mesas que había en su interior la atrajeron inmediatamente. En el interior del pequeño establecimiento, la bienvenida que recibió la revivió tanto como el café.

Jean-Claude, el camarero que la atendió, se mostró amistoso y con ganas de hablar. Se interesó por ella. Eso tan sólo habría sido razón suficiente para hacerla querer regresar allí, pero también le gustó el ambiente, la música de jazz y la artística decoración del local.

A los clientes se le proporcionaban todos los periódicos franceses, que a Leonie le había gustado hojear, examinando los pocos artículos que ella casi era capaz de comprender. Si se quedaba, se había puesto como

objetivo comprender más francés escrito cada día.

A los pocos minutos, salió del apartamento y se dirigió al pequeño café. Podía salir a comprar ella sola los periódicos, pero aquello era mucho más agradable. Le daba la ilusión de que estaba empezando a encajar. Además, así tenía algo que hacer y eso era precisamente lo que ella necesitaba. Durante todos los años que se había pasado cuidando a otros, había soñado con disfrutar a solas de unas vacaciones, de tener tiempo para no hacer nada en absoluto. Sin embargo, justo cuando había cumplido su deseo, no estaba segura de que le gustara. Podría ser que simplemente se hubiera acostumbrado a que la necesitaran y, allí, nadie la necesitaba. La sensación resultaba muy extraña.

El café estaba muy concurrido y Jean-Claude no tenía tiempo para conversar.

Cuando se dirigió al revistero, allí sólo quedaban los periódicos más difíciles, bueno al menos para ella. Tomó uno de ellos y se dirigió a una mesa. Comprender una palabra de cada veinte no hacía que la lectura resultara muy entretenida.

Tras extender el periódico encima de la mesa, se tomó un sorbo de café y examinó la sala. Se preguntó si aquélla sería la norma y si la primera vez que visitó el café había sido un día en el que había habido pocos clientes. Mientras iba examinando las mesas, se obligó a fijarse de nuevo en una de ellas. Un hombre muy guapo le estaba sonriendo. Leonie miró a sus espaldas y vio que no había nadie más.

Dios, la estaba sonriendo a ella.

Le devolvió la sonrisa. Lo había visto antes. El primer día que entró en aquel café él había estado sentado en la barra. Se había fijado en él. Le pareció que él destacaba de todos los demás, con su inmaculada camisa blanca y unos pantalones oscuros cuando la mayoría de los otros clientes llevaba ropa más informal. Decidió que, probablemente, trabajaba cerca de allí. Sin embargo, había mucho más que su apariencia, algo más que le hacía destacar… su presencia. Carisma.

Fuera lo que fuera, él estaba allí, observándola. Tal vez creía conocerla de alguna parte. Si era así, estaba muy equivocado. Se encogió mentalmente de hombros, dejó su café, sacó sus gafas de lectura y trató de concentrarse en las palabras que tenía delante de ella.

Cuando había leído la mitad del artículo, se vio interrumpida por una voz masculina. Cuando miró por encima de la montura de las gafas, centró la vista en el hombre que estaba frente a ella. Era el que le había estado sonriendo antes. El mismo hombre en el que ella se había fijado. Y era mucho más guapo de cerca.

Era más maduro de lo que le había parecido en un principio. Tenía suficientes canas en el cabello para hacerle parecer… de fiar. Lo mismo le

ocurría con las líneas de expresión que tenía alrededor de los ojos castaños, unos ojos repletos de calidez y sentido del humor, tanto que ella no pudo reprimir una sonrisa a pesar de que no tenía ni idea de lo que el hombre acababa de decirle.

Rápidamente se colocó las gafas en la parte alta de la cabeza, donde quedaron ancladas por su rizado cabello. Entonces, le pidió que le repitiera lo que acababa de decirle. Observó cuidadosamente la boca del hombre mientras hablaba, haciendo todo lo posible por separar los sonidos para formar palabras individuales sin mucha suerte.

Sacudió la cabeza y se encogió de hombros. La compasión se reflejó en el rostro del desconocido. Se inclinó hacia delante.

— Vous étes sourde? —le preguntó, con mucha claridad.

«Sourde, sourde…». Leonie trató de recordar el significado de aquella palabra.

El desconocido se cubrió los oídos con las manos y acompañó la acción levantando las cejas a modo de interrogación.

¡Sorda! Eso era lo que él quería preguntarle.

—No, no —dijo ella negando con la cabeza—. Soy de Australia.

—Lo siento —respondió él cambiando al inglés rápidamente—. No me había parecido. Este café normalmente no atrae a los turistas.

—No me sorprende. Yo lo encontré por pura casualidad. No hay nada en el exterior que indique que es un café.

—No. Nos gusta así —comentó él con una sonrisa—. Lo siento. No quería ofenderla.

—No me he ofendido. Yo no soy turista.

—Ah, bon ¿Vive usted aquí?

—Bueno, temporalmente. He venido a estudiar el idioma, por lo que soy estudiante. Sé que parezco demasiado mayor para serlo. ¿Tiene usted algo en contra también de los estudiantes? —le preguntó. Estaba segura de que alguien con unos ojos que reflejaban sentido del humor no podían hablar en serio a la hora de tener antipatía a un grupo concreto de personas.

—En absoluto. Y tampoco lo tengo en contra de los turistas —afirmó —. Son muy importantes para la economía. Crean muchos puestos de trabajo, ¿cómo podría yo tener algo en contra? —dijo. Entonces, señaló la silla que Leonie tenía enfrente—.

¿Puedo sentarme?

—Sí, por favor.

—He estado en Australia y también en Nueva Zelanda.

—Vaya, pues ya me gana en esto. Yo no he estado en Nueva Zelanda. De hecho, jamás había salido de mi país hasta que vine aquí. ¿Viaja usted mucho?

—Ahora no. Tengo compromisos que hacen que viajar me resulte muy difícil, pero, cuando era joven, quería ver el mundo entero y, para conseguirlo, viajaba del modo más barato posible.

—Ah. ¿Con una mochila?

—Me alojaba en albergues con personas que conocía. Supongo que sí, que podríamos decir que fui un mochilero. Así aprendí inglés, porque me resultaba completamente esencial. Para poder hacerlo, me fui a la vendimia e hice toda clase de trabajos temporales.

Leonie se apostaba a que había tenido un gran atractivo para las chicas. Aunque su inglés era perfecto, lo hablaba con un ligero acento inconfundiblemente francés.

En su juventud, debió de ser muy guapo. La combinación debió de ser letal.

—¿Está usted sola?

—Sí —respondió ella. Durante un instante, se preguntó si había hecho bien en admitirlo. A pesar de ser un desconocido, no le parecía peligroso. Además, él no sabía dónde se alojaba Leonie. No había riesgo alguno.

Él pareció notar las dudas de Leonie, porque se apresuró a tomar la palabra.

—No quería inmiscuirme.

—No, no… no se está entrometiendo.

—La última vez, me fijé que usted prefería este periódico —dijo, extendiendo la publicación que él tenía entre las manos—. No es tan pesado como ése que está usted leyendo. Ahora la dejo con su lectura.

—Oh, está bien… —susurró ella—. Por cierto, me llamo Leonie —añadió rápidamente para que la conversación no terminara tan pronto—. Tal vez nos volvamos a ver.

Él sonrió y Leonie experimentó una muy poco familiar sensación de…

apreciación. No era atracción. Simplemente, no había visto un hombre tan guapo desde hacía mucho tiempo. Si es que lo había visto en alguna ocasión. Aquella sonrisa debería venir con advertencia previa. Si ella hubiera sido otra persona, alguien más joven alguien… bueno, lo que fuera, se habría caído de espalda. Pero ella era esposa y madre. Más bien, había sido esposa y seguía siendo madre. Estaba por encima de todo eso.

Además, estaba sentada.

—Eso espero. Vengo aquí con frecuencia.

Él seguía siendo un desconocido. ¿De verdad acababa ella de sugerirle que se volvieran a encontrar cuando no sabía nada de él? ¿Qué estaba haciendo?

Él extendió la mano.

—Me llamo Jacques Broussard. Soy un viejo amigo del dueño de este local —

dijo señalando a Jean-Claude—. Nuestras familias se conocen desde hace muchos años. Se lo digo por si quiere saber a quién puede preguntar para saber si soy de fiar.

—¿Es que me ha leído el pensamiento?

—No puedo decir que leer el pensamiento sea uno de mis talentos — comentó él con una sonrisa—, pero usted me parece una mujer sensata y cualquier mujer sensata debería tener cuidado al hablar con desconocidos.

—Sí, bueno… Me llamo Leonie Winters. Encantada de conocerlo. Y gracias por esto —dijo, señalando el periódico—. Con el otro estaba teniendo algunos problemas.

—Es comprensible. De nada.

Cuando él se hubo marchado, Leonie permaneció sentada. Jacques Broussard.

Menudo nombre. Muy…hmm… francés. Aún notaba el tacto de su mano, como si él le hubiera dejado huella. Se la miró, pero inmediatamente sacudió la cabeza. La idea era ridícula.

La última vez que alguien le estrechó la mano había sido en el entierro de Shane. Antes de que pudiera impedirlo, los recuerdos de aquel día se apoderaron de ella, apartando todo pensamiento. Muchos de sus antiguos empleados se habían acercado para darle la mano, para presentarle sus respetos. Sintió una profunda tristeza al revivir aquel momento. Todo el mundo había admirado mucho a Shane, principalmente por su ética de trabajo y su compromiso total con todo lo que emprendía.

Shane había estado totalmente comprometido con ella. ¿No había sido una mujer afortunada?

No sólo había conseguido casarse con su novio del instituto, sino que habían permanecido enamorados a lo largo de veinte años de matrimonio. No había muchas parejas que pudieran decir lo mismo.

Su unión se había visto bendecida con la llegada de dos maravillosos hijos que jamás les habían causado el sufrimiento que ella había visto en otras familias. Su unidad familiar había estado siempre muy unida y había sido muy feliz. Shane se había tomado muy en serio su familia, su carrera e incluso su salud. Por eso, resultaba injusto que, a pesar de todos sus cuidados, no hubiera podido evitar caer enfermo.

Ella había hecho todo lo posible por conseguir que mejorara y, cuando resultó evidente que Shane no iba a recuperarse, había hecho cuanto estaba en su mano para que él fuera feliz o que, al menos, estuviera cómodo. Se había esforzado mucho y él lo había agradecido. Shane jamás se había quejado por nada. Le había dado las gracias todos los días por los sacrificios que ella hacía.

Para Leonie, nada había sido más importante como poder pasar todo el tiempo posible con Shane, cuidándolo personalmente. No le había

importado todo lo que se hubiera estado perdiendo.

¿Qué pensaría Shane de ella en aquellos momentos? Había abandonado a sus hijos con el frívolo objetivo de aprender otro idioma. ¿De qué le iba a servir eso?

Cuando se marchara a casa, probablemente jamás volvería a visitar Francia.

Entonces, ¿qué estaba haciendo allí? ¿Gastando tiempo y dinero? ¿O acaso estaba buscando algo? ¿Su propia vida?

Poco a poco, los ojos se le habían ido llenando de lágrimas, que comenzaron a caer sobre el periódico que Jacques le había prestado.

Tenía que sobreponerse. Hacía ya tres años de la muerte de Shane y, la mayor parte del tiempo, lo llevaba bien. Los recuerdos tan sólo se lo ponían difícil en algunas ocasiones. Tenía mucha suerte. ¿Cuántas mujeres podían hacer exactamente lo que siempre habían querido hacer?

Se secó las lágrimas antes de que pudieran manchar aún más el periódico y recordó algo que Jacques le había dicho. Él se había fijado qué periódico había preferido ella la semana anterior. La había estado observando. No sabía si sentirse halagada o preocupada.

Tal vez debería hacer lo que él le había sugerido y hacer algunas preguntas para saber algo más sobre él. Sacudió la cabeza. No era necesario. El simple hecho de que él lo hubiera sugerido era suficiente para indicar que Jacques no tenía nada que ocultar. Además, ¿qué estaban haciendo aparte de hablar? Nada más. No se trataba de una cita.

Jacques era observador. Eso no era nada malo. Probablemente se fijaba en pequeños detalles de todos los clientes del café. A ella no le vendría mal hacer lo mismo. Había estado mucho tiempo viviendo en un mundo demasiado pequeño.

Capítulo Dos

Al día siguiente, cuando Leonie regresó a su apartamento tras terminar sus clases, no esperó a verse atacada por la claustrofobia. Se duchó, se cambió de ropa inmediatamente y se miró en el único espejo que tenía. Uno muy pequeño.

Todas las mujeres francesas iban siempre muy bien arregladas, incluso cuando iban vestidas con ropa informal. En comparación, ella se sentía muy desarreglada con sus pantalones cortos y su camiseta. Jamás le había ido mucho el mundo de la moda. Siempre había tenido cosas más importantes de las que ocuparse, asuntos familiares y a nadie le había importado nunca lo que ella se pusiera. Mientras fuera limpia, siempre se había imaginado que la moda no importaba.

Se miró mucho más críticamente de lo que nunca lo había hecho antes. Tal vez debería ir a visitar algunas tiendas de la ciudad a ver qué era lo que podía encontrar.

No podría hacerle ningún daño.

Al menos, no había engordado mucho a lo largo de los años y eso que nunca había sido una mujer muy delgada. Siempre había tenido rotundas caderas y buen pecho. Hacía algunos años sí había estado más rellenita, pero había perdido los kilos que le sobraban durante los primeros meses de la enfermedad de Shane. Ver cómo sufría su esposo, le había hecho aborrecer la comida y jamás había recuperado el apetito de antaño. En resumen, no estaba gorda, pero no tenía una gran condición física. De hecho, distaba mucho de ello.

No obstante, su cabello no estaba mal. Bueno, su peluquera le había sugerido teñirse un poco las canas, pero Leonie no había visto razón para ello. Consideraba que las canas apenas se veían entre los rizos y su cabello rubio natural. Ya no estaba tan segura.

¿Por qué? ¿Era Jacques la razón para que se sometiera a un escrutinio tan crítico y tan impropio de ella sobre su aspecto?

¡No!

Esperaba volver a ver a Jacques, era cierto, pero sólo porque podía hablar con él. ¿Qué ocurría si ella aparentaba la edad que tenía? Él también.

Como si hubiera comparación… Los hombres envejecen de un modo diferente al de las mujeres. Jacques Broussard tenía un aspecto fantástico.

Suspiró. Si él era tan superficial como para que le importara el aspecto que ella tenía, no era alguien a quien Leonie quisiera como amigo. No podía evitar tener más de cuarenta años y, de todos modos, ese hecho no tenía nada de malo.

Leonie abrió la puerta del café y vio a Jacques inmediatamente. Él llevaba puesta otra de sus impecables camisas y tenía la chaqueta del traje

sobre el respaldo de la silla en la que estaba sentado. Al verla, se levantó inmediatamente e hizo un gesto para que Leonie se acercara.

—Buenas tardes, Leonie.

Jacques pronunció el nombre poniendo el énfasis en la primera sílaba. Ella estuvo a punto de corregirlo, pero cambió de opinión. Sonaba diferente y le gustaba.

Lo diferente era bueno.

—Hola, Jacques.

Dios santo, era mucho más guapo de lo que recordaba. Tal vez aquello no había sido tan buena idea…

Jacques sonrió de un modo tan genuino y adolescente que detuvo el corazón de Leonie. Entonces, ella supo que no podía dar marcha atrás.

Él le colocó la silla al lado de la de él y le indicó que se sentara. Leonie se quedó perpleja. ¿Por qué quería que se sentara junto a él de ese modo?

Jacques se encogió de hombros y dijo:

—Se me había ocurrido que podríamos leer el periódico al mismo tiempo. Tú me puedes indicar todo lo que te produzca dificultad y así yo te podré ayudar.

—Oh, pero no tienes que hacerlo… pero gracias. Es una idea muy buena. Te lo agradezco.

Cuando se hubo sentado, Jacques fue a buscarle un café. Mientras tanto, Leonie se sacó las gafas del bolso y se las puesto. Vio que Jacques hacía lo mismo. Ella sonrió.

—Es un aburrimiento, ¿verdad? La vejez se cierne sobre nosotros…

—Todavía nos queda mucha vida dentro…

—De eso yo ya no estoy tan segura. Tal vez a ti sí, pero yo ya hace mucho que viví mis mejores años.

—¿Por qué dices eso?

—Es un hecho. He estado casada, he tenido hijos y ahora he cumplido los cuarenta y me dirijo hacia… Bueno, supongo que lo que me espera son los nietos.

—¡No eres lo suficientemente mayor como para ser abuela!

—Bueno, técnicamente sí lo soy, pero no me gustaría que ninguno de mis hijos tuviera descendencia en estos momentos. Espero que puedan prepararse y vivir un poco antes de sentar la cabeza para formar una familia —añadió. Suspiró y apartó la mirada.

—¿Los echas de menos?

—Sí, mucho. Ayer estaba considerando seriamente regresar a casa. Todo esto, el curso, la ciudad… todo… Es tan impropio de mí. En primer lugar, soy madre y no me puedo creer que haya sido capaz de abandonar a mis hijos para que se las arreglen solos mientras yo estoy aquí, divirtiéndome.

Se encogió de hombros y sacó su teléfono móvil. Entonces, lo abrió y puso una foto de Sam en la pantalla.

—Ésta es mi hija Samantha. Es la mayor de los dos.

—Es muy guapa. Se parece a su madre.

—Es una muchacha encantadora. Está estudiando Trabajo Social en la universidad. Su ambición ha sido siempre ayudar a la gente.

—Debes de haberla educado muy bien.

—No, no… Es ella. Era así incluso cuando era un bebé. En la guardería, solía disgustarse mucho si uno de los otros niños se caía y se arañaba una rodilla. Empatía.

Ése es su rasgo más importante.

Entonces, le mostró una fotografía de Kyle.

—Él no se parece mucho a ti.

—Es igual que su padre a la misma edad.

—Me dijiste que habías estado casada. ¿Ya no lo estás?

—Estuve veinte años casada con Shane. Murió hace tres años.

—Lo siento.

—Estuvo mucho tiempo enfermo —susurró ella antes de dar un sorbo a su café.

—Tres años no es una eternidad. Debes de seguir echándolo de menos.

—Sí —admitió ella. Le había costado mucho acostumbrarse a no tener a Shane a su lado, pero ya había conseguido quitarse su alianza de boda, que había guardado en su joyero. Se estaba acostumbrando a estar sola—. Lo echo de menos para hablar de los chicos, para hacer planes… —susurró. Entonces, suspiró—. ¿Y tú? ¿Estás casado? ¿Tienes hijos?

Jacques dudó. Entonces, se metió la mano en el bolsillo y se sacó la cartera. La abrió y la miró durante un momento antes de girarla para que Leonie pudiera ver dos fotos.

—Mi hijo Antoine.

—Dios, se parece mucho a ti.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que Antoine estaba aún en brazos de su padre. A continuación, miró la segunda fotografía y vio que, en aquel caso, Antoine estaba en una silla de ruedas.

—Es muy guapo. ¿Cuántos años tiene?

—Diez. Estas fotografías se tomaron hace un año.

—¿Y la silla de ruedas?

—Mi hijo tiene espina bífida. No siente nada en las piernas.

—Entiendo.

—Y para responder a tu otra pregunta —dijo Jacques mientras se guardaba la cartera—, estuve casado. La madre de Antoine se marchó cuando él era aún muy pequeño. Nos divorciamos doce meses después.

—¿Que se marchó, dices? —preguntó Leonie completamente atónita.

—Sí. No podía con la situación.

—¿Que no podía? Pero si seguramente tendríais ayuda.

—Sí, sí, pero el trabajo no era lo que le suponía a ella un problema, sino… Era una perfeccionista. Todo en su vida tenía que ser perfecto al cien por cien. A sus ojos, Antoine era… defectuoso.

—¿Defectuoso? Dios santo. Creo que si tenía esa actitud, fue mejor que se marchara.

—Exactamente.

—¿Significa eso que ahora estáis los dos solos?

—Vivimos con mi madre y mi hermano. No sería muy práctico que los dos viviéramos solos. En algunos aspectos, el cuidado de Antoine requiere más de un par de manos, en especial ahora que está creciendo y pesa más. Yo no podría cuidarlo sólo y, además, tengo que trabajar.

—Sí, por supuesto.

—Aun a riesgo de sonar… ¿cómo es la palabra? Ñoño. Te puedo decir que él es lo más importante de mi vida.

—No es ñoño. Es decir, sí, es la palabra correcta, pero yo te comprendo perfectamente. Como te he explicado, yo misma he estado a punto de volverme a mi casa porque echo mucho de menos a mis hijos.

—¿Y qué te lo ha impedido?

¿Se asombraría Jacques si ella le confesaba que había sido él? Probablemente, pero era cierto. No era porque se hubiera hecho ilusiones sobre él, sino porque le había venido muy bien crear un vínculo, aunque pequeño, con otro ser humano. Le aliviaba saber que ya no tenía que pasarse toda su estancia sintiéndose sola.

—No quería dejar el curso —dijo. Eso también era cierto—. Tal vez no se me dé muy bien, pero quiero mejorar. Además, se supone que es un curso muy bueno.

Utiliza todos los métodos audiovisuales más modernos, pero yo me siento como pez fuera del agua. Tal vez sea un sentimiento relacionado con la edad. Si fuera más joven, sería más receptiva. Estudié francés en el instituto, por lo que me pareció que lo aprendería rápidamente, pero de eso hace ya mucho tiempo y veo que me he equivocado. Ojalá pudiera hablar el francés tan bien como tú hablas el inglés.

—Estoy seguro de que lo hablarás, pero hace falta practicar mucho —dijo él.

Tomó un sorbo de café y la observó por encima de la taza—. Todo lo que merece la pena necesita práctica. En realidad, en estos momentos no debería estar hablándote en inglés.

—El problema es que, cuando trato de hablar a alguien en francés, se ríen con indulgencia e, inmediatamente, se ponen a hablar en inglés. Resulta… humillante.

Evidentemente, se me da muy mal.

—No debe parecerte humillante. Considéralo un cumplido.

Leonie lo miró con escepticismo.

—Te lo digo de verdad —añadió él—. Agradecen que lo hayas intentado, por lo que te devuelven el cumplido ahorrándote así el problema.

—Oh… En ese caso no conseguiré practicar, ¿no?

—Puedes practicar conmigo.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿Estás seguro de que no te estoy quitando tiempo para otra cosa?

—En absoluto. Yo habría estado aquí de todos modos.

—Pero habrías estado leyendo tu periódico y yo te lo estoy impidiendo. Lo siento.

—No tienes por qué disculparte. Me ha encantado oír hablar de tu familia.

—¿De verdad?

—De verdad. Eh bien, comencemos. Mira, aquí hay un artículo muy interesante en la página dos. ¿Qué te parece? Dame tu opinión en francés.

—Claro, pero tardaré un poco en leerlo.

—Puedo esperar.

Los dos estuvieron leyendo en silencio y luego hablaron de la historia. Con las palabras de ánimo de Jacques y muchas risas, Leonie dejó de sentirse avergonzada de sus errores, que eran muy numerosos, y comenzó a divertirse mucho más de lo que disfrutaba en sus clases diarias.

Siguieron hablando de más artículos, en parte en un idioma y en parte en otro.

Una hora después, Jacques anunció que tenía que marcharse. Leonie se sintió desilusionada, pero decidió no mostrarlo.

—¿Debes regresar al trabajo?

—Sí.

—¿Te importa si te pregunto dónde?

Jacques sonrió.

—¿Conoces el restaurante La Bergamote?

—No, me temo que no. ¿Eres el chef?

—No. Soy el dueño.

—Oh… pero si eres dueño de un restaurante, ¿por qué vienes aquí a tomar el café?

—Es una tradición. Disfruto con el paseo y me gusta ver a mi amigo Jean-Claude. También me gusta alejarme de los turistas, aunque sólo sea durante una hora o así, entre el almuerzo y la cena.

—Y hoy has tenido que aguantarme a mí —dijo ella, a modo de

disculpa—. No te volveré a molestar. En el futuro, te dejaré que te tomes tu café en paz.

—No. Por favor no lo hagas. Me gustará mucho volver a verte.

¿Acaso había dicho aquellas palabras tan sólo para contentarla? Lo miró directamente a los ojos. O Jacques le estaba diciendo la verdad o sabía mentir muy bien.

—¿Nos vemos mañana a mediodía?

—Supongo que sí.

—Me sentiré desolado si no estás aquí.

—Desolado, sí —comentó ella, riendo, aunque apreciaba la amabilidad de Jacques—. En ese caso, hasta mañana.

Jacques sonrió. Con eso, se levantó y, tras echarse la chaqueta por encima de un hombro, se dirigió hacia la puerta. Leonie no pudo evitar fijarse en que él tenía un cuerpo sólido, masculino, fuerte. Cuando él se marchó, ella se sentía más feliz y más relajada de lo que se había sentido desde su llegada a Francia.

Jacques se marchó preguntándose si se habría vuelto loco. Normalmente, tenía que conocer muy bien a la gente antes de hablarles de Antoine. Y, ciertamente, jamás hablaba de su ex esposa. ¿Por qué se había abierto con Leonie de ese modo?

Le resultaba muy fácil hablar con ella. Al principio de la conversación, su intención había sido conseguir que ella se sintiera cómoda para que se relajara y hablara con él. No obstante, había sido él quien la había hecho hablar.

En realidad, los dos habían hablado y Jacques sabía lo de su marido. No estaba segura de si ella había conseguido olvidarlo. También de sus hijos. No le había mentido cuando le dijo que le había gustado saber de ellos, pero lo que más le había gustado era lo que su modo de hablar decía sobre ella. El orgullo que sentía por sus hijos era algo tangible. Reconfortante.

Iba a disfrutar mucho ayudando a Leonie a aprender el francés.

El sábado, Jacques se dirigió al café. Llevaba tres días reuniéndose allí con Leonie, pero en aquella ocasión llegaba tarde. Apretó el paso un poco más. No quería que ella se cansara de esperar.

Justo cuando por fin consiguió ver el café, contempló cómo Leonie se alejaba de éste en la dirección opuesta. La llamó e incluso echó a correr. Cuando ella lo vio por fin, no pareció enfadada o molesta, tal y como Jacques se había temido. De hecho, le dedicó una amplia sonrisa.

—Lo siendo —dijo él a modo de disculpa cuando llegó por fin a su lado —. No he podido llegar antes.

Jacques se detuvo para tomar aliento. Leonie le tocó el antebrazo.

—¿Qué ha pasado? ¿Va todo bien?

—Sí, sí. Claro que sí. ¿Recibiste mi mensaje?

—Sí. Jean-Claude me dijo que habías tenido un contratiempo. Te agradezco mucho que llamaras al café para avisarme, pero, cuando se hizo tan tarde, decidí que hoy no ibas a poder venir.

—No estaba seguro de poder llegar a tiempo. ¿Adónde vas? ¿Regresas a tu apartamento?

—No. Iba a dar un paseo. Yo vivo en dirección contraria, no lejos de la Place Garibaldi, en rue de Saint Augustin. No iba a ningún sitio en particular.

—¿Podría acompañarte?

—Sí, por supuesto. ¿Estás seguro de que no preferirías regresar al restaurante?

¿O entrar a tomar un café?

—No —respondió él mientras los dos retomaban el camino que ella había comenzado y ajustaba sus pasos a los de ella—. Ha sido por una de las empleadas de mi cocina. Ha estado teniendo problemas con su marido y ha tomado la decisión de dejarlo. Él era un hombre violento. Mi empleada ha tomado la decisión correcta.

—Por supuesto que sí. Es horrible. ¿Cómo te viste tú implicado en ese asunto?

—Bueno, ella necesitaba a alguien que la ayudara a sacar sus pertenencias de la casa mientras el marido estaba trabajando. Necesitaba encontrar un lugar seguro para ella y para sus hijos, un lugar en el que él no pueda encontrarlos.

—¿Tiene hijos? ¿Y ha encontrado algún lugar en el que alojarse?

—Sí. Ahora está a salvo.

—Menos mal. ¿Y tú la has ayudado a todo eso?

—Sí. Alguien tenía que hacerlo. Tardé más de lo que había esperado.

—Pues has hecho muy bien. Lo que debías. ¿Es esa mujer tu novia? —le preguntó Leonie, tras dudarlo un instante.

—No. Ya te he dicho que está casada.

—No creo que eso detuviera a todo el mundo.

—A mí sí —afirmó Jacques. Ella lo miró con un gesto dubitativo en el rostro—.

¿Es que no me crees?

—Por supuesto que sí, pero sigo sin entender por qué te sentiste obligado a ayudarla.

—No tiene a nadie —respondió Jacques encogiéndose de hombros.

Leonie sonrió y sacudió la cabeza.

—Eres muy bueno, Jacques.

—Vayamos por aquí —sugirió él. Le tocó el codo con una mano mientras señalaba con la otra. Le mostró la arquitectura barroca de la

iglesia que tenían frente a ellos.

Observó cómo ella admiraba el edificio. A pesar de tener más de cuarenta años, era una mujer muy hermosa y no parecía ser muy consciente de ellos. Él se había fijado en ella en el momento en el que entró en el pequeño café de Jean-Claude el primer día. La de Leonie no era la belleza clásica que él siempre había preferido, pero tenía un rostro encantador y expresivo, una genuina sonrisa y unos ojos tan azules como el Mediterráneo, unos ojos que brillaban vivamente cada vez que hablaba de sus hijos. Parecía sorprendida de encontrarse allí, sin desempeñar su papel de madre.

Parecía que jamás se había tomado tiempo para sí misma y se merecía un respiro.

—¿Por qué elegiste la parte vieja de la ciudad para alojarte?

—Bueno, me pareció que tendría mucho carácter y así es.

—Ahora es una zona muy popular, pero hace un tiempo estaba infestada de delincuencia y pobreza. Ha cambiado mucho. Se ha producido una profunda labor de rehabilitación para mantener la arquitectura y estos trabajos han animado a los más jóvenes y modernos a vivir aquí. De hecho, cuanto más al este de Niza se va, más joven es la población.

—Vaya —comentó Leonie riendo—. No lo sabía. Tal vez debería haber elegido el otro lado de la ciudad.

—Ha sido un simple comentario. No eres vieja, Leonie. Tienes que dejar de hablar de ese modo sobre ti.

—¿Por qué? A mí no me preocupa.

A Jacques sí. Leonie era una mujer vibrante y hermosa. Su edad era un dato irrelevante.

—Además, no todos los habitantes son jóvenes. Aquí hay también gente que lleva viviendo en la zona toda una vida.

—Sí. He visto gente mayor. De hecho, hay una anciana que siempre está sentada en el balcón que hay enfrente del mío.

Siguieron caminando por el laberinto de calles, que estaban repletas de tiendas, galerías y restaurantes. Se dirigieron al Quai des Etats-Unis. Desde allí, Leonie contempló el reluciente mar.

—Ese ferry se dirige a Córcega —comentó él, señalando un barco de color amarillo.

Leonie asintió y observó cómo la nave cortaba las aguas.

—¿Tienes que volver ahora al restaurante?

—Pronto, pero tengo tiempo para regresar contigo.

—No dejes que yo te retrase. Puedo volver sola. Más o menos. Tal vez sea un camino algo más largo, pero terminaré llegando allí.

Jacques la observó durante un instante. El viento revolvía los rubios rizos de Leonie. Sacudió la cabeza.

—Me gustaría volver contigo, si vas a regresar ahora.

—Claro —respondió ella. Le dedicó una de sus deslumbrantes sonrisas.

—¿Has visitado el mercado de flores?

—No. He oído hablar de él, pero, aparentemente, hay que estar allí muy temprano y yo tengo que ir a clase todas las mañanas.

—¿Los domingos también?

—No. Los domingos no tengo clases.

—En ese caso, deberías verlo. El mejor momento son las seis de la mañana, mientras los turistas siguen en las habitaciones de sus hoteles.

—¡A las seis! Está bien. Pondré el despertador e iré a visitarlo.

—Yo podría acompañarte, si quieres.

—¿De verdad?

—Por supuesto.

La idea de pasar la mañana con Leonie lo atraía profundamente.

—¡Qué idea más estupenda! Me encantaría.

—A mí también.

Lo decía en serio. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que encontró tan agradable la compañía de una mujer. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que conoció a una mujer como Leonie. Si es que la había conocido en alguna ocasión.

Capítulo Tres

Leonie estaba esperando en su pequeño balcón cuando Jacques dio la vuelta a la esquina de la rue Saint Augustin un poco antes de las seis en punto de la mañana.

Sonrió a su vecina, que parecía que se levantaba temprano, y ésta la sorprendió devolviéndole el gesto. Aún asombrada, cerró la puerta del balcón y bajó corriendo las escaleras para reunirse con Jacques.

— Bonjour, Leonie.

Una agradable sensación le recorrió la espalda al escuchar el modo en el que él escuchaba su nombre. Le sonrió.

— Bonjour, Jacques.

Se puso las gafas de sol y se sintió mucho más joven de la edad que tenía mientras los dos se dirigían juntos al mercado, charlando sobre toda clase de temas.

La facilidad de trato que había entre ellos resultaba tranquilizadora y, al mismo tiempo, sorprendente. Por un lado, Leonie se sentía como si lo conociera desde hacía muchos años, pero, por otro, todo lo que averiguaba sobre él resultaba nuevo y misterioso.

Se enteró de que le gustaba mucho el arte y que se sentía muy orgulloso de los artistas franceses a los que ella sólo conocía de nombre.

—A los franceses les gusta observar cosas hermosas —dijo él.

—Eso es una generalización. Es decir, no puedes decir que a las demás nacionalidades no les gusta mirar a las cosas hermosas. ¿Por qué son los franceses diferentes?

—No sé cómo explicarlo, pero somos diferentes.

Leonie se echó a reír.

—Yo no sé nada de arte.

—Pero debes saber si un cuadro te gusta o no.

—Supongo que sí, pero, en realidad, jamás he observado nunca ninguno.

La expresión horrorizada que se le reflejó en el rostro hizo que Leonie soltara una carcajada. No podía recordar la última vez que se había sentido tan emocionada sobre un nuevo amigo. Se sentía feliz, alegre, entusiasmada. Sacudió la cabeza y sonrió.

—¿Qué ocurre?

—Nada. Creo que es la primera vez que salgo tan pronto y me gusta.

Cuando llegaron a la plaza, las farolas seguían aún encendidas, pero el cielo se había empezado a teñir de rosa para anunciar el día que muy pronto amanecería. Los toldos del mercado se extendían delante de ellos. Había rayas por todas partes.

Amarillas y blancas, azules y blancas, amarillas y verdes… Las flores cortadas perfumaban el aire de la mañana, pero fue la hermosa

presentación de las frutas y las verduras lo que más sorprendió a Leonie.

—Pensaba que aquí sólo se vendían flores… Mira cómo han colocado esa fruta.

Es como si fuera una obra de arte.

Recorrieron el mercado entero, que constaba de más de cien puestos y en el que se vendía de todo, desde aceitunas rellenas a pollos vivos.

Leonie se sobresaltó cuando él le rozó la espalda para apartarla de la multitud.

Ella trató de olvidarse de aquel gesto. Se había sorprendido mucho. Eso era todo. Se tomó su tiempo para elegir un ramo de flores con el que decorar su apartamento.

Eligió lirios amarillos, margaritas blancas con toques de florecillas naranjas y moradas. Mientras lo hacía, Jacques la esperaba sin mostrar señal alguna de impaciencia.

—¿No te parece precioso? Quedará muy bonito en la pequeña mesa de mi apartamento.

Comenzaron a caminar el uno junto al otro. Leonie era muy consciente de la presencia de Jacques a su lado. Deseaba que él volviera a tocarla para poder comprobar si se había imaginado la electricidad que le había recorrido todo el cuerpo, pero, al mismo tiempo, no lo deseaba porque no había reaccionado de aquel modo con un hombre desde… bueno, desde hacía mucho tiempo. El pensamiento resultaba aterrador.

Ni siquiera recordaba haber experimentado una reacción tan fuerte con Shane, ni siquiera en sus primeros tiempos. Tal vez el problema era su memoria. Después de todo, había pasado mucho tiempo.

Cuando por fin terminaron de ver el mercado, Jacques le dijo:

—¿Te apetecería subir la colline du château?

—¿Cómo dices? —preguntó ella, mirando hacia la colina que él le estaba señalando—. ¿Hay un château ahí arriba?

—No. Lo hubo hace mucho tiempo. Hay una cascada y un parque.

—Me gustan las cascadas.

—Hay muchos escalones. Podemos subir en ascensor, si lo prefieres.

—Unas veces me dices que no diga que soy vieja y otras implicas que ya voy estando algo mayor.

—Eso no es cierto. No me refería a eso.

Leonie se echó a reír.

—Sólo estaba bromeando. Vamos, pero iremos andando.

Mientras fueron subiendo la colina, Leonie fue admirando las maravillosas vistas de Niza que se divisaban desde allí. Cuando llegaron arriba, se dirigieron directamente a los miradores.

—Dios mío —susurró Leonie.

Era la primera vez que veía el puerto, en el que estaban anclados los

yates de los millonarios. La vista la dejó completamente atónita. Por primera vez desde su llegada comprobó que se encontraba en la Riviera Francesa, punto de encuentro de ricos y famosos.

Entonces, se dio la vuelta y miró hacia el casco antiguo de la ciudad y las distantes montañas. Suspiró.

—Me alegro de que hayamos venido. Merece la pena. Aunque no haya château, lo que es una pena porque me encantaría ver uno de verdad.

—En ese caso, deberías ir a dar un paseo en coche —dijo él mientras comenzaban a pasear por el parque.

—Lo sé. No importa.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué quiero decir? —preguntó ella mientras observaba a unos niños jugar en el parque.

—No lo comprendo. ¿No quieres visitar más sitios?

—Sí, bueno, claro que me gustaría, pero yo no voy a conducir un coche por el otro lado de la carretera y yo no tengo sentido alguno de la orientación y, además…

No me gusta ir a visitar monumentos yo sola. Ahora sí que parezco patética.

—No pareces patética. Lo entiendo perfectamente. Yo podría llevarte.

—¿Cómo dices? No. Tú estás demasiado ocupado. No puedes hacerlo.

—Claro que puedo. Mis empleados se las pueden arreglar solos durante un día.

En alguna ocasión los he dejado, como cuando tenía que llevar a Antoine al médico, por ejemplo.

—Pero eso es diferente. No quiero que te tomes tantas molestias sólo por mí.

—Es que me gustaría llevarte, pero como tú digas. Si no quieres, lo comprenderé.

—No es que no quiera que me lleves… es que… ¿Estás seguro?

—Por supuesto que sí. ¿Por qué te lo habría dicho si no estuviera seguro?

—En ese caso me encantaría. No creo que importe si un día pierdo las clases.

Podríamos ir mañana…

—No, mañana no. Te lo tendría que haber dicho. Mañana tengo que ocuparme de Antoine. Lo siento, pero no me gusta desilusionarlo.

—Oh —dijo Leonie. Sonrió para ocultar el hecho de que, sin saber por qué, se sentía muy desilusionada—. Por supuesto que no. No hay problema.

—Estás desilusionada —observó él.

—No, Dios Santo. No soy ninguna niña. Cuando tengas tiempo, será

estupendo que podamos ir.

Leonie respiró profundamente. No estaba segura de si su desilusión provenía del hecho de que hubieran tenido que posponer la excusión o de pensar que no iba a ver a Jacques durante un par de días. Fuera como fuera, entendía perfectamente que él tuviera que pasar el día con su hijo.

Se dirigieron a un museo que había en el parque y que había sido construido para asemejarse a unas ruinas romanas y allí vieron la impresionante catarata.

Había pasado ya casi media mañana cuando los dos se sentaron en el suelo.

Leonie se sentía cansada. No estaba acostumbrada a tanto ejercicio.

—Vaya, estoy fatal de forma.

De soslayo, vio que Jacques miraba el reloj y supuso que muy pronto tendría que marcharse.

—Ven a La Bergamote a almorzar —dijo él, de repente.

—¿Hablas en serio?

—¿Acaso tienes otros planes?

—No.

—Es domingo. No deberías comer sola.

Efectivamente, ella no quería comer sola. Además, le gustaría ver el restaurante de Jacques.

—Gracias. Me gustaría.

—Estupendo —dijo él, con una sonrisa. Leonie sintió que se le hacía un nudo en el estómago.

—Tengo que poner las flores en agua —comentó ella. Además, tenía que cambiarse de ropa. Sus pantalones cortos y camiseta no resultaban muy adecuados para ir a comer. No sabía si el restaurante de Jacques era muy elegante, pero tendría que ir algo más vestida de lo que estaba en aquel momento.

—No hay problema. Te puedo esperar.

La Bergamote era un restaurante íntimo que, a pesar de todo, rebosaba ambiente y que estaba repleto de clientes. Leonie disfrutó mucho observando la elegante clientela que, evidentemente, iban a comer allí por la calidad del menú y por la sensación de acudir a un lugar muy especial. Lo que no le gustó tanto fue el hecho de sentir que no iba adecuadamente vestida. Se había puesto una falda de algodón y una camiseta blanca, que era todo lo más elegante que había podido encontrar en su guardarropa. Este hecho le hizo tomar la decisión de ir de compras el lunes por la tarde. La próxima vez que acudiera al restaurante de Jacques, si es que había próxima vez, encajaría perfectamente.

El restaurante era elegante y refinado, pero daba también la impresión de comodidad y solidez. Como el propio Jacques. Él se movía por el

restaurante como pez en el agua. Tenía un aspecto fantástico con un traje oscuro que debía de haberse puesto en su despacho. Leonie suspiró. Traje, vaqueros… No parecía importar lo que se pusiera.

Era mejor que lo admitiera. Se sentía atraída por Jacques como jamás lo había estado por otro hombre. Las sensaciones que estaba experimentando eran nuevas para ella. Sin embargo, no tenía intención alguna de implicarse con ningún otro hombre. Había estado veinte años casada con Shane. Él había sido el amor de su vida. Aunque ya no estuviera presente, Leonie tenía los recuerdos, que servirían para mantenerse arropada durante el resto de su vida.

No obstante, resultaba agradable conocer a alguien como Jacques y descubrir que, a pesar de todo, seguía teniendo hormonas a pesar de los años que habían pasado… Podía y debía ignorarlas porque los efectos de las hormonas eran sólo temporales. Lo que había vivido con Shane era real. Habían tenido una familia juntos. Y esa familia la estaba esperando en Australia.

Su amistad con Jacques era importante para ella y quería que continuara porque estaba consiguiendo que su estancia allí en Niza fuera mucho más agradable. Sí, quería seguir siendo amiga de Jacques, pero, en lo sucesivo, iba a ignorar la atracción que sentía hacia él. La amistad sería lo único que ocupara su mente. No permitiría que sus hormonas dictaran lo que sentía al estar en su compañía.

—Siento haberte tenido esperando, Leonie —dijo Jacques cuando por fin se acercó a la mesa.

—No hay problema. Veo perfectamente que estás muy ocupado —respondió ella mientras observaba cómo él se sentaba—. ¿Qué es lo que haces realmente? Es decir, sé que eres el dueño, pero hay un chef y un maître… Jacques se encogió de hombros.

—Un restaurante es un negocio. Necesita que alguien se ocupe de él. Alguien tiene que preocuparse de reclutar a las personas adecuadas para mantener un nivel, para lograr que el comedor esté siempre lleno y para poder pagar las facturas.

También me gusta conocer a los clientes. Tenemos algunos habituales, que llevan viniendo muchos años. Me parece que lo más cortés es saludarlos personalmente y asegurarse de que se sientan bienvenidos. ¿No te parece?

—Por supuesto. Has dicho muchos años. ¿Desde cuándo tienes este restaurante?

—Es propiedad de la familia Broussard desde hace mucho tiempo. Mi abuelo lo inauguró y me lo dejó a mí cuando murió. Es uno de los restaurantes más populares de la región.

—Eso es maravilloso. Debes de estar muy orgulloso.

—Así es. Ahora, ¿qué te apetece comer? Leonie se puso las gafas. Ya había mirado el menú, pero aún no se había decidido.

—Todo me parece delicioso. Esperaba que tú pudieras recomendarme algo.

Jacques así lo hizo. Cuando terminó, llamó sutilmente al camarero jefe. Este se acercó inmediatamente. Leonie le sonrió y pronunció cuidadosamente en francés lo que había elegido.

Jacques asintió para animarla.

—¿Quieres que pida yo el vino?

—Sí, por favor.

Jacques habló rápidamente a su empleado. Este asintió antes de recoger los menús y marcharse rápidamente.

—Y bien —dijo Leonie—, ¿por qué no han cazado ya a un hombre como tú?

—¿Cazado, dices?

—¿Por qué no has vuelto a casarte?

—Ah.

Jacques guardó silencio, lo que hizo que a Leonie se le hiciera un nudo en el estómago.

—¿O acaso sí te has casado de nuevo?

No debería importarle. ¿Acaso no acababa de decirse que no había nada entre ellos más que amistad?

—No. No me he casado, pero estuve a punto de hacerlo. Lo pasé muy mal… No le he hablado a nadie más de esto.

—¿Cuánto tiempo hace ya de eso?

—Unos cuatro años. No salió bien.

—¿Te puedo preguntar por qué?

—Antoine.

—¿Acaso no le caía bien?

—Al contrario. Mi hijo la adoraba —contestó él mientras se encogía de hombros

—. ¿Qué te puedo decir? Mi hijo ha heredado mi mal gusto…

—¿Entonces?

—Resultó que ella me veía… me consideraba tan sólo un modo de asegurarse el futuro. Cuando le expliqué que después de que nos casáramos yo querría que mi hijo viniera a vivir con nosotros aquí en Niza, ella decidió que yo no merecía tanto la pena. Creo que había esperado que mi hijo se quedara con su abuela.

—Oh, Jacques —susurró ella extendiendo la mano hacia la de él.

—Supongo que tuve suerte de descubrir la clase de persona que era antes de que fuera demasiado tarde, pero para Antoine fue una experiencia muy dolorosa…

—Pero no le dijiste la razón, ¿verdad?

—No, no, pero, aun así, se tomó el rechazo personalmente. Ya se sentía muy unido a ella y creía que ella se convertiría en su madrastra.

—Pobrecito…

—No puedo permitir que eso vuelva a ocurrir. Es un niño muy sensible.

Después de levantar la copa de vino vacía y examinarla cuidadosamente, añadió:

—Bueno, no hay posibilidad alguna de que vuelva a ocurrir. Ya soy demasiado viejo para pensar en el matrimonio. Llevo soltero demasiado tiempo. Cualquier relación que yo pudiera tener no sería nada más que algo… casual. Y no hay necesidad de que Antoine sepa nada al respecto.

Justo en aquel momento, el camarero llegó con el vino. Después de probar el sauvignon blanc, Jacques dio su aprobación y el camarero llenó las dos copas.

Leonie dio un sorbo de la suya y sonrió.

—Es delicioso. Buena elección.

—Me pareció que te gustaría —comentó Jacques sonriendo también.

En aquel momento llegaron los primeros platos. Las endibias en tarte tatin resultaban completamente deliciosas. Leonie no era mala cocinera y siempre se había esmerado mucho en la preparación de sus platos. Cuando Shane cayó enfermo, la cocina dejó de ser una de sus prioridades, en especial porque sus hijos comían fuera y ella se conformaba con un bocadillo. Había retomado el gusto por la cocina hacía un año aproximadamente. Sabía cómo servir una buena comida, pero aquel plato quedaba completamente a otro nivel. Por fin comprendió por qué la cocina francesa tenía una reputación tan gloriosa. Aquélla era la primera vez que comía en un restaurante desde su llegada y estaba encantada con la experiencia. Y eso que sólo había probado el primer plato.

Además, estaba la compañía. Miró a Jacques. Mientras observaba cómo extendía paté en una tostada, vio algo en sus manos que la hizo temblar por dentro.

«Ya es suficiente», se dijo. ¿Acaso no había decidido que debía ignorar esos sentimientos?

Jacques levantó la mirada justo cuando ella volvió a mirarlo.

—¿Qué tal está la comida?

—Deliciosa, pero eso ya lo sabías, ¿verdad? —respondió ella con una sonrisa—.

Gracias por invitarme.

—De nada.

Jacques la miró a los ojos durante un instante más y ella se echó de nuevo a temblar. ¿Acaso no sabía controlar sus hormonas?

—Me dijiste que estudiaste francés en el instituto… ¿Por qué has

esperado tanto para seguir estudiándolo?

—Bueno, ya sabes… Me casé con Shane cuando terminamos el instituto y mi hogar se llevó por delante todo lo que yo hubiera deseado hacer.

—¿Qué les pareció a tus padres que te casaras tan joven?

—Los dos éramos los hijos únicos de un sólo progenitor. Creo que ésa fue una de las razones por las que nos sentimos atraídos. Sabíamos lo que el otro estaba pasando. Además, en mi caso, mi padre pareció aliviado. Creo que jamás se sintió muy cómodo con la responsabilidad de criar en solitario a una hija. Mi madre murió cuando yo nací.

Tomó un sorbo de vino mientras el camarero se llevaba los platos.

—Mi padre se mudó a Sydney y se pasaba todo el tiempo bebiendo. Siempre le había gustado tomarse una cerveza, pero aquello… una noche lo atropello un coche.

—Eso es terrible. Lo siento.

—Sí. Entonces, yo ya estaba embarazada de Sam, por lo que tuve algo a lo que aferrarme para superarlo.

—¿Y Shane?

—La madre de Shane se llevó un buen disgusto. Yo no era suficiente para su hijo.

—No me lo puedo creer…

—No quería que su hijo se casara a esa edad. Tengo que admitir que si Kyle hubiera decidido casarse con diecisiete años, a mí tampoco me habría gustado.

—¿Y os salió bien? ¿Tuvisteis un matrimonio feliz?

—Sí. No voy a negar que al principio fue muy duro. Shane trabajaba como aprendiz de fontanero, por lo que yo tenía que trabajar para traer algo de dinero a casa. Siempre había querido ser enfermera, pero no podíamos permitirnos que yo fuera a la universidad. Sin embargo, disfrutaba mucho con mi trabajo en una escuela primaria como ayudante del profesor. Me encantaba trabajar con los niños.

—¿Pudiste estudiar más tarde?

—No. Ya habíamos tenido a nuestros hijos y yo estaba ayudando a Shane a empezar su negocio. Entre las dos cosas, no había tiempo.

—¿Qué más quisiste hacer que nunca fuiste capaz de hacer?

—Soñé con toda clase de cosas, pero no me arrepiento de ellas del mismo modo.

Fueron las cosas con las que suelen soñar las chicas y, por supuesto, quería ver mundo. Me siento algo avergonzada de que ésta sea la primera vez que salgo de mi país.

—¿Y vas a desquitarte de eso ahora? ¿Crees que harás más viajes?

—Tal vez.

—¿No irás a decir que tu experiencia en Francia te ha quitado las ganas?

—Oh, no… Es que… Siento algo de añoranza, ¿sabes? Tú me has ayudado mucho y ahora sí quiero quedarme hasta terminar el curso, pero echo de menos a mis hijos. Ellos me necesitan a su lado. No deberían tener que preocuparse de cosas tan mundanas como las tareas de la casa cuando tienen cosas mucho mejores que hacer con su tiempo.

—Pero, si tú se lo haces todo, no aprenderán nunca a cuidarse solos.

—Lo sé, pero tienen mucho tiempo para aprender cuando llegue el momento de hacerlo. Y yo seguiré teniendo tiempo para viajar si aún deseo hacerlo. Estoy segura de que tú harías lo mismo con Antoine aunque tu hijo fuera mayor.

—Tienes razón —admitió él, con una sonrisa.

En aquel momento, un hombre se acercó a su mesa. Jacques se levantó y lo saludó de un modo que indicaba que éste era un viejo amigo y así se lo presentó a ella. François tenía algo que ver con la industria del cine. No pudo entender qué porque los dos amigos hablaban deprisa y ella no era capaz de entenderlo todo.

Cuando el recién llegado preguntó si se podía sentar con ellos, Jacques no pudo negarse. A Leonie no le quedó más remedio que sonreír como si le pareciera una fantástica idea.

Sin embargo, muy pronto dejó de sentirse irritada y comenzó a sonreír. François no hablaba inglés y como ella no quería molestar a Jacques constantemente para que le tradujera, no le quedó más remedio que concentrarse.

Descubrió que François estaba metido en el negocio de la producción de cine y les contó historias muy interesantes sobre actores y actrices famosos que habían visitado el sur de Francia. Él le preguntó a Leonie muchas cosas sobre Australia y parecía muy interesado con sus respuestas. Cuando terminaron el postre, ella sintió que había aprendido mucho más francés en aquella comida que durante todas sus clases.

Jacques apretó los dientes y sonrió. François se estaba excediendo y, si aquella comida no terminaba pronto, él podría terminar haciendo algo que lamentaría.

El atractivo de François siempre le había facilitado todo lo que había querido.

En el pasado, a Jacques le había divertido ver a su amigo en acción. Sin embargo, nada de lo que estaba contemplando en aquellos momentos le parecía divertido.

Leonie parecía hipnotizada por las palabras de François. Él se inclinaba sobre ella con su típica mirada en el rostro. No quería ver cómo ella se reía de aquellas anécdotas tan manidas. No quería ver cómo François le hacía

daño.

Cuando François anunció que iba a acompañar a Leonie de vuelva a su apartamento, Jacques no pudo contenerse.

—No hay necesidad. Voy a acompañarla yo.

—Oh, pero hoy ya te he robado mucho tiempo —comentó Leonie—. Estoy segura de que los dos estáis muy ocupados y yo puedo encontrar el camino sola.

—Yo no tengo nada que hacer —dijo Jacques—. Te acompañaré.

François comenzó a decir cuánto lo lamentaba mientras le gastaba bromas a Leonie. Ella aún se estaba riendo cuando salieron del restaurante. Estaba muy hermosa. Los ojos azules le brillaban y la brisa del mar le alborotaba el cabello y se lo apartaba de los hombros.

—Es muy divertido, ¿verdad?

—Hmm…

—¿Qué te pasa? ¿Acaso no te cae simpático? Creía que era amigo tuyo.

—Lo era. Hasta hoy.

—Oh…

—François es un… seductor —dijo Jacques mientras se metía las manos en los bolsillos.

—¿Sí?

—Te lo digo para que tengas cuidado con él.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—Estaba flirteando contigo.

—¿Flirteando, dices? ¿Conmigo? Jacques, tú estabas presente. Te aseguro que no estaba haciendo nada de eso.

—Claro que sí.

—Sólo estaba hablando conmigo —dijo ella frunciendo el ceño—. Estábamos charlando. Los tres.

—Leonie, conozco muy bien a François. Lo conozco desde hace mucho tiempo.

Te estoy diciendo la verdad. Quería acompañarte porque estaba esperando poder meterse en tu cama.

Ella levantó las cejas. El rostro se le cubrió de rubor. Estaba muy atractiva. A Jacques le habría gustado tomarla entre sus brazos, pero no lo hizo. Aunque le costó bastante.

—Eso no tiene ninguna gracia. ¿Por qué dices eso? No es, cierto. François es muy guapo. ¿Por qué demonios iba a estar interesado en un vejestorio como yo?

De repente, Jacques la agarró por el brazo e hizo que ella se diera la vuelta para mirarlo.

—¡No digas eso, Leonie! Eres una mujer atractiva, muy atractiva.

Cualquier hombre…

Jacques la rodeó con los brazos y la estrechó contra su cuerpo. Entonces, le miró insistentemente los labios. Sin pensar, se inclinó hacia ellos… pero notó que ella le colocaba las manos sobre el pecho y que lo empujaba.

—Lo siento —dijo él bajando inmediatamente las manos—. No quería…

—¿Tú… tú me encuentras atractiva?

—Por supuesto.

—¿Por supuesto?

—Eres una mujer encantadora y vivaz. Si no te encontrara atractiva, no sería humano.

—Pensaba que éramos amigos.

—Y lo somos.

—Quiero decir sólo amigos.

—Si es eso lo que quieres….

—Soy viuda, Jacques. Ya lo sabes.

—Sí, lo sé.

—Yo… yo nunca…

—Lo siento. No quería disgustarte.

—Yo sólo… Creo que te has hecho una idea equivocada sobre mí.

—No.

Jacques levantó una mano con la intención de tocarle el hombro para tranquilizarla, pero ella se apartó inmediatamente de su lado.

—Creo que es mejor que me vaya yo sola.

—Leonie, espera…

Ella negó con la cabeza y echó a andar. Jacques observó cómo se marchaba mientras se preguntaba si debía ir tras ella. No quería que ella sintiera que él la estaba molestando. Eso era lo último que deseaba.

Se quitó la chaqueta del traje y, tras enganchar un dedo en el cuello, se la echó sobre el hombro. Mientras caminaba de vuelta al restaurante, decidió que era un idiota. Había estropeado lo que debería haber sido un paseo muy agradable. No era necesario que la advirtiera sobre François. No era tan ingenua como para dejarse embaucar por algo que no quería hacer. Sin embargo, había permitido que las intenciones de François lo afectaran a él de tal modo que lo hicieran cometer un error.

No. No había sido culpa de François. Jacques no había sabido lo mucho que la deseaba hasta el momento en el que estuvo a punto de besarla. No podía culpar a nadie más que a sí mismo.

No estaba acostumbrado a que las mujeres salieran huyendo de él. No había tenido relaciones con muchas, pero, cuando había tenido una cita, jamás había encontrado reticencia alguna en sus parejas. Al contrario,

había sido él quien se había contenido. Jamás había querido darles falsas esperanzas.

Sin embargo, en aquella ocasión era diferente. Leonie y él no estaban saliendo.

Eran amigos y, hasta aquel día, Jacques no había tenido intención alguna de que eso cambiara. Sin embargo, inconscientemente, sabía que había estado esperando una oportunidad. Suspiró y se dijo que tendría suerte si Leonie volvía a dirigirle la palabra.

Capítulo Cuatro

Leonie se despertó cubierta de sudor. La camiseta que se ponía para dormir estaba completamente retorcida alrededor de su cuerpo. Acababa de soñar con un hombre que no era su esposo. No se parecía en nada a ningún sueño que hubiera tenido antes. Un fuerte sentimiento de culpabilidad se apoderó de ella. No debería estar allí, tumbada, recordando el modo en el que las manos de Jacques le habían recorrido la piel, un recuerdo tan vivo, tan nítido, que parecía que había ocurrido de verdad.

No sabía cómo su imaginación había conjurado algunas de las cosas que habían ocurrido en aquel sueño, porque jamás las había hecho con Shane. Lo más cerca que había estado de aquella pasión había sido en los libros.

Hacer el amor con Shane había sido algo dulce y familiar, la unión de dos personas que conocían sus respectivos cuerpos tan bien como el propio. No había habido… pasión.

Leonie jamás la había echado de menos. No se podía añorar algo que nunca se había tenido.

Se levantó de la cama, se bajó la camiseta y se dirigió a la cocina. Allí, se sirvió un vaso de agua de la botella que guardaba en el frigorífico.

Sin poder evitarlo, recordó el instante en el que Jacques había estado a punto de besarla. Jamás se hubiera imaginado que la atracción que ella sentía era mutua.

Había supuesto una verdadera sorpresa para ella y, durante un instante, sus hormonas habían amenazado con hacerse con el control.

Afortunadamente, había logrado dominarlas. Por muy tentador que el beso hubiera podido resultarle, había decidido que sólo quería ser amiga de Jacques. No obstante, una vocecilla le susurraba en el interior de su cabeza todo lo contrario. Le decía que sólo se había echado atrás porque temía lo que pudiera ocurrir y adonde pudiera llevarles aquel beso.

Suspiró y se dirigió al balcón. Tenía que reconocer que siempre había sabido que había química entre ellos. Su pasión latente se había despertado por algo, dejando que su feminidad respondiera a las señales que Jacques le enviaba.

Sí. Tendría que haberse dado cuenta de que los sentimientos eran mutuos, pero ella tenía poca experiencia con los hombres. Shane había sido el único hombre en su vida. No había habido nadie antes ni después. Por eso, cuando descubrió que los sentimientos eran compartidos, se había dejado llevar por el pánico. El pensamiento de actuar sobre la atracción que ambos sentían resultaba demasiado aterrador.

Ella ni siquiera había mirado a otro hombre en más de veinte años. Jamás había tenido razón alguna para creerse atractiva. Simplemente, no

se había considerado.

Había sabido que su marido la amaba fuera cual fuera su aspecto. Eso era lo único que le había importado siempre. Jamás había considerado la posibilidad de que un hombre pudiera considerarla como mujer.

¿Qué pensaría Shane?

Un fuerte sentimiento de culpa se apoderó de ella. Shane seguramente pensaría que lo estaba traicionando. Y eso que ella aún no había hecho nada.

¿Aún? ¿Qué había querido decir con eso? No iba a hacer nada. Nunca.

Recordó el deseo que se le había dibujado a Jacques en los ojos cuando le miró los labios. Mientras se tocaba aquellos mismos labios, trató de imaginarse lo que habría sentido si él la hubiera besado.

Los segundos fueron pasando. Entonces, bajó la mano y se reprendió por sus pensamientos. Era hora de regresar a la cama. Esperaba que, en aquella ocasión, pudiera dormir sin sueños turbadores.

Jacques iba empujando la silla de ruedas de Antoine entre las plantas del jardín de su madre. Los lunes por la mañana, aquellos paseos se habían convertido en una rutina y a Jacques le gustaba. Era el único día de la semana que su madre podía relajarse un poco y dormir hasta más tarde. Se merecía eso y mucho más después de todo lo que hacía por ellos.

Con la ayuda de su hermano, Jacques se ocupó de la rutina matinal de Antoine.

Después de desayunar, salieron al jardín para hablar antes de que Antoine se tuviera que marchar al colegio.

Colocó la silla de ruedas junto al banco que había al final del jardín y se sentó.

Sin embargo, aquella semana se encontraba algo distraído. Cuando volviera a ver a Leonie, se disculparía y, si ella lo perdonaba, tendría más cuidado en lo sucesivo.

Había disfrutado mucho con su compañía. Ella lo comprendía cuando le hablaba de Antoine y quería poder volverlo a hacer.

Leonie tenía algo… tal vez era el aire de tranquila aceptación. No había habido la mezcla habitual de pena y vergüenza que a menudo aparecía en los ojos de la gente a la que le hablaba sobre Antoine. Preocupación, sí, pero no pena.

Sólo sabía que, cuando pasaba tiempo con ella, cuando hablaba con ella, se sentía como si el mundo tuviera sentido. Si pudiera haber elegido una madre para Antoine, habría querido a alguien como Leonie.

La voz de Antoine le sacó de sus pensamientos.

—Estabas dormido.

—No. No lo estaba.

—Entonces, ¿de qué te estaba hablando?

Jacques dudó. Al final, decidió no mentir a su hijo.

—Lo siento. No te estaba escuchando. Cuéntamelo otra vez.

Cuando Antoine le repitió su historia, Jacques sonrió y alborotó el cabello de su hijo antes de mirar el reloj.

—Es hora de ir al colegio. Es mejor que nos vayamos.

Empujó la silla de ruedas al lado de la casa donde estaban aparcados los vehículos. Metió a su hijo en la furgoneta. Mientras se dirigían al colegio, hablaron de coches. Era un tema recurrente entre ellos, dado que a ambos les interesaba. Jacques le había prometido a su hijo que cuando fuera mayor, tendría un coche especialmente adaptado para él. Antoine se iba a perder muchos placeres de la vida, pero Jacques estaba decidido a que conducir no fuera uno de ellos.

Cuando por fin llegaron al colegio, Jacques aparcó y fue a sacar la silla del maletero. Cuando dejó a su hijo en el colegio, se marchó y regresó al viñedo. Había prometido a Bertrand que repasarían juntos algunas cifras.

Había ocasiones en las que se preguntaba si su hijo sería feliz y sentía que había fallado a la hora de proporcionarle una figura maternal. Sin embargo, después de la desilusión de Héléne, no volvería a intentarlo. No habría madrastra.

Pensó en Leonie. Ella no era esa clase de mujer. Eso ya lo sabía. ¿La habría asustado con sus actos? ¿Habría ido demasiado lejos?

Esperaba que no, porque tenía intención de compensar su error. Es decir, si Leonie se lo permitía. No quería que ella temiera estar con él. Quería que se relajara y que confiara en él. Además, se merecía disfrutar de su estancia en Niza. Nunca pensaba en sí misma. Sin duda, había sido capaz de hacer muy feliz a su familia. Ya iba siendo hora de que alguien pensara en hacerla a ella feliz para variar.

No sería él. Al menos a largo plazo. Leonie se marcharía cuando finalizara su curso de francés. Tal vez la temporalidad de su amistad era parte de la razón por la que se sentía capacitado para abrirse a ella. Sin embargo, si lograba compensar lo ocurrido, podría hacerla feliz durante el breve tiempo que se encontrara allí.

Lo que Leonie necesitaba en aquellos momentos era compañía. Alguien con quien hablar y con quien poder visitar la ciudad. Un amigo. Jacques sería el amigo que ella necesitaba.

Una semana después, Leonie se congratuló. Como había hecho coincidir sus visitas al café con la hora del almuerzo, había conseguido evitar a Jacques. Jean-Claude la había mirado con cierta extrañeza, pero no había cuestionado su cambio de rutina. El esfuerzo mereció la pena. No quería cambiar de café. Aquél estaba cerca de su apartamento y se sentía muy cómoda allí. No veía por qué tenía que dejar de acudir allí.

Terminó de leer su periódico y, tras dejarlo en el revistero, salió a la

calle.

Entonces, vio a Jacques apoyado contra la pared del edificio que quedaba al otro lado de la calle. Estaba esperándola. Tenía que ser así. ¿Por qué si no iba a estar allí?

Sintió que se le hacía un nudo en el estómago. Entonces, mientras cruzaba la calle, sintió que las rodillas se le doblaban. No se había dado cuenta de lo mucho que lo había echado de menos hasta aquel mismo instante.

—Leonie… —susurró él.

Jacques le ofreció un enorme ramo de flores. El color predominante era el naranja.

—Veo que has ido al mercado.

—Sí. Recordé que preferías los colores brillantes.

La observaba con la mirada llena de dudas, como preguntándose qué era lo que ella iba a hacer a continuación. Cuando Leonie aceptó las flores, el alivio se le dibujó en el rostro.

—¿Puedo acompañarte?

—Yo… supongo que sí. Me marchaba ya a mi apartamento.

Jacques asintió y comenzó a caminar a su lado.

—Me has estado evitando…

—Eso no es cierto —mintió—. Bueno, sí lo es…

—Siento que te pareciera que tenías que hacerlo. Eso hace que me avergüence aún más. No quiero que me tengas miedo, Leonie.

—¡No te tengo miedo! —exclamó ella, con sinceridad—. Te aseguro que no es así. Simplemente, no quiero… eso.

—No tenía intención alguna de tratar de besarte. Fue por François y el modo en el que estuvo flirteando contigo. Me enojó y yo… yo lo siento mucho.

Parecía tan afectado que Leonie no tuvo más remedio que creerlo.

—Disculpa aceptada —dijo.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

—Entonces, ¿podemos olvidarnos de que ocurrió? Te juro que no tendrás que preocuparte de que pueda ocurrir algo así nunca más. A menos que cambies de opinión…

—¿Cambiar de opinión? Te aseguro que no lo haré. Jacques inclinó la cabeza y, después de un momento, dijo:

—¿Crees que alguna vez lograrás superar los recuerdos de tu esposo?

—¿Superar, dices? Haces que suene como si se tratara de una enfermedad. No quiero superarlo. Él forma parte de mí, de quien soy.

—Lo siento, lo siento —se disculpó él mientras se mesaba el cabello—. No quería disgustarte. En cuanto abro la boca, es lo único que sé hacer.

Soy un idiota.

—Eso no es cierto, pero no lo comprendes. ¿Cómo ibas a entenderlo? Tú no has pasado por esto. No has sufrido esta pena y espero que nunca tengas que hacerlo.

—Tienes razón. No lo comprendo —dijo Jacques—, pero me gustaría. Me gustaría saber por qué te resulta tan difícil seguir adelante con tu vida.

—Ya lo he hecho —replicó ella—. He seguido con mi vida. He empezado a hacer cosas que jamás habría hecho cuando Shane estaba aún con vida, como realizar este curso.

—¿Y tienes intención de seguir sola el resto de tu vida?

—Para serte sincera, no he pensado tan lejos. Me sentía muy cómoda en mi relación con mi esposo. Vivimos una bonita historia juntos. Yo lo conocía a él y Shane me conocía a mí. Estábamos acostumbrados el uno al otro. Se tarda mucho tiempo en desarrollar esa clase de relación.

—Por supuesto.

—No sé si tengo la energía emocional suficiente para pasar por eso con otra persona.

—Pero no todas las relaciones tienen que ser a largo plazo. No se tiene que invertir esa cantidad de tiempo y energía en una relación a corto plazo. A veces, un encuentro casual y apasionado puede ser muy divertido.

—Divertido… No sé… Lo único que sé es que aún me siento casada con Shane.

Eso ya no era cierto. Lo había sido durante algún tiempo, pero ya no lo era.

—Intelectualmente —añadió—, sé que él ya no está a mi lado, pero emocionalmente sigo siendo su esposa hoy igual que lo era el día en el que murió.

No puedo serle infiel.

Después de un momento de silencio, Jacques asintió. Leonie supo que, aunque él no lo comprendía, al menos respetaba sus sentimientos.

—¿Quieres que vayamos mañana a dar ese paseo en coche, como amigos? —le preguntó él cambiando de tema.

—¿Paseo en coche?

—Sí. Querías ir a ver un château. ¿No te acuerdas? Podemos ir mañana si te viene bien.

—¡Oh! Eso suena maravilloso, pero…

—No hay necesidad de preocuparse —repuso él rápidamente—. No haré nada que te haga sentir incómoda. Te prometo que puedes confiar en mí.

—Lo sé. Simplemente iba a decir que no quería que te molestaras, pero si estás seguro de que no te importa…

—Estoy seguro. Conozco un lugar fantástico donde podremos almorzar.

El dueño es amigo mío, por lo que sé que nos dará bien de comer.

—Genial.

Después de organizarlo todo, Jacques se marchó. Leonie entró y subió las escaleras hacia su apartamento. Había echado de menos su amistad. No le había apetecido en lo más mínimo tener que pasar el resto de su estancia sola.

Decidió que Jacques había estado en lo cierto en su necesidad de seguir con su vida. Pensaba que lo había hecho, pero, poniendo límites y negándose a sentir de nuevo, había fracasado en su intento. Si no hacía algo al respecto, estaría sola el resto de su vida. Sus hijos no estarían a su lado siempre y entonces, ¿cómo sería su vida?

No quería ni pensarlo.

Cuando regresara a casa, se esforzaría más por conocer nuevos amigos. Se apuntaría a un club o algo así. Empezaría un hobby. Sus hijos se alegrarían por ella.

Ya en el interior del apartamento, sacó el jarrón que había utilizado como la vez anterior. Desenvolvió las flores. Pronto vio que eran demasiadas para que pudieran caber todas en el jarrón. Se preguntó qué hacer. Tenía tan pocos vasos que no quería desperdiciar uno como jarrón, pero le dolería tirar las flores cuando aún estaban frescas.

De repente, encontró la solución a su dilema. Separó el ramo en dos mitades, puso una en el agua del jarrón y volvió a envolver la otra. Entonces, agarró su bolso y volvió a salir del apartamento. Ya en el exterior, cruzó la calle y entró en el edificio que había justo enfrente del de ella. No tardó mucho en localizar la puerta del apartamento que quedaba frente al suyo. Dudó un instante y luego llamó. Mientras esperaba, no dejaba de morderse los labios. La puerta no tardó en abrirse.

Leonie extendió el ramo de flores y se presentó. El gesto, que se dibujó en el rostro de la anciana no tenía precio. Cuando se recuperó, la invitó a pasar.

— Venez, venez…

Leonie no había esperado que la invitara a pasar, pero aceptó entrar en la casa.

Le dio las gracias cortésmente. Entonces, la anciana se presentó como madame Girard en un inglés bastante bueno. A continuación, se dirigió a su cocina con las flores y dejó a Leonie en medio del salón. Una fotografía le llamó la atención. Era de un hombre que tendría aproximadamente la edad de madame Girard. El marco de plata tenía el borde con una bonita filigrana, en la que se habían entrelazado unas flores secas. Había más fotos, en la que se veía al mismo hombre en poses diferentes. Una fotografía de boda, un grupo familiar, un joven con una pelota de fútbol bajo el brazo… Una vida entera de recuerdos.

—Mi esposo —dijo madame Girard tras colocar el jarrón de flores junto a la fotografía—. Murió.

—Mi marido también ha muerto —repuso Leonie.

Madame Girard estudió a Leonie durante unos instantes y, entonces, señaló un sillón para que ésta se sentara.

—Sentémonos a hablar un poco.

A los pocos minutos, las dos mujeres descubrieron que tenían muchas cosas en común, a pesar de que sus experiencias vitales eran muy diferentes. Leonie se dio cuenta de que jamás había hablado de lo que había sentido tras la muerte de su esposo con nadie, al menos no detalladamente. Eran unos sentimientos que sólo podía entender una persona que hubiera pasado por aquella experiencia. Madame Girard, o Chantal como más tarde le dijo la anciana a Leonie que podía llamarla, sí lo comprendía.

Ella abandonó el apartamento de la anciana a primeras horas de la noche.

Desde la calle, se despidió de su nueva amiga con la mano y luego entró en su portal.

Se sentía diferente. La piedra que había sentido sobre el pecho desde la muerte de Shane era de repente más ligera. Seguía allí, pero no resultaba tan pesada como antes. ¿La habría ayudado aquella conversación a asimilar lo ocurrido? Si lo hubiera sabido, lo habría hecho antes.

No podía dejarse creer que lo había superado todo porque no estaba segura de que pudiera superarlo alguna vez. Además, ella tampoco quena superar del todo la pérdida de Shane. Tal vez, sólo tal vez, por fin podría incorporar la ausencia de su esposo a su vida y seguir adelante.

Jacques tenía razón. Ya iba siendo hora de que se divirtiera un poco.

Fue a la cocina por su sencilla cena de pan con un poco de suave y cremoso brie y se sentó a la mesa para cenar. Mientras lo hacía, no dejaba de mirar las flores ni de pensar en Jacques.

Al día siguiente, cuando se sentó en el coche de Jacques, Leonie no dejaba de observar cómo él cambiaba de marcha.

—Me resulta muy extraño estar sentada en este lado del coche sin tener nada que hacer.

—¿Conduces con frecuencia en Australia?

—Sí o al menos solía hacerlo cuando mis hijos eran más pequeños. Siempre tenía que llevarlos de un lado para otro.

A Leonie jamás le había importado hacerlo. Sin embargo, para Shane y para ella misma, todo había sido muy diferente en su infancia. Ellos no podían participar en actividades extraescolares en parte por el dinero y en parte por la actitud de sus progenitores, que los necesitaban en casa. La madre de Shane dependía de su hijo para todo. En el caso de Leonie, ésta

tenía que ocuparse de la casa y de la comida si quería llevar una vida mínimamente aceptable. Leonie no habría podido vivir en un basurero. Ya era suficiente tener un padre que ni siquiera la quería.

Se le hizo un nudo en la garganta. Aún le dolía recordar que su padre la culpaba de la pérdida de su esposa. Crecer sin madre había sido difícil, pero lo había sido aún más tener que vivir sabiendo que cada vez que su padre la miraba, veía en sus rasgos a la mujer que tanto había amado y que la odiaba por ello.

Antes de que pudiera evitarlo, se le escapó un profundo suspiro.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Jacques.

—Estaba recordando algunas cosas en las que hacía mucho tiempo que no había pensado.

—¿De tus hijos?

—No —susurró. Entonces, giró la cabeza hacia la ventana. Cuando estuvo segura de que ya no iba a llorar, volvió a mirar a Jacques—. De mi padre. ¡Qué tontería que nos aferremos al dolor durante tanto tiempo! Incluso cuando hayamos sido muy felices, siempre nos acordamos de lo mucho que sufrimos muchos años atrás.

—La infancia debería ser una época de la vida lo más feliz posible. Un niño no debería tener que sufrir por los errores de sus padres. Los padres tienen como responsabilidad asegurarse de eso, proteger al niño de todo lo que le pueda hacer daño.

—O a la niña.

—Sí, claro. O a la niña.

Leonie guardó silencio. Estudió el perfil de Jacques mientras él se concentraba en la carretera. Estaba completamente de acuerdo, pero suponía que él estaba pensando en Antoine y su culpa del dolor que el pequeño había sufrido.

Se mordió el labio. Jacques jamás podría haber adivinado que dos mujeres los abandonarían a él y a Antoine. Ciertamente no era culpa suya. El pecho le dolía por el sufrimiento que él estaba experimentando.

—Si miras hacia allá, podrás ver el château.

—Oh —dijo ella. Apartó el resto de sus pensamientos durante un momento y miró en la dirección que él le había indicado—. ¡Sí! ¡Ya lo veo!

Haut-de-Cagnes era una ciudad medieval fortificada. Leonie se quedó asombrada de que hubiera sobrevivido al paso del tiempo y que la gente siguiera viviendo en ella. Algunas de las casas mostraban con orgullo su fecha de construcción, que en ocasiones se remontaba al siglo XIV.

Leonie se sintió fascinada por las estrechas callejuelas y mucho más por la total falta de comercialización de la ciudad. De alguna manera, había conseguido permanecer completamente al margen del turismo.

Además de la hermosa ciudad, estaba el château.

—Vaya —exclamó Leonie al contemplar las murallas del castillo. No resultaba difícil imaginar que el château Grimaldi había resistido muchos ataques enemigos—.

¿Sigue alguien viviendo allí?

—No, pero alberga varios museos que podemos visitar si tú quieres.

—Claro que sí.

—De todos modos, no todos los château x son como éste. Algunos son mucho más pequeños y no tan viejos.

—¿Y hay alguno en el que siga viviendo la gente?

—Sí, claro. Algunos son ahora propiedad de las estrellas de la pantalla. Otros, por el contrario, siguen perteneciendo a los descendientes de quienes los construyeron. Luego iremos a almorzar a uno de éstos. Mi amigo ha transformado parte de su château en un hotel.

Cuando Leonie miró a Jacques, vio que éste estaba contra una de las fuertes paredes del castillo. No resultaba difícil imaginárselo como un caballero medieval ataviado con una reluciente armadura. Ella ahogó un suspiro. Aquél era un pensamiento estúpido y romántico. No era propio de ella. Leonie siempre había sido una mujer más práctica que romántica.

Más tarde, mientras regresaban al coche, Leonie empezó a ponerse nerviosa ante la perspectiva de sentarse en el interior del pequeño coche con Jacques mientras la envolvía la fragancia de la colonia de él.

Aunque no dejaba de asegurarse que era una tontería sentir aprensión por algo tan cotidiano, cuando se cerraron las puertas del vehículo, no pudo evitar aspirar con fruición el aroma de Jacques como si no fuera a cansarse nunca de él.

El château del amigo de Jacques resultó ser maravilloso. Estaban sentados en una sencilla terraza, tomando champán que su anfitrión les había ofrecido para celebrar su visita. Él se había ido a la cocina a terminar de dar los últimos toques al almuerzo, por lo que Leonie estaba segura de que tendrían un festín cuando llegara la hora de comer.

No tardaron en llevarles el primer plato. El agradable aroma la devolvió al presente.

—¿Es esto ratatouille?

—Sí. Es un plato originario de la Provenza.

—No lo sabía —comentó, con una sonrisa. Varios instantes después volvió a tomar la palabra—. ¿Qué me puedes contar de tu familia, Jacques? ¿De dónde eres tú?

—Mi casa familiar se encuentra en un viñedo.

—¡Un viñedo! Madre mía. ¿Y tú vives allí?

—Sí. Con Antoine, mi madre y mi hermano.

—¿Dónde está?

—A unos cincuenta minutos de Niza, en lo que se denomina el Arriére-

Pays.

—Entonces, ¿por qué trabajas en Niza? ¿No te necesitan en la finca familiar?

—En primer lugar, el restaurante es mi responsabilidad. Mi abuelo me lo dejó porque sabía que a mí me gustaba mucho. Estoy dispuesto a hacer lo que sea para asegurarme que sobrevive y, por eso, no tengo intención alguna de dejarlo en manos de otra persona.

—Lo comprendo.

—Además, el viñedo es el dominio de mi hermano y él lo gobierna como le place, que es justamente lo contrario a lo que a mí me gustaría. Hemos tratado de trabajar juntos, pero… no podemos hacerlo. Los dos decidimos que ambos somos dueños del viñedo, pero que él se ocupa de las tierras.

—¿No os lleváis bien?

—Como hermanos, sí. Como socios de negocios, no. Somos demasiado… no sé.

Como leones.

—¿Leones?

—Sí, ya sabes —comentó él riendo—. Cuando en esos documentales de la televisión muestran a una manada de leones, el de más edad siempre se ve desafiado por el segundo. Así somos Bertrand y yo.

—Los dos queréis ser líderes de la manada. Supongo que él es el mayor.

—Así es.

—¿Y no podrías ceder tú ante tu hermano por el bien de Antoine?

—No funcionaría —dijo Jacques—. Digamos que es mejor que nosotros vivamos y trabajemos separados.

—Entiendo. ¿Y no te cansas nunca de los largos trayectos entre tu casa y tu trabajo?

—En realidad, no. Además, tengo una casa en Niza. Me alojo allí cuando es necesario, como por ejemplo cuando sé que voy a llegar tarde o… por otras razones

—añadió. Inmediatamente, tomó un sorbo de su copa de vino.

¿Cuando estaba saliendo con una mujer y se quería acostar con ella? Leonie tomó también su copa. Deseó no haber pensado. Se aclaró la garganta y decidió cambiar de tema.

—¿Tienes más hermanos o hermanas o sólo es Bertrand?

—No. Él es el único.

—¿Y os llevabais bien cuando erais niños?

—Sí. Nos peleábamos como ocurre siempre entre hermanos, pero nos divertíamos —dijo Jacques, con una sonrisa. Bajo la suave luz de la terraza, con sus blancos dientes y sus brillantes ojos, parecía un hombre

sacado de una fantasía. O de un sueño.

Leonie tragó saliva. Recordaba perfectamente el último sueño que había tenido con él. Se echó a temblar, pero la piel de gallina que se le formó en los brazos poco tuvo que ver con la suave brisa que soplaba en la terraza. Se recordó una vez más que sólo debía verlo como a un amigo. Se recordó quién era ella y por qué estaba allí.

Sin embargo, no podía negar la oleada de deseo que le estaba despertando en las entrañas.

Tal vez…

No. Ni siquiera podía pensarlo. Ni considerarlo.

Por fin terminaron de comer. Los postres les proporcionaron la distracción que ella necesitaba. Se trataba de una deliciosa tarta de fresas y servida con dos salsas, una de vainilla y la otra de chocolate.

Cerró la boca al tomar un bocado y gimió de placer. Al abrir los ojos, la sonrisa se le heló en los labios. Jacques la estaba mirando como si la encontrara mucho más deliciosa que el pastel.

Ningún hombre la había mirado de esa manera. Se sintió asustada y emocionada a la vez.

Jacques se recuperó rápidamente y comenzó a relatar los problemas que su hermano y él habían tenido de niños. Su intención, claramente, era fingir que aquella mirada no había ocurrido nunca. Tal vez incluso esperaba que ella no se hubiera dado cuenta.

Sin embargo, no había sido así. De hecho, Leonie no creía que pudiera olvidarla nunca.

Aquella noche, Leonie volvió a soñar con Jacques. Aquella vez cuando se despertó, permaneció completamente inmóvil, sin querer moverse por si, al hacerlo, perdía la increíble sensación de calidez y gozo que habían llenado su sueño y que la acompañaban aun después de que hubiera abierto los ojos.

¿Cómo podría un sueño resultar tan real? Lo había sido tanto que su cuerpo aún palpitaba de deseo.

Casi no sabía cómo podría volver a mirar a Jacques cuando volviera a encontrarse con él sabiendo lo que los dos habían estado haciendo en su imaginación.

Los detalles no eran lo suficientemente nítidos, pero recordaba lo suficiente para sentirse avergonzada.

Por fin, se levantó lánguidamente de la cama. Si seguía así, iba a aparentar muchos más años de los que tenía. No podía seguir durmiendo tan pocas horas sin que se le notara en la cara.

Aquel pensamiento hizo que se detuviera en seco mientras abría la puerta del frigorífico. En su madurez, se estaba haciendo presumida. Nunca antes le habían preocupado ni arrugas ni patas de gallo.

Se sentó a la mesa para beber un poco de agua. No sabía qué era lo que más la molestaba, si tener sueños eróticos con un hombre o el hecho de haber comenzado a preguntarse si el sexo real sería tan bueno como el que había vivido en sus sueños. Y

si lo descubriría alguna vez.

Con un gruñido apoyó la frente sobre la mesa. No era bueno. De algún modo, tenía que volver al estado de ánimo en el que ni siquiera pensaba en el sexo. Si no lo hacía pronto, se volvería loca. ¿Por qué la asaltaban las dudas y las preguntas justo en aquel momento, cuando había querido mostrarse tan segura sobre su deseo de no ser nada más que amigos con Jacques?

Fuera lo que fuera, tendría que parar. Y ella necesitaba dormir y tener paz mental. Necesitaba poder mirar a Jacques a los ojos.

A lo largo de la semana siguiente, Leonie y Jacques comenzaron a seguir una rutina. Él se marchaba del restaurante en cuanto terminaba la hora punta del almuerzo, a veces incluso antes, y se pasaban las tarde juntos, explorando Niza mientras ella ampliaba su vocabulario aprendiendo nuevas palabras en francés todos los días.

Entre tanto arte y cultura, Jacques le había ido educando el paladar con las especialidades locales. Él insistió en que probara la bouillabaisse y los beignets, el pan bagnat… El favorito de Leonie era la pissaladière, una especie de combinación entre el quiche y la pizza.

Al día siguiente, que era sábado, Jacques insistió en que ella probara soc ca, una especie de tortita hecha de harina de garbanzos y aceite de oliva, que se espolvoreaba con pimienta negra y que se comía con los dedos.

Se sentaron en una mesa de la terraza de una brasserie para compartir un buen plato de dorada soc ca.

—Siempre se te ocurren muy buenas ideas —dijo ella mientras tomaba un trozo al mismo tiempo que él.

Los dedos se rozaron. Leonie se sobresaltó y no pudo evitar inmediatamente el modo en el que él la había tocado en sueños.

—Lo siento. Tú primero —dijo Jacques con una sonrisa.

Leonie se echó a reír y tomó un trozo de soc ca. Se estaba comportando como una adolescente enamorada y no sabía qué hacer al respecto.

Se le ocurrió una idea. No podía, pero… Las mejillas se le ruborizaron sólo de pensar cómo podía poner fin a tanta especulación.

—Bueno, ¿cómo va el curso?

—Mucho mejor —dijo ella agradeciendo el cambio de tema—. Resulta sorprendente cuántas palabras he aprendido sólo con estar contigo. Ahora que me he puesto al nivel del resto de los alumnos me está resultando mucho más fácil.

—Entonces, ¿significa que te alegras de no haberte marchado?

—Sí, claro que me alegro. Mucho. Casi me da pena tener que irme pronto a casa.

—¿Considerarías vivir aquí? —le preguntó Jacques tras mirarla un instante.

—Oh, no. He dicho «casi». No. Me voy a marchar a mi casa. Bueno, en cualquier caso no podría quedarme. Mi hogar está con mis hijos, así que ni siquiera podría planteármelo. Mientras me necesiten, estaré a su lado.

—Por supuesto —dijo él. Tomó un bocado de soc ca y lo masticó lentamente.

Antes de volver a hablar, apartó la vista durante un instante—. ¿Quieres venir a almorzar mañana a La Bergamote?

Leonie dudó durante un instante antes de aceptar.

—Sí. Me encantaría. Gracias.

No había ido a comer al restaurante desde el día en el que Jacques le dijo que la encontraba atractiva. Sintió una extraña sensación en el estómago al recordar aquel momento, cuando había pensado que él iba a besarla. ¿Qué habría ocurrido si ella no se hubiera dejado llevar por el pánico y se hubiera alejado de él? Bueno, evidentemente, Jacques la habría besado, pero… ¿Cómo habrían sido sus besos? ¿A qué habrían sabido sus labios?

Después de todo el tiempo que llevaba preguntándoselo, le encantaría averiguarlo. No estaba muy segura de que si al día siguiente ocurría lo mismo, fuera a detenerlo en esta ocasión.

Se quedó atónita ante lo que acababa de pensar. ¿De verdad no dejaría pasar la oportunidad si ésta volviera a presentársele? Estaba segura de que la poderosa atracción que sentía no estaba producida simplemente por las hormonas. Jacques le gustaba. Le gustaba mucho. Y sentía una profunda curiosidad por saber lo que sentiría si él la besaba.

Por supuesto, no volvería a ocurrir. Su relación ya estaba encauzada. No había ambigüedad ninguna. Jacques le había prometido una amistad platónica y ella sabía que honraría esa promesa. Casi era una pena que fuera un hombre tan íntegro.

Después de dejar a Jacques y antes de regresar a su apartamento, Leonie compró unas preciosas frutas de mazapán que vio en una pequeña tienda. Vio cómo la dependienta las metía en una caja blanca, que ataba con una delicada cinta de color rosa. Los franceses sabían mucho sobre cómo presentar las cosas.

De camino a casa, no dejó de pensar en Jacques. No era novedad ninguna.

Parecía que le resultaba imposible dejar de pensar en él.

Llamó a la puerta del apartamento de Chantal y, cuando la anciana

abrió la puerta, le entregó la preciosa cajita.

El rostro de Chantal se iluminó, bien por el regalo o por la compañía. Cuando Leonie entró en la casa, siguió a la anciana a la cocina, donde ésta les preparó a ambas una bebida utilizando peppermint y Perrier. La brillante bebida de color verde resultaba refrescante. Justo lo que Leonie necesitaba.

Cuando se sentaron en el salón, le explicó a Chantal todos los lugares que había ido a visitar con Jacques.

—Vaya, veo que has estado muy ocupada.

—Así es.

—Tu hombre es muy joven y muy guapo.

—No es mi hombre —se apresuró ella a aclarar. Lo de guapo no lo podía negar

—. Tampoco es muy joven.

—Para mí sois los dos jóvenes. Recuerdo que cuando tenía vuestra edad, tampoco me parecía que yo fuera joven entonces, pero ahora miro atrás y estoy segura de que sí lo era.

—Yo no me siento joven, tal vez porque me han ocurrido tantas cosas en mi vida…

—Sí. Mucho de lo que te ha ocurrido es malo. Ahora, deberías divertirte. Ya va siendo hora.

—Ya me estoy divirtiendo. Resulta agradable ver tantos sitios nuevos y…

—Cuando hablaba de diversión, no era eso a lo que yo me refería. Estoy segura de que podrías hacer cosas mucho mejores con un hombre tan guapo que ir a ver monumentos. Y también que sentarte ahí sola, en tu casa, por las noches.

Leonie se ruborizó.

—Jacques está muy ocupado por las noches. Es cuando trabaja. Además, no me va mucho… la vida nocturna.

—Sé que echas de menos a tu marido. Yo también lo echo de menos, pero para mí es diferente. Soy una anciana. A ti aún te quedan muchos años por delante. No los desperdicies.

Después de un momento de silencio, Leonie le preguntó:

—¿Sales alguna vez de compras?

—Por supuesto. Voy al supermercado en mañanas alternas.

—¿Y vas de tiendas? Siempre vas tan bien vestida…

—Tengo una habitación llena de ropa. No necesito comprar más.

—¿Pero sabes dónde ir a comprar ropa bonita?

—¿Por qué? ¿Acaso te has decidido por fin a mejorar el modo en el que vistes?

—Eso creo. Me gustaría tener algo bonito que ponerme mañana cuando

vaya al restaurante de Jacques.

—Muy bien. Te vistes como si fueras una niña.

—¿Sí? Bueno, es que me gusta la ropa cómoda.

Chantal soltó una carcajada.

—No tienes estilo. Esto —dijo la anciana, señalando la falda que llevaba Leonie

—, no resulta atractivo para un hombre.

—Bueno, es que no he tenido intención de ser atractiva a ningún hombre —

admitió ella. Hasta aquel momento—. Sólo quiero tener un aspecto… más elegante.

—Vamos —le ordenó Chantal poniéndose de pie—. Sé exactamente dónde llevarte.

Leonie no podía olvidar que Chantal le había aconsejado que debía divertirse antes de hacerse más mayor. Se metió en la cama, pero no pudo dormirse. No hacía más que preguntarse si debía acostarse con Jacques para poner fin a tanto anhelo.

Había pasado de una sorprendente atracción sobre la que prevalecía la amistad a una necesidad desesperada por sentir el cuerpo de Jacques apretado contra el suyo.

No podía seguir así. Tenía que hacer algo al respecto o perdería la cabeza. Tal vez ya se había vuelto loca. Tal vez ésa era la razón por la que pensaba así, porque, desgraciadamente, no estaba en sus cabales.

No podía parar quieta en la cama. Por supuesto que no sería capaz de hacerlo.

No podría. ¿Y si lo desilusionaba? ¿Y si a Jacques no le gustaba su cuerpo?

Arruinaría su amistad para siempre y ella se sentiría peor de lo que estaba en aquellos momentos.

Algún tiempo después, cuando aún estaba tratando de dormirse, se sentó de repente en la cama. No había pensado en Shane en todo el día.

Ni una sola vez.

Ni siquiera lo había considerado como una de las razones por las que no podía acostarse con Jacques. ¿Significaba esto que ya había aceptado que había llegado el momento de seguir adelante con su vida?

Recordaba haber leído que la muerte siempre obliga a una persona a mirar atrás mientras que la aceptación implica girarse lentamente y mirar hacia delante. Ella no lo había logrado comprender del todo en su momento, pero sentía que, por primera vez desde que conoció a Jacques, había empezado a darse la vuelta lenta, muy lentamente.

Capítulo Cinco

Al día siguiente, en La Bergamote, Jacques miró a Leonie y notó que había algo diferente en ella, aunque no estaba seguro de qué se trataba. No se había cambiado el peinado. Seguía llevando el cabello rizado y suelto. ¿Qué sentiría al deslizar entre sus dedos aquellos mechones suaves como el algodón?

Decidió no seguir por aquel camino. No podía pensar así o perdería la cabeza.

Era mucho más seguro no fijarse en lo sexy que estaba con aquel vestido gris plateado. ¿Tal vez eso era lo diferente? No había visto el vestido antes y, si se paraba a pensarlo, no parecía ser de su estilo habitual.

Normalmente, Leonie llevaba faldas o pantalones cortos con camisetas, un estilo que le sentaba muy bien. Dulce y hogareño. Sin embargo, aquel vestido le sentaba también muy bien. Al verla, sintió que se le cortaba la respiración. La tela se le ceñía perfectamente a las curvas de su cuerpo.

Esperaba que François no fuera al restaurante aquel día. No quería tener que sentarse y ver cómo su amigo la devoraba de nuevo con la mirada.

—Estás muy guapa, Leonie.

—Oh, gracias.

A Jacques le pareció que ella se había sonrojado.

—¿Es un vestido nuevo?

—Sí. La última vez que estuve aquí me sentí fuera de lugar. Por eso salí a comprármelo.

Jacques frunció el ceño. No le gustaba que ella se hubiera sentido fuera de lugar en su restaurante. Ciertamente, no lo había notado. Ella había parecido tan relajada como siempre…

Eso era. Ésa era la diferencia. Estaba nerviosa.

¿Por qué?

—También me he comprado unos zapatos nuevos —dijo señalándose los pies

—. Dios, me están matando. No me he puesto zapatos de tacón desde… ya ni me acuerdo de la última vez. Hace demasiados años.

Respiró profundamente. Jacques le miró el escote, que también llevaba más bajo que de costumbre. Rápidamente apartó la mirada y respiró profundamente.

Entonces, señaló hacia la parte de atrás del restaurante.

—¿Te gustaría ver la cocina?

—Sí.

—Por aquí —dijo. Entonces, oyó que ella lanzaba una exclamación de dolor—.

¿Te encuentras bien? ¿De verdad te hacen tanto daño esos zapatos en los pies?

—No. Sí. Quiero decir que sí, pero me encuentro bien.

En la cocina, llevó a Leonie a un lugar en el que ella podía verlo todo sin estorbar. Entonces, se dirigió a Philippe, su cocinero jefe. Lo llamó para que acudiera al lado de Leonie y se la presentó. Los tres iniciaron una agradable conversación sobre el funcionamiento de la cocina y la calidad de la comida que se servía en el restaurante.

Estuvieron charlando durante unos minutos más y luego Philippe se excusó para ocuparse de nuevo de sus tareas. Jacques acompañó a Leonie de nuevo al salón y la sentó en una mesa antes de ir a hablar con su maître para asegurarse de que todo estaba bajo control.

Leonie observó a Jacques marcharse de la mesa y exhaló el suspiro que había estado conteniendo. Esperaba que él no se hubiera dado cuenta de lo raro que ella se estaba comportando. Le parecía imposible actuar con naturalidad. Se sentía nerviosa y, una vez más, fuera de lugar.

Él se había fijado en su vestido. No era que a ella no le gustara, pero no estaba acostumbrada a un estilo tan ceñido y con escote. Sin embargo, no podía comprender por qué había dejado que Chantal la convenciera de que se pusiera un atuendo tan sexy.

La razón era que había querido que Jacques la mirara y viera a una mujer a la que encontraba atractiva, no a la amiga con la que pasaba tanto tiempo. Y había logrado ver en sus ojos que la atracción seguía presente. Reflejaban deseo y pasión.

No era que hubiera decidido arrojarse a los brazos de Jacques. Lo único que había decidido era considerar la posibilidad de que pudiera cambiar de opinión sobre la clase de relación que ella quería.

¿A quién estaba tratando de engañar? Si existía alguna posibilidad de recuperar la cordura, de poder volver a dormir, iba a tener que… besarlo. Por lo menos. No podía pensar más allá.

¿Cómo podía hacer que él se enterara de que había cambiado de opinión sobre el tipo de relación que quería? Era una mujer adulta, por el amor de Dios. No debería tener ningún problema.

Lanzó un gruñido y se tomó un poco de agua. Suponía que, simplemente, podría decirlo. Probablemente sería lo mejor. Además, ella siempre había preferido ser directa. Sin embargo, sentía que la boca se le secaba cuando pensaba en pronunciar aquellas palabras.

Vio que Jacques se dirigía hacia ella. Respiró profundamente y se irguió.

Involuntariamente, se llevó una mano al cabello.

—Gracias por mostrarme la cocina —dijo mientras él se sentaba—. Nunca antes había estado en el interior de la cocina de un restaurante.

—De nada.

Ella lo miró. Observó el brillo de los ojos de Jacques, las pequeñas líneas de expresión alrededor de la boca… oh, qué boca… Tragó saliva.

—Jacques, yo…

—¿Sí?

Él apartó un momento la mirada para llamar a un camarero, que acudió a la mesa inmediatamente. Entonces, se giró de nuevo hacia ella para dedicarle toda su atención.

—Oh, nada…

No podía decirle nada con el camarero delante. De hecho, no sabía si podría hacerlo o no. ¿En qué estaba pensando? No era propio de ella. No flirteaba con guapos hombres en países extranjeros. Ni con nadie. En ninguna parte.

Muy pronto, regresaría a su casa para ocuparse de Sam y Kyle. Se olvidaría de Jacques, de su resplandeciente sonrisa y… él aún la estaba mirando como si esperara que ella le dijera algo.

—Tengo hambre. Eso es todo.

—En ese caso, estás en el lugar adecuado —comentó él con una sonrisa.

—Sí.

Se mordió el labio. Tenía que centrarse en otra cosa. En la comida, para empezar.

Cuando pidieron lo que iban a tomar, Leonie había decidido que no iba a hacer ni decir nada. Resultaba más fácil seguir así. Amigos. Sin complicaciones. Volverse lentamente loca en privado no era tan malo como declararse a Jacques.

El hecho de tomar aquella decisión hizo que se relajara mucho más. La velada pasó rápidamente, a pesar de que se tomaron su tiempo para comer.

A lo largo de los siguientes días, Jacques siguió llevándola a conocer más lugares. Fueron a Grasse, donde visitaron una fábrica de perfume. Allí Leonie pudo crear su propio aroma. También visitaron Cannes y St. Tropez.

Al final de la excursión que hicieron el sábado, Jacques la invitó a su casa para tomar un café. Ella tragó saliva.

—Me encantaría —dijo.

Esperaba que el tono de su voz hubiera sido natural, pero el corazón le latía con fuerza en el pecho cuando tomaron el desvío del Cimiez, un barrio elegante del norte de la ciudad de Niza. Y esto se debía sólo al hecho de que iba a ver el lugar donde él vivía. ¿Cómo iba a poder superarlo su pobre corazón si él sugería más?

En una de las columnas de entrada a la casa, había un cartel que decía Villa Broussard.

—Qué imaginativo —bromeó ella—. ¿No se te ocurrió nada mejor?

—Bueno, por lo menos evita confusiones —replicó él. Aparcó el coche y descendió para abrirle a ella la puerta.

Leonie contempló el blanco edificio al salir, pero no dijo si le gustaba o no hasta ver el interior. En cuanto entró en la casa, se enamoró por completo de ella.

Jacques le mostró las habitaciones principales, que estaban decoradas al estilo clásico. Después, él hizo café y se sentaron en la terraza. Mientras observaban la maravillosa vista que se divisaba desde allí, se quedaron sumidos en un cómodo silencio. Leonie no necesitaba recorrer toda la Costa Azul para divertirse con Jacques.

Aquello era suficiente. Para ser feliz le bastaba estar con él.

Más tarde, cuando casi se había quedado dormida con la calidez de los rayos del sol, vio que Jacques miraba el reloj. Se levantó inmediatamente.

—¿Ya es hora?

—Lo siento… No quería despertarte.

—No lo has hecho. No estaba durmiendo. Tan sólo descansaba los ojos.

¿Tenemos que irnos ya?

—Me temo que sí.

Jacques se puso de pie y la ayudó a ella a hacer lo mismo. Tan agradable resultaba la calidez y la fuerza que emanaban de aquella mano que se sorprendió a sí misma no soltándolo.

Algo se reflejó en los ojos de Jacques, un sentimiento que ella no pudo comprender. Sin soltarle la mano, le colocó la que le quedaba libre sobre la mejilla.

Sintió que un músculo se le tensaba. Lo había sorprendido con su reacción. De eso estaba segura.

—Bésame, Jacques…

Él se quedó tan sorprendido que separó los labios. Dio un paso atrás y se separó de ella.

—No, Leonie, no. No quieres esto. Te lo prometí.

—Claro que lo quiero. He cambiado de opinión —afirmó ella, acercándosele una vez más y colocándole las manos a ambos lados del rostro.

—¿Cómo dices? —susurró él.

—Me dijiste que si cambiaba de opinión… ¿Te acuerdas? Bueno, pues he cambiado de opinión. Quiero divertirme. Contigo.

—Ah, mon Dieu… ¿Por qué? Estabas tan segura… ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Bueno, supongo que es una combinación de varias cosas. No quiero marcharme a mi casa sin saber lo que siento al besarte. He estado… He

estado preguntándome lo que sentiría…

Jacques entornó los ojos y la miró fijamente, como si estuviera tratando de ver qué era lo que pasaba por el interior de la cabeza de Leonie.

—Lo que me estás diciendo es que quieres que te bese, pero eso es todo. ¿No?

—No… Quiero decir… No lo sé. No lo creo. Creo que quiero tener una de esas apasionadas relaciones de las que tú hablaste, pero no puedo estar segura hasta que no dé el primer paso.

—Leonie, ¿lo has pensado bien? Me dijiste que no podrías ser infiel a tu esposo.

Me dijiste que sentías que seguías aún casada.

—Lo sé… pero creo que mi destino era conocerte y que el tuyo era mostrarme que sigo viva.

Jacques la miró de un modo en el que ningún hombre la había mirado nunca antes. Le recorrió todo el cuerpo, haciendo que se sintiera desnuda, deseada… oh…

Cuando por fin la miró a los ojos, sintió que el deseo le recorría el cuerpo y se le extendía por el vientre para luego acomodársele entre las piernas. Había estado veinte años teniendo relaciones sexuales con su esposo y jamás había conocido aquella explosión de pasión.

—Eso puedo hacerlo, pero no quiero hacerte daño.

—Sé que no estamos hablando de nada a largo plazo, Jacques. No soy ninguna estúpida.

—No, por supuesto que no lo eres.

—Me gustaría divertirme un poco. Durante un espacio corto de tiempo, hasta que me vaya a mi casa y vuelva a mi vida de siempre. Así, mis hijos no tienen que enterarse de nada. No se me ocurriría hacer algo así con ellos cerca.

Jacques la agarró por los hombros y le tocó ligeramente los labios con los suyos.

Leonie abrió los ojos de par en par cuando él dio un paso atrás. ¿Eso era todo?

Entonces, descubrió que él la estaba interrogando con la mirada. Supo lo que Jacques le estaba preguntando y tragó saliva. Entonces, se humedeció los labios.

—Sí, lo digo en serio, Jacques.

Él la besó con toda la pasión que Leonie buscaba. Deslizó los labios por encima de los de ella y se los delineó con la lengua. Entonces, los animó a que se abrieran.

Todas las preguntas que Leonie se había hecho, las dudas, los debates que había tenido consigo misma, todo terminó en aquel momento.

Jacques la tomó entre sus brazos. Ella se dejó llevar. Lo saboreó, inhaló

su cálido y masculino aroma y sintió la fuerza de los brazos que la sujetaban. Aquel beso despertó partes de su cuerpo que llevaban dormidas demasiado tiempo.

Sentía el corazón de Jacques latiéndole con fuerza en el pecho, igual que le ocurría a ella con el suyo. Este hecho la tranquilizó y la halagó a la vez.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó él.

—Mejor que bien. Me ha gustado. Me ha gustado mucho…

—A mí también —susurró Jacques. Le hundió los dedos en la rizada melena y suspiró—. Es tan suave… Llevo tanto tiempo deseando hacer esto…

Era una caricia tan íntima… Los dedos le acariciaban el cráneo y la nuca.

Entonces, él le levantó el cabello y depositó delicados besos detrás de una oreja.

Leonie se aclaró la garganta.

—Creo que es mejor que nos vayamos ahora…

—Sí, pero… Muy pronto.

La voz de Jacques era sugerente, los ojos le ardían. Las palabras que él había dejado sin pronunciar hicieron que el cuerpo de Leonie vibrara por todas partes.

Capítulo Seis

¿Qué se ponía una mujer para ir a su primera cita cuando ya había entrado en la cuarentena?

Leonie no tenía ni idea, pero estaba decidida a encontrar algo adecuado. El hecho de saber dónde iban a ir la habría ayudado bastante, pero Jacques no le había querido dar muchos detalles.

Se dirigió directamente a la tienda que Chantal le había enseñado y fue allí donde encontró el vestido. Sí. Un vestido que se le envolvía por el cuerpo con una brillante tonalidad azul. Le hacía sentirse muy femenina, incluso atractiva, y sería apropiado para casi cualquier lugar.

Sin duda, el vestido resultaba muy favorecedor. Resaltaba lo mejor y tapaba perfectamente lo que no estaba tan bien. Este hecho le hizo pensar en algo que le había estado preocupando desde que le dijo a Jacques que había cambiado de opinión.

¿Qué pensaría él de su cuerpo?

No estaba mal cuando estaba cubierto y escondido, pero, entre la gravedad y los partos, su cuerpo ya no era lo que había sido. Decididamente, mostraba el paso de todos y cada uno de sus años.

Recordaba que Jacques había dicho que a los franceses les gustaba observar cosas hermosas y no estaba del todo segura de que su cuerpo fuera capaz de enfrentarse a las expectativas que él tenía.

Ya sólo había una cosa que podía hacer. Tendría que asegurarse de que las luces estaban siempre apagadas. La oscuridad sería su aliada.

Se cambió de ropa y le llevó el vestido a la dependienta. La mujer le indicó unos zapatos a juego y un echarpe casi transparente que Leonie también compró.

Entonces, sonrojándose, le indicó a la dependienta que quería comprar también ropa interior. En pocos segundos, Leonie tenía su primer juego de lencería sexy. De hecho, era su primer conjunto a juego.

Nunca antes se había gastado tanto dinero en ropa. Sin embargo, en toda su vida había tenido un vestido que le hiciera sentirse tan bien. Además, el sujetador de encaje y las braguitas tenían también su efecto, que era muy diferente de las sensatas braguitas de algodón y el resistente sujetador a los que ella estaba acostumbrada.

Cuando vio un salón de belleza, decidió entrar inmediatamente. Había decidido dejarse llevar y lograr así el mejor aspecto que pudiera.

A pesar de que estaba segura de que no se iba a echar atrás, aquella tarde, cuando vio a Jacques desde la ventana de su apartamento, sintió que el corazón le golpeaba con fuerza contra las costillas del pecho. Era el domingo por la tarde.

La sensación siguió mientras bajaba las escaleras para encontrarse con él. Había estado a solas con Jacques en muchas ocasiones, pero aquella

vez parecía completamente diferente.

Era diferente. Era la primera vez que tenían una cita.

Por el contrario, Jacques tenía un aspecto completamente relajado y seguro de sí mismo. Sin embargo, cuando Leonie se reunió con él en la calle, vio que, en realidad, distaba mucho de estar tranquilo.

—Estás… estás…

—¿Bien?

—No. Mucho más que bien. Estás maravillosa. Muy, pero que muy hermosa.

Leonie se colocó el echarpe sobre los hombros y sonrió. Por fin pudo hablar.

—Es el vestido. Me alegro de que te guste.

—El vestido es muy bonito, pero, sin ti, sería tan sólo un trozo de tela. Tú haces que sea… perfecto.

Leonie le dedicó una radiante sonrisa. Entonces, escuchó una voz por encima de ella. Levantó la mirada y se despidió de Chantal, que sonreía y asentía desde el balcón. Evidentemente, también contaba con la aprobación de la anciana en cuanto al vestido… y en cuanto a Jacques.

Él se sentía muy orgulloso por llevar a Leonie a su lado mientras caminaban por la ciudad. Evidentemente, se había tomado algo de tiempo para cuidar su aspecto y los resultados habían sido fenomenales. Llevaba el cabello perfecto, el vestido era maravilloso y el cuerpo que ocultaba en su interior lo fascinaba. Sus curvas llenaban el vestido a la perfección.

Siempre le había gustado su aspecto, pero le agradaba que ella se hubiera molestado para estar guapa para él. Le cubrió la mano que ella le había colocado en el brazo con la suya y sonrió. Se moría de ganas al pensar en la velada que había preparado.

Empezaron con un aperitivo en el Cours Saleya, seguido de una suntuosa cena en un hotel de lujo. Luego se marcharon a una discoteca, una de las pocas en las que se podía charlar en la barra. Tenía una elegante decoración, música agradable y pista de baile. Estaba dirigido a personas de entre veinticinco y cincuenta años. Perfecto para los dos.

Como estaban sentados en un taburete del bar, Leonie estaba teniendo problemas para mantener cerrado el vestido. Al menor movimiento, se le separaba y dejaba al descubierto los muslos, que, por cierto, eran muy atractivos.

En otra mujer, el movimiento habría sido deliberado, pero ella no hacía más que tirarse de los bordes llena de vergüenza. Como a Jacques le pareció que ella se encontraba muy incómoda y porque la visión de aquellas piernas le hacía sentirse impaciente por tenerla entre sus brazos, le preguntó que si quería bailar.

—Sí, pero ha pasado mucho tiempo desde que salí a bailar.

Seguramente no haré más que pisarte.

—Mientras te tenga entre mis brazos, no me importará. Llevas toda la noche tentándome con ese vestido.

Leonie se echó a reír y se dejó llevar a la pista de baile. Allí, se dejó envolver por los brazos de Jacques y comenzó a bailar. Él la estrechó contra su cuerpo con un suspiro. Bailaron varias piezas musicales hasta que, por fin, él le susurró al oído:

—Vayámonos de aquí.

Leonie asintió. Él le pasó un brazo por los hombros, con un gesto que era protector y posesivo a la vez. Sintió un profundo deseo de decirles a todos los presentes que aquella mujer tan hermosa se iba a marchar con él.

Leonie estaba segura de que el corazón le latía con más fuerza que nunca cuando por fin llegaron al dormitorio de Jacques. El trayecto a la casa que él tenía en Niza pareció durar una eternidad.

Una parte de Leonie quería dar marcha atrás, regresar al momento en el que ella le dijo que había cambiado de opinión para borrar sus palabras. Sentía mucho miedo. Le aterraba la idea de tener que desnudarse ante él. Simplemente no estaba preparada para algo así. Ella sólo había estado con un hombre en toda su vida y aquel hombre no era Jacques.

No sabía lo que se suponía que tenía que hacer. No podía quitarse tranquilamente la ropa delante de él. Además, las manos le temblaban tanto que no podría ni desabrocharse.

En aquel momento, Jacques se acercó a ella y, sin darle tiempo para que pensara, la besó tan profundamente que una oleada de pasión y de sensaciones contenidas durante mucho tiempo se apoderó de ella, dejándola vibrante y necesitada.

La boca de Jacques comenzó a bajar tentadoramente por la garganta. Ella echó la cabeza hacia atrás, gimiendo para que le diera más, pero cuando los dedos de Jacques se le deslizaron por debajo del escote del vestido y del tirante del sujetador, ella se apartó bruscamente.

—Espera…

Jacques observó solemnemente cómo ella apagaba la luz. Entonces, Leonie se dio cuenta de que la luz de la luna entraba por la ventana abierta. Con un suspiro, se dirigió hacia ella y comenzó a cerrarla, pero la mano de Jacques se lo impidió.

—No tengas miedo…

—No tengo miedo —mintió ella. Jamás había sido buena actriz y sabía que no estaba engañando a nadie.

—Claro que lo tienes. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez, ¿verdad?

—Nunca he estado con nadie que no fuera mi esposo…

Jacques asintió.

—Podemos tomarnos las cosas con calma, tan lentamente como tú quieras. Si lo prefieres, podemos limitarnos a dormir juntos, pero… No te escondas de mí. Déjame verte.

Leonie se echó a temblar de placer. Dio un paso atrás para poder ver el rostro de Jacques. A la luz de la luna, parecía el hombre de sus sueños. Lo deseaba. Quería sentir lo que él le había dado en sueños. No iba a echarse atrás.

Satisfecha. Saciada. Contenta.

Así se sentía Leonie cuando se estiró en la hamaca de la terraza del dormitorio de Jacques. Se arrebujó un poco más con el albornoz que él le había prestado después de que se ducharan juntos y suspiró. No entendía por qué había tenido miedo. Desde el primer momento, tendría que haberse imaginado que hacer el amor con Jacques sería maravilloso. Más que maravilloso.

Él había salido a comprar algo para desayunar. Leonie quiso aprovechar la oportunidad para llamar a Samantha, pero decidió no hacerlo. Estaba segura de que su hija le notaría algo raro en la voz y no quería tener que mentirla.

Al oír que Jacques regresaba, se giró en la hamaca para verlo llegar. Él estaba muy guapo vestido con unos vaqueros que le sentaban muy bien y una camiseta. Tal vez ya no era un hombre joven, pero se encontraba muy en forma. Ella era testigo después de haber compartido la cama con él.

Jacques sonrió al verla y, después de colocar sus compras sobre la mesa, se acercó para besarla.

—Has tardado mucho —susurró ella.

—¡Qué va! Pero si me he dado mucha prisa. Los cruasanes siguen calientes.

—Ooh…

Leonie se incorporó al escuchar la mención de comida. No le importaba lo que él hubiera comprado. Tenía tanta hambre que sería capaz de comerse cualquier cosa.

No recordaba que el sexo supusiera tan buen ejercicio. Ni tan apasionado.

Jacques fue a la cocina para buscar unos vasos para el zumo. Como Leonie tenía demasiada hambre para esperar, comenzó a comer sin él.

A pesar de lo mucho que se había prevenido al respecto, sabía que se sentía demasiado unida a él como para poder marcharse sin mirar atrás. Le iba a resultar muy difícil marcharse, pero ya se ocuparía de eso cuando llegara el momento. En aquellos momentos, su presente era perfecto. Volvía a sentirse viva.

Jacques regresó con los vasos. Mientras Leonie servía el zumo, él le preguntó que qué le gustaría hacer aquel día.

—¿Qué te parece si vamos a Montecarlo? No tardaremos mucho en llegar y, si ésta va a ser la primera y la última vez que vienes a la Riviera, deberías ir a visitarlo.

Podríamos quedarnos allí a pasar la noche.

—Vaya, me parece una idea fantástica, pero, ¿no tienes que trabajar? ¿Y qué me dices de Antoine?

—Normalmente paso los lunes con mi hijo, pero esta semana he conseguido tener un par de días libres. Eso sólo significará que no paso una noche en casa, por lo que no creo que Antoine tenga oportunidad de echarme de menos. Deberías experimentar la vida nocturna de Montecarlo y visitar el casino.

—No he jugado nunca. No sabré qué hacer en el casino.

—Eso no importa. A mí tampoco me gusta jugar. Podríamos darnos una vuelva y ver cómo lo hacen los expertos. Al menos, podrás decirles a tus hijos que has estado en el casino de Montecarlo.

—No se lo creerán. Tendré que hacer una foto con mi teléfono móvil y enviársela.

No se lo creerían. Ni eso ni el hecho de que ella estuviera pasando la noche con un hombre. Seguramente, les costaría tanto entenderlo como aceptarlo.

Por supuesto, Leonie no les haría pasar a sus hijos por algo así. Ni hablar.

Habían perdido a su padre y no se merecían perder también a su madre tal y como siempre la habían conocido. Cuando regresara a su casa, volvería a ser la mujer que sus hijos habían conocido. Ellos jamás tendrían que saber que ella había tenido un breve y apasionado romance con un apuesto francés.

Sintió que se le hacía un nudo en la garganta al pensar que iba a tener que dejar atrás todo lo que tenía en aquellos momentos. Muchas mujeres tenían aventuras en sus vacaciones y se olvidaban de ellas fácilmente. Su relación con Jacques sólo sería eso: una breve aventura. No debía empezar a considerarlo como algo más.

Se detuvieron en el pueblo de La Turbie para ver las ruinas romanas de Le Trophée des Alpes. Desde las terrazas del monumento, se admiraba una espectacular vista del Principado de Mónaco.

Llegaron al pequeño país a tiempo para ver el cambio de la guardia, que a Leonie le encantó, y luego recorrieron el palacio. Incluso entraron en la catedral donde la princesa Gracia se casó y donde también fue enterrada. Después de almorzar, tomaron un pequeño tren turístico para recorrer la ciudad. Leonie apoyó la cabeza sobre el hombro de Jacques y suspiró. Él la abrazó con fuerza.

—¿No te arrepientes de nada?

—¿Sobre anoche?

—Sí —suspiró ella.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Lamento profundamente haber esperado tanto tiempo.

—¿Y eso es lo único de lo que te arrepientes?

—Bueno, de eso y del hecho que tú no pudieras mantener mi ritmo.

Jacques soltó una carcajada tan fuerte que el resto de los pasajeros se volvió para mirarlos.

—En realidad —dijo ella en voz muy baja—, creo que ninguno de los dos lo hicimos demasiado mal para nuestra edad. Lo sé, lo sé —añadió, ante las protestas de Jacques—. Sé que en realidad, no somos viejos.

Efectivamente, ella se sentía muy joven. Vibraba con los descubrimientos que había hecho sobre su propio cuerpo.

Tras bajarse del tren, se dirigieron a su hotel para registrarse. La suite era enorme y muy lujosa. Habría sido perfecta para una luna de miel. Recordó su propio viaje de novios con Shane. En realidad, casi no había existido. No se podían permitir un hotel, por lo que habían pasado un par de noches en una caravana. No había sido muy romántico, pero se habían divertido. Tampoco habían pasado mucho tiempo en la cama. Los dos se habían amado profundamente, pero no de un modo apasionado.

Entonces, se dio cuenta de que había podido pensar en Shane sin entristecerse ni llorar. Él había sido una persona muy importante en su vida, pero ésta no había terminado con la muerte de Shane. Leonie estaba dispuesta a seguir viviendo. Tal vez debería darle a Jacques las gracias por ello o tal vez hubiera ocurrido de todos modos. Él le había mostrado lo que hacer el amor podría llegar a ser. Se alegraba de ello.

Los días pasaron volando. Leonie siguió con sus clases y Jacques con su trabajo en el restaurante. Después, estaban siempre juntos. Algunas veces salían, pero, más frecuentemente, ella iba a la casa de Jacques y solían pasar allí la noche juntos.

Un domingo por la mañana, Leonie se despertó con el brazo de Jacques rodeándole posesivamente la cintura. El pecho de él se movía rítmicamente contra su espalda al respirar. Ella se sintió feliz. No recordaba la última vez que lo había sido tanto.

Jacques se movió ligeramente y su respiración cambió. Entonces, comenzó a mordisquearle la nuca a Leonie.

—Mmm —susurró ella. Se puso de espaldas—. Buenos días.

—Lo son, porque tú estás a mi lado.

—Qué amable… —musitó, besándolo—. Es mejor que nos demos prisa o llegarás tarde.

Jacques levantó la cabeza para mirar el despertador de la mesilla de noche.

Entonces, lanzó una expresión de desagrado.

—¿Cómo puede ser tan tarde?

—Debemos de ser demasiado mayores para pasarnos la mitad de la noche… —

comentó ella, riendo.

—Eso no es cierto. Estamos en la flor de la vida.

—Me has hecho sentir como si eso fuera de verdad cierto.

—Es cierto.

—Eres muy bueno para mí, Jacques. Me alegro de haberte conocido.

—Yo también —susurró él. Muy tiernamente, le besó los labios.

—Bueno, ahora es mejor que me meta en la ducha antes de que nos distraigamos.

—Y yo prepararé el desayuno.

Cuando Leonie salió del cuarto de baño, él ya había desayunado. El de ella estaba sobre la mesa del balcón.

Al ver que Leonie salía a la terraza envuelta en un albornoz y con el cabello mojado, Jacques sonrió.

—Estás tan sexy con el cabello mojado…

—¿De verdad? Sigue pensando así. Hasta esta tarde…

—Ah, no. Esta tarde no. Tengo que ir a casa. Paso los lunes con Antoine. No te veré hasta el martes.

Leonie se sintió muy desilusionada. Se había olvidado. Debería estar acostumbrada, dado que él se quedaba en casa todos los lunes. Sin embargo, lo habían pasado tan bien en aquella ocasión que lamentaba no volver a verlo hasta el martes.

—Ya lo sé —dijo, con una sonrisa—. Iré contigo. Me encantará conocer a Antoine, ver dónde creciste y…

—No.

—¿No? ¿No, qué?

—Mira, yo no hago eso…

—¿Qué es lo que no haces?

—No llevo mujeres al viñedo.

Leonie sintió como si le hubiera dado un puñetazo en el estómago.

—Lo siento —añadió él—. Prefiero mantener mis aventuras separadas de la vida que llevo en casa con mi familia. Creía que lo comprendías. No me gusta mezclar las dos cosas. No tienen nada que ver la una con la otra.

Se lo tendría que haber imaginado. Sabía que lo que tenía con ella no era nada especial para Jacques. ¿Cómo iba a serlo? Sólo era una turista madura que le había llamado la atención y que le había servido de distracción. No era la clase de mujer que él presentaría a su familia.

—Entiendo —dijo, a duras penas.

—¿De verdad?

Leonie asintió. El nudo que tenía en la garganta le impedía hablar.

Jacques se levantó y dijo:

—Bueno, voy a darme una ducha. Disfruta de tu desayuno.

Ella volvió a asentir y apartó el rostro.

En cuanto la puerta del cuarto de baño se cerró, respiró profundamente y se levantó de la mesa. Se vistió rápidamente, agarró su bolso y se marchó de la casa antes de que Jacques hubiera terminado de ducharse.

Si caminaba rápido, sólo tardaría media hora en llegar a su apartamento y un paseo rápido era justo lo que necesitaba para olvidar la amargura que le había producido lo ocurrido entre Jacques y ella.

¿De verdad había pasado menos de una hora desde que se despertó entre sus brazos y la vida le había parecido completamente maravillosa?

Capítulo Siete

—No comprendo el problema —dijo Chantal—. Te estás divirtiendo con él, ¿verdad?

—Me estaba divirtiendo —replicó Leonie. Se levantó de la silla y se dirigió a la ventana—. Sabía que no iba a durar. Estaba preparada para eso. Sabía que nunca iba a ser una relación propiamente dicha y eso era parte de la atracción que suponía, pero, sin embargo, pensé que significaba algo más para él que un simple…

No quería pronunciar la palabra que había estado a punto de decir. No era propio de ella utilizar ese lenguaje. Debía de estar más enfadada de lo que había pensado.

—Sólo una más de sus mujeres —añadió.

—Has pronunciado esa palabra como si tuviera algo de malo. ¿Acaso está mal ser una mujer? No es como si te hubiera dicho que eres su amante.

—No se me había ocurrido… Tal vez ésa sea la razón por la que no quiere que yo vaya con él. Tal vez está casado.

—Ah, mais non. No quería decir eso. Tú no lo crees, ¿verdad?

—No. No lo creo —dijo ella, después de considerarlo un instante—. No me parece la clase de hombre que pudiera mentir de ese modo. Me dijo que estaba soltero.

—Entonces, no tienes nada de lo que preocuparte, ¿verdad? Simplemente estás disgustada porque has tenido que quedarte aquí sola.

—Supongo que tendré que aceptar el hecho de que no quiere que yo conozca a su familia porque no soy más importante para él que cualquiera de las otras mujeres con las que ha tenido aventuras. No va en serio conmigo.

—Algo que ya sabías desde el principio. Y tú tampoco ibas en serio con él —señaló Chantal.

Leonie no sabía que pensar. Si era cierto que ella tampoco iba en serio con él, ¿por qué aquel incidente le había hecho tanto daño?

—Tienes razón. No ha hecho nada malo.

—Estoy de acuerdo —afirmó Chantal.

—¿Quieres que salgamos a dar un paseo? —le preguntó a Chantal. No quería pasarse el resto del día en casa, pensando.

—¿Y adonde podríamos ir? Recuerda que yo soy una anciana.

—No eres una anciana —replicó Leonie, a pesar de que, seguramente, Chantal era al menos veinte años mayor que ella—. Podríamos ir a dar un paseo y luego ir a un café al que yo acudo con frecuencia. No está lejos de

aquí.

En realidad, no había ido al café con tanta frecuencia desde que Jacques y ella se acostaban juntos. Habían estado demasiado absortos el uno en el otro como para compartir su presencia con otras personas.

Jacques había recorrido la mitad del camino a casa tratando de no pensar en el gesto de desilusión que se reflejó en el rostro de Leonie. Cuando descubrió que ella se había marchado, pensó en primer lugar que ella estaba enojada con él por haber puesto a Antoine en primer lugar. Eso le enfadó porque, desde el principio, ella había sabido que Antoine lo significaba todo para él. ¿Cómo podía esperar ella que dejara de pasar el único día libre que tenía para estar con su hijo para pasar el día con ella?

Sin embargo, después de que la ira se hubiera evaporado, se había dado cuenta de otra cosa. Le había hecho daño.

Leonie no sentía celos de Antoine. Más que nadie, ella comprendía el amor que sentía por su hijo. Se sentía herida por el hecho de que él se hubiera negado a llevarla a su casa, a presentarla a su familia. Incluso en aquel momento era capaz de ver el cambio de expresión que se había producido en ella al escuchar sus palabras.

¿Cómo podía haber sido tan insensible?

Leonie significaba más para ella que las demás mujeres. Por supuesto que sí. No había comparación posible entre la relación que había tenido con las otras y la que tenía con Leonie.

Después de un corto paseo por la ciudad vieja durante el cual Chantal señaló lugares que habían sido importantes para ella en el pasado, Leonie se detuvo delante de la puerta del café de Claude.

—Ah, sí. Recuerdo este lugar. Solían regentarlo unos amigos nuestros, Jean-Claude y Renée.

—Bueno, Jean-Claude sigue aquí, pero jamás he visto a Renée. Estoy segura de que ahora Jean-Claude está solo.

—Ah —dijo Chantal. Durante un instante pareció estar muy triste. Entonces, asintió y se dirigió a la puerta. Jean-Claude fue a servirlas. Leonie no pudo evitar sonreír ante la sorpresa que se reflejó en el rostro del anciano.

—Chantal, ¿eres tú?

En cuestión de segundos, los dos viejos amigos se pusieron a charlar. Leonie oyó que Jean-Claude decía que su esposa había fallecido. Permaneció sentada, en silencio, saboreando el aromático café que tanto le gustaba.

La puerta se abrió. De repente, Leonie sintió necesidad de volverse a mirar, pero, al principio, no pudo ver nada por los rayos del sol que se colaban por la puerta. Poco a poco, su visión se fue ajustando y se encontró reflejada en un par de ojos marrones que ya le resultaban muy

familiares.

—¡Jacques! —exclamó, sin poder creer lo que estaba viendo. Se bajó del taburete y se dirigió a él sin pensar—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Buscándote.

—Pero debías de estar en el viñedo. ¿Ocurre algo?

—Sí. No he conseguido llegar. He venido a hablar contigo. ¿Nos podemos sentar?

No había sonreído. Se limitó a señalar con la cabeza una mesa vacía.

—Voy a decírselo a Chantal —replicó ella.

—¿Tu vecina?

—Sí. Hemos salido a dar un paseo y nos hemos detenido aquí a tomar café.

Resulta que conoce a Jean-Claude de hace mucho tiempo.

Jacques levantó las cejas y miró a su viejo amigo, que parecía más animado de lo que Leonie lo había visto nunca.

—Podría ser bueno para los dos —dijo ella—. Hablar sobre los viejos tiempos…

—Supongo que sí.

Jacques tomó asiento mientras Leonie iba a decirle a Chantal dónde estaba.

—Bien —dijo la anciana—. No parece muy contento.

—No —admitió ella. Tomó su café y lo llevó a la mesa—. ¿Te apetece un café?

—añadió. Él negó con la cabeza. Leonie se sentó—. ¿No se sentirá Antoine desilusionado?

—He hablado con él por teléfono. Sabe que voy a llegar un poco tarde… Te marchaste de mi casa mientras yo estaba en la ducha.

—No debería haberlo hecho. Lo siento.

—No. No te disculpes. Por eso he venido. Tengo que disculparme yo contigo,

¿no?

—No. Entiendo perfectamente lo que quieres decir. No quieres que tu familia conozca a todas las mujeres con las que tienes una breve aventura. Se cansarían de una interminable procesión de mujeres.

—Te aseguro que no ha habido tantas mujeres —admitió él—. No se podrían definir como una procesión interminable, pero no se trata de eso. Yo no habría querido que ellos conocieran a ninguna de las otras, pero sí quiero que te conozcan a ti.

Jacques le tomó la mano y le puso la palma hacia arriba para poder estrechársela. Se la acarició suavemente.

—Siento mucho haberte hecho daño implicando que tú no eras diferente. Me gustaría enseñarte el viñedo, la casa y el pueblo. Creo que te

gustaría verlo todo y sé que a mí me gustaría enseñártelo. Sin embargo, me preocupa Antoine.

—¿Por qué? ¿Acaso no crees que yo pudiera caerle simpática?

—Más bien lo contrario. Por supuesto que sentiría simpatía por ti. Se quedaría absorto contigo. Igual que me pasó a mí.

—Eh, espera un momento. ¿No me dijiste en una ocasión que tu hijo había heredado tu mal gusto? ¿Qué dice eso sobre mí?

El enfado fingido de Leonie hizo que él soltara una carcajada.

—Ha heredado muchas cosas mías, y eso incluye mi buen y mi mal gusto.

—Bueno, lo has arreglado un poco. De todos modos, no veo el problema. Yo no haría nada para disgustarle.

—Eso ya lo sé. ¿Es que no lo ves? Antoine se sentirá muy triste cuando te vayas.

Será como lo de Héléne otra vez.

—Oh… Tal vez si me aseguro desde el momento en el que me conozca que comprende que estoy sólo de visita y enfaticemos la naturaleza temporal de mi estancia en este país, aceptará las cosas tal y como son. ¿No crees?

—Tal vez.

—Estoy segura de que no esperará que nos casemos si le dejamos claro desde el principio que no existe posibilidad alguna de que eso ocurra.

Jacques sonrió débilmente.

—¿Cuánto tiempo tardarás en preparar una bolsa de viaje?

—Muy poco.

—En ese caso, vamos. Te volveré a traer a Niza el martes por la mañana, pero la semana que viene es el festival de la vendange, en el que se celebra el fin de la vendimia. ¿Vendrás a casa la semana que viene y te quedarás unos días?

—Me encantaría.

—Me preocupaba que te hubiera hecho tanto daño que no quisieras volver a verme.

—Sí. Yo también estaba algo preocupada… Temía que pensaras que yo suponía más problemas de lo que valgo.

—Eso nunca.

—Me alegro de que hayas regresado.

—Yo también.

—Tendremos que acompañar primero a Chantal a su casa.

Sin embargo, Chantal no quería marcharse.

—Yo la acompañaré a su casa cuando cierre aquí —dijo Jean-Claude —. Somos viejos amigos. Ella sabe que puede confiar en mí.

—Pero tú no cierras hasta muy tarde —comentó Leonie—. No quieres

estar aquí tanto tiempo, ¿verdad, Chantal?

Durante un instante, pareció que Chantal no sabía qué decir. Entonces, tomó la palabra.

—¿Por qué no? A mi edad, no duermo demasiado bien. Me da igual quedarme aquí. Además, me estoy divirtiendo.

Mientras el coche avanzaba a través de los viñedos, Leonie, que estaba sentada junto a Jacques, ya sabía que iba a adorar el lugar que era el lugar de origen de Jacques. Había esperado ver viñas, pero no extensos campos de olivos, ni bosques de pinos ni flores salvajes. Decididamente, el Arriére-Pays no tenía nada que ver con el frenético ritmo de Niza. De hecho, era diferente de todo lo que ella había visto antes.

De repente, Jacques señaló una señal de desvío que indicaba que habían llegado. La aprensión se apoderó de Leonie. ¿Y si no les caía en absoluto simpática a la familia de Jacques? Se vería allí, atrapada con personas que la odiaban por haberse entrometido en su intimidad familiar.

Tomaron la carretera que llevaba hacia la casa. A ambos lados se erguían altos pinos, que parecían soldados de la guardia de honor. La ansiedad era cada vez más fuerte.

—Se me ha olvidado preguntarte si tu familia habla inglés.

—Sí, todos, incluso Antoine, pero no tendrías que preocuparte por eso. Ya hablas francés lo suficientemente bien.

—¿De verdad lo crees? He aprendido mucho. Más de lo que esperaba cuando empecé.

—Así es. Mira —dijo, señalando—. Ahí está la casa.

El sendero se abrió a una amplia zona pavimentada, tras la cual se erguía la casa. Era enorme, sólida, como las colinas que la rodeaban. Era blanca y tenía unas contraventanas azules brillantes y un bonito tejado de color terracota.

Leonie se quedó sin palabras.

—Es preciosa —consiguió decir.

Jacques sonrió. Dirigió el coche hacia un lateral de la casa y lo aparcó bajo un enorme árbol. Leonie salió del coche y vio que había otras casas a cierta distancia de la que era la principal. También había una que parecía más moderna.

—¿Están todas esas construcciones en la tierra de tu familia?

—Sí. Es la bodega. Iremos a visitarla mañana. Bertrand querrá estar con nosotros —dijo mientras sacaba el equipaje de Leonie del coche—. Tendría que haberte dicho que mi madre probablemente te pondrá en una habitación separada.

Podría ser mejor que Antoine no nos vea entrando en el mismo dormitorio.

—Por supuesto. Lo comprendo perfectamente. A mí tampoco me

gustaría delante de mis hijos.

—Voy a echarte mucho de menos esta noche —susurró él mientras le acariciaba suavemente la mejilla—. Piensa en mí antes de meterte en la cama…

Se dirigieron hacia la puerta de la casa. La madre salió inmediatamente a recibirlos. Era una mujer delgada, bien arreglada y, aunque se mostraba cortés, su rostro tenía una expresión dura. Leonie no se sintió particularmente bienvenida, pero decidió comportarse tal y como era. Si a la madre de Jacques no le gustaba, no podría hacer nada al respecto.

Sonrió y realizó algunas preguntas sobre la casa y las fotografías familiares que colgaban de la pared. Lentamente, madame Broussard se mostró más agradable.

Estuvieron charlando hasta que Jacques le dijo a su madre que quería presentarle a Leonie a su hijo. Los tres se dirigieron hacia la parte posterior de la casa. Allí, había un muchacho sentado en un patio emparrado, jugando con una consola.

—¡Papá! —exclamó el niño al ver a Jacques.

Leonie observó cómo Jacques se arrodillaba delante de la silla de ruedas de su hijo y le daba un fuerte abrazo. Si no estuviera ya completamente enamorada de él, lo habría hecho en aquel instante.

Jacques se irguió y señaló que tenían visita. Leonie dio un paso al frente.

— Bonjour —dijo Antoine con voz alegre.

— Bonjour a ti también —replicó ella. Tomó una silla y se sentó inmediatamente al lado del muchacho—. Mi hijo tenía una de éstas —añadió, señalando la consola—.

De hecho, creo que hasta tenía ese juego.

—¿Cuántos años tiene?

—Dieciocho. Ahora está en la universidad. A mí se me daba bastante bien.

Estuvimos algún tiempo en el hospital con su padre, por lo que nos desafiábamos el uno al otro.

—¿Quieres jugar?

—Gracias —respondió Leonie tomando la consola que el niño le ofrecía —.

¿Cuál es tu puntuación?

Un rato después, Leonie sintió que Jacques regresaba al interior de la casa con su madre, pero no levantó la mirada. Sentía que era importante dejar que Antoine viera que le estaba diciendo la verdad sobre lo que le había dicho del juego.

* * *

En la cocina, Jacques le quitó la bandeja a su madre y se dirigió a la

puerta trasera.

—Ésta es diferente.

—¿Cómo dices?

—Esta Leonie es muy diferente de la última mujer que trajiste aquí. Héléne.

—Sí. Es muy diferente de Héléne, pero también la situación es diferente, madre.

Héléne era mi prometida. Leonie y yo no tenemos nada serio.

—¿No?

—No y no quiero que Antoine se crea que es así.

Sacó la bandeja al exterior. Se detuvo en seco al ver que Leonie y Antoine se estaban riendo juntos. Ella estaba muy hermosa y los ojos le brillaban mientras sonreía al niño. Parecía estar tan cómoda allí…

Leonie se giró y los vio. Incluso la severa expresión de la madre de Jacques se había suavizado hasta convertirse en una sonrisa.

—Soy malísima —dijo ella—. Creí que no lo iba a hacer mal. Antes se me daba bien, pero Antoine es mucho mejor que yo.

—La habilidad para utilizar uno de esos cacharros es inversamente proporcional a la edad, ¿verdad? —comentó Jacques mientras dejaba la bandeja sobre la mesa—. Cuantos más años, menor es la puntuación.

—Vaya, gracias —replicó ella—. Eso me convierte a mí en una anciana.

—Bueno, dejemos eso ahora —dijo la madre—. Sentaos a la mesa. Bertrand ha dicho que vendrá a tomar café con nosotros… Ah, aquí está…

Jacques saludó a su hermano y presentó a Leonie. Los ojos de Bertrand se llenaron de curiosidad e, inmediatamente, se sentó al lado de Leonie. Como Antoine estaba al otro lado, a Jacques no le quedó más remedio que sentarse enfrente. Así tuvo oportunidad de observarla.

—¿Vas a regresar la semana que viene para el festival? —preguntó Bertrand.

Leonie asintió.

—Jacques me dijo que sería un buen momento para venir de visita.

—Haremos todo lo posible para asegurarnos de que te diviertes. Muchas personas dicen que la región está en su mejor momento en esta época del año.

Deberías aprovechar la oportunidad de echar un vistazo.

—Bueno, lo haré si puedo. Lo que he visto hasta ahora es muy bonito.

—Personalmente —comentó Bertrand—, me gusta más la primavera, cuando todas los viñedos están creciendo y ofrecen la promesa de la cosecha que van a dar.

—A mí me gusta el invierno —dijo Antoine—. Cuando los viñedos se podan hasta convertirse en pequeños tocones.

—Y el viento sopla —añadió Jacques. Entonces, miró a Leonie—. No hay mucha gente a la que le guste el invierno, pero a Antoine y a mí nos gusta. El Mistral sopla tan fuerte que derriba los árboles, daña las casas y hace que todo el mundo se muestre más irritable.

—Llueve —apostilló la señora Broussard mientras repartía tazas de café—. Y

hace frío.

—¿Vendrás a visitarnos el invierno que viene? —le preguntó Antoine a Leonie

—. Así podrás ver por qué nos gusta tanto.

—Me temo que no voy a poder —dijo ella, con inesperada tristeza—. Entonces ya estaré en mi casa. En Australia.

—Podrías regresar, ¿no?

—Está demasiado lejos, Antoine —comentó Bertrand—. Para volar allí hacen falta un día y una noche completos.

—Pero…

—Antoine, ya está bien —dijo Jacques, firme pero suavemente. Le daba la sensación de que su hijo había caído ya bajo el embrujo de Leonie y eso que ella sólo llevaba en la casa menos de una hora. Tal vez aquella visita no había sido una buena idea…

—¿Tienes familia? —quiso saber la madre—. Has dicho que tenías un hijo…

—Sí. Tengo dos hijos maravillosos —contestó ella con orgullo.

Mientras Leonie les hablaba a todos de sus hijos y de su casa en Australia, Jacques observó a Antoine. El chico estaba escuchándola atentamente. Jacques sintió que el alma se le había caído a los pies. Efectivamente, Antoine estaba enganchado.

Se lo tendría que haber imaginado.

Había cometido un gran error llevándola allí. Iba a volver a ocurrir. Antoine iba a sufrir. Sin embargo, en aquella ocasión, su hijo no iba a ser el único. Con Héléne, lo único que había sentido él había sido amargura e ira. Con Leonie sería todo muy diferente.

Sintió que se le hacía un nudo en el pecho al pensar que Leonie terminaría marchándose. No había posibilidad alguna de que ella se quedara. Lo había dejado muy claro. Y Jacques jamás le pediría que cambiara de opinión.

Leonie estaba a solas en la cocina con la madre de Jacques cuando la anciana, de repente, se sentó con un gruñido de dolor.

—¿Qué le pasa? —le preguntó alarmada.

—No es nada —respondió madame Broussard—. Es sólo la espalda. A veces protesta porque me estoy haciendo vieja y no debería levantar tanto peso como levanto.

Leonie frunció el ceño.

—Es cierto. Es decir, no me refiero al hecho de que se esté usted haciendo mayor, sino al de que no debería levantar tanto peso. ¿Con lo de levantar peso se refiere a Antoine?

—Sí. Jacques hace todo lo que puede y Bertrand me ayuda cuando Jacques está en su trabajo.

—Pero sigue siendo demasiado.

—Es una pena que él no tenga esposa…

—Sí —dijo Leonie—, pero no creo que la desee.

—No. Ha tenido muy mala suerte con las mujeres.

—Lo sé. Me lo ha contado.

—¿De verdad? —preguntó la anciana sorprendida—. ¿Lo de su primera esposa?

—Sí.

—Jamás habla de ello —comentó, encogiéndose de hombros—. Por supuesto, no sé qué es lo que hace en Niza. Tal vez se lo haya contado a mucha gente.

—No. No lo creo. También me habló de la otra mujer, la que iba a contraer matrimonio con él hace unos años.

—Sí. Esa. ¡Qué mujer más desagradable!

—Estoy segura de que esa experiencia le ha hecho no querer volver a intentarlo.

—Así es, desgraciadamente, pero no todas las mujeres son como ésa. Hay algunas a las que les gustan los niños, incluso los que son especiales como Antoine.

Como tú.

—Sí. A mí me gustan mucho los niños y ya me gusta mucho Antoine, pero yo tengo familia. Y sólo voy a estar aquí unas semanas más —añadió, con cierta incomodidad.

La mujer se levantó de la silla.

—Lo sé. Como he dicho antes, mi hijo ha tenido muy mala suerte con las mujeres. Ahora, tengo que empezar a cocinar.

Leonie se ofreció a ayudar, pero fue rechazada. Por eso, se fue a buscar a Jacques. Sin embargo, no tenía intención alguna de hablarle de aquella conversación.

Capítulo Ocho

La cena de aquella noche resultó… interesante. Cuando Leonie se marchó a la cama, no pensaba en la cena, sino en el comportamiento de Bertrand. Estaba flirteando con ella y no había sido la única que lo había notado. Jacques se había mostrado cada vez más molesto con su hermano, hasta el punto que ella se había temido que explotara una pelea. Afortunadamente no había sido así. De repente, Bertrand había cesado en su comportamiento.

Sacudió la cabeza. No sabía cómo tomarse la situación. ¿De verdad le gustaba a Bertrand o éste simplemente fastidiaba a su hermano por costumbre?

Al día siguiente, Bertrand los acompañó a la bodega.

—Has venido en buen momento —dijo mientras les mostraba el primero de los grandes barracones de piedra—. Acabamos de pisar las uvas y así podrás probar el mosto —añadió. Tomó un minúsculo vasito.

Leonie lo probó enseguida.

—No tengo ni idea de a qué tiene que saber, por lo que no sé si es bueno o malo.

—No hay ni bueno ni malo, sino demasiado dulce o demasiado ácido. Ahí es donde entro yo. Mezclo el vino y añado o substraigo hasta que el sabor es el adecuado.

—Bertrand cree que él es el único que puede mezclar un vino de las bodegas Broussard. Por supuesto, se equivoca —comentó Jacques.

—Ah, hermanito. Mientras yo esté al mando aquí, nadie más mezclará el vino.

—Aunque ese alguien más pudiera hacerlo mucho mejor.

—Podría, podría… ¿Merece la pena el riesgo?

Leonie comenzó a ver por qué los dos hermanos no podían trabajar juntos.

—Entonces, ¿qué es lo que se hace con el mosto? —preguntó para hacerles cambiar de tema y evitar un nuevo enfrentamiento. Era lo mismo que había hecho con sus hijos en innumerables ocasiones.

Bertrand le explicó el proceso mientras les mostraba las máquinas y el resto de las instalaciones. Leonie estaba muy interesada. Nunca antes había visitado una bodega y saber que aquélla databa del siglo XVI resultaba sorprendente. La familia Broussard llevaba todo ese tiempo dedicándose a aquel negocio.

Entonces, entraron en lo que era la verdadera bodega. Se vieron recibidos por el embriagador aroma del vino.

—Abrí una botella esta tarde cuando me enteré de que habíais llegado —dijo Bertrand. Los condujo a una mesita de madera y levantó una botella, que mostró con orgullo.

—Es muy amable de tu parte —dijo Leonie.

—Bueno, no es frecuente que una mujer tan hermosa visite esta casa. Es un acontecimiento que merece la pena celebrar.

Ella se echó a reír y miró a Jacques. Éste tenía un aspecto muy serio y no dejaba de observar cómo su hermano servía tres copas.

—Éste fue un año muy bueno —comentó Jacques.

—Así es. Danos tu opinión, Leonie.

—Gracias, pero no creo que pueda hacerle justicia. Soy una novata en este mundo.

Sin embargo, cuando lo probó, se quedó encantada por el sabor.

—Ahora, tengo que ocuparme de algunas cosas, pero podéis quedaros aquí para beberos el vino. Probablemente no te volveré a ver antes de que te marches mañana, Leonie, pero estaré deseando verte de nuevo la semana que viene —dijo Bertrand antes de marcharse.

—Gracias por todo —dijo. Esperó a que Bertrand se hubiera marchado de la bodega y luego se volvió a mirar a Jacques. Tenía una mirada picara en los ojos—.

¿Significa esto que estamos completamente solos aquí?

—Creo que sí.

—En ese caso…

Leonie se acercó rápidamente a él y le obligó a bajar la cabeza. Entonces, lo besó firmemente en los labios. Él suspiró y le quitó la copa de la mano para luego colocarla en la mesa. A continuación, la tomó entre sus brazos y la besó profundamente. Leonie decidió que el sabor de sus labios era mucho más embriagador que el del vino.

Se apretó contra él y gozó al sentir las frías manos sobre la cálida piel. Cuando Jacques apartó la boca de la de él, los dos tenían la respiración acelerada.

—Es mejor que nos detengamos. Alguien podría entrar…

—Está bien —afirmó ella—. De acuerdo —añadió, dando un paso atrás.

Entonces, tomó la copa de vino y la vació de un trago.

—No estoy seguro de que esto haya sido una buena idea. Estoy hablando de lo de traerte aquí. Me va a costar mucho mantenerme alejado de ti durante todo el día y la semana que viene será aún peor porque serán más días.

Leonie se echó a reír. Le gustaba ejercer ese efecto en él, que ella, una mujer de mediana edad madre de dos hijos, pudiera excitarlo tanto. Por supuesto, el efecto era mutuo.

—Podemos hacerlo —afirmó—. Somos dos adultos maduros. Podremos hacerlo. Claro que podemos. No somos dos adolescentes con las hormonas desbocadas.

Jacques tomó la botella de vino y las copas. Juntos se dirigieron a la salida.

—¿Es eso lo que erais Shane y tú?

—No, aunque resulte extraño, no lo fuimos nunca. Éramos amigos primero y luego una pareja casada. Entre las dos etapas, no hubo nada de… bueno, nada de esta química.

—¿De verdad? Tú eres una mujer muy apasionada.

—No sabía que lo fuera. No tenía ni idea de que existiera esa parte de mí hasta que tú la sacaste a la luz.

Jacques se detuvo en seco. Bajo la tenue luz de la bodega, Leonie notó que él la miraba intensamente. Parecía estar a punto de decir algo, pero, justo entonces, uno de los empleados de la bodega entró y los saludó.

—Menos mal que paramos cuando lo hicimos —le susurró a Leonie.

—Está bien. No habrá más besos hasta que regresemos a Niza.

—Esto no ha sido una buena idea —repitió.

—Tal vez no, pero me alegro de haber venido.

También se sentía muy contenta por haber podido ver a Jacques con su hijo.

Resultaba evidente que lo adoraba. Verlos juntos resultaba encantador.

Al siguiente fin de semana, cuando Leonie visitó la bodega por segunda vez, se asomó a la ventana de su habitación y le sorprendió ver lo que parecía un castillo de cuento de hadas construido en lo alto de una colina.

Su habitación estaba en la parte trasera de la casa, mirando hacia el hermoso jardín de la casa, que estaba lleno de rosas y de lavanda. Más allá, se extendían las hileras de viñas en todas las direcciones.

Justo en aquel momento, Jacques apareció en su campo de visión empujando la silla de ruedas de Antoine por uno de los senderos del jardín. Los dos iban hablando y no la habían visto. Leonie esperó a que ambos se acercaran a la casa para llamarlos.

Al verla, los dos la saludaron con la mano.

—Baja —le dijo Jacques—. Estamos listos para ir al festival.

—Muy bien. Bajo enseguida —dijo. Se abrochó rápidamente las sandalias y agarró un jersey que se puso alrededor de los hombros. El día era soleado, pero, como estaban en septiembre, ya no hacía tanto calor como las semanas anteriores.

Cuando bajó, se encontró que toda la familia estaba ya en la furgoneta. Había asientos para todos y un espacio especial para la silla de ruedas de Antoine. Bertrand era el conductor y Leonie terminó sentándose a su lado.

—¿Has dormido bien? —le preguntó éste con una sonrisa.

—Muy bien, gracias. Desde mi ventana he visto un hermoso castillo. Parece sacado de un cuento de hadas. Está en lo alto de una colina.

—Es ahí adónde nos dirigimos —respondió él—. Es el pueblo. Se llama

Village Perché, un pueblo colgado, por el modo en el que los edificios están construidos en la ladera de la colina. Hay varios así en esta región. Generalmente, hay una iglesia fortificada en el centro, lo que les da la apariencia de un castillo de cuento de hadas.

Tras la explicación, Bertrand arrancó el coche y se dirigieron hacia el pueblo.

Leonie tuvo mucho cuidado de no hablar con Bertrand a menos que él se dirigiera a ella primero. Al llegar al pueblo, observó que, efectivamente, las casas del pueblo parecían crecer de las rocas.

—Estos pueblos fueron diseñados para repeler a los atacantes —comentó Bertrand mientras empezaban a subir las empinadas calles del pueblo—. Ahora, muchos de ellos vuelven a verse asediados, en esta ocasión por los turistas extranjeros.

—Al oíros hablar a Jacques y a ti, cualquiera diría que odiáis a los turistas, pero no es así, ¿verdad?

—En realidad, no. En especial si son tan guapos como tú.

Leonie no pudo evitar una sonrisa.

—La primera vez que vi a Jacques, le dije que no era turista. Si no, no creo que me hubiera hablado.

—Creo que en eso te equivocas…

Bertrand aparcó el coche y todos bajaron. Jacques se ocupó de colocar la silla de su hijo sobre los adoquines del suelo.

—Dios, estas calles deben de ser terribles para la silla de ruedas.

—Así es —comentó Jacques—. Por eso nos lo tomamos con calma. Vamos poco a poco y luego nos refugiamos en el café.

Bertrand cerró el coche y se guardó la llave. Entonces, le dedicó a Leonie una sonrisa.

—Tengo que ir a hablar con unas personas, así que te veo a la hora de comer.

Guárdame un sitio a tu lado, ¿de acuerdo?

Jacques tomó la palabra.

—¿Y Francine?

—Estará demasiado ocupada para comer con nosotros —replicó Bertrand—.

Hasta la hora de comer.

—¿Quién es Francine? —preguntó Leonie cuando Bertrand se hubo marchado.

—Es la dueña del café. Los dos son pareja desde hace ya mucho tiempo. Todo el mundo espera que terminen casándose.

—Entonces, ¿por qué está flirteando conmigo?

—No lo sé, pero te aseguro que lo voy a descubrir.

Visitaron varios puestos del mercado mientras se turnaban para

empujar la silla de ruedas de Antoine. Éste, además, se encargó de empujarse solo sin su ayuda entre los puestos. Probaron vino y otros productos locales.

Cuando terminaron en el mercado, se dirigieron hacia el café, que estaba al otro lado de la plaza. Estaba bastante lleno, pero, por suerte, encontraron una mesa.

Jacques, Antoine y Leonie se sentaron mientras que la madre de Jacques iba al interior del café para hablar con Francine.

Leonie se acomodó en su silla. El calor del sol le hacía sentirse relajada y feliz.

—Ah, aquí está Francine…

Leonie giró la cabeza para ver llegar a una encantadora mujer seguida de la madre de Jacques. Tenía el cabello negro, cortado muy a la francesa, enormes ojos negros y unos pómulos que envidiarían muchas modelos. Como parecía habitual entre las francesas, iba muy bien arreglada. Sin duda era una diferencia cultural entre las francesas y las australianas. Si Leonie viviera en Francia, estaba completamente segura de que jamás encajaría.

¿En qué estaba pensando? Ella jamás viviría en Francia. Nunca tendría ese problema.

— Bonjour, bonjour… —dijo Francine, saludándolos a todos con la entonación melódica que hacía que el francés sonara tan musical.

Leonie se levantó para presentarse y se preguntó qué estaba haciendo Bertrand flirteando con ella si la encantadora Francine era su novia. No tenía ningún sentido.

Francine se sentó con ellos y estuvieron charlando todos animadamente mientras tomaban el café. Desgraciadamente, Francine tuvo que regresar a su trabajo, pero les prometió que estaba preparando un delicioso almuerzo.

Jacques y Leonie se levantaron para seguir visitando el festival, pero la madre de Jacques anunció que estaba cansada y que iba a quedarse allí con Francine.

Efectivamente, parecía agotada. Leonie se sintió muy preocupada por ella. No quería dejarla, pero la anciana insistió.

—Francine cuidará de ella —le dijo Jacques—. Y no está enferma. Sólo cansada.

Echaron a andar hacia el resto de los puestos. Mientras Antoine estaba distraído mirando uno de ellos, Leonie retomó la conversación.

—¿Por qué no le das a tu madre un respiro? Está cansada y le duele la espalda.

La próxima semana, ¿por qué no te llevas a Antoine a tu casa de Niza a pasar el fin de semana?

—No sé…

—¿Qué es lo que no sabes?

—No es tan sencillo. Hacen falta dos personas para cuidar de él adecuadamente, en especial ahora que está tan grande. Cuando era más joven, resultaba más fácil.

—Seremos dos. Yo estaré allí. Te aseguro que sé cómo cuidar a un niño.

Créeme.

—Te creo. Sé que has tenido hijos, pero Antoine es diferente.

—No lo es. Es un niño normal que, simplemente, no puede andar. No estoy tratando de quitarles importancia a los problemas a los que él se enfrenta, pero no hay razón alguna para que no pueda venir a pasar unos días con nosotros a Niza. Te prometo que nos las arreglaremos.

Jacques no accedió inmediatamente, pero Leonie supo que había cambiado de opinión cuando le preguntó a Bertrand a la hora de comer si podía cambiarle el coche para el fin de semana siguiente.

Bertrand accedió. Leonie sonrió.

Capítulo Nueve

Aquella noche, Jacques fue a buscar a su hermano al despacho que éste tenía en la casa. Lo encontró solo y entró sin más preámbulo.

—¿Qué estás haciendo con Leonie?

—¿Yo? —le preguntó Bertrand tras levantar los ojos de los papeles que estaba leyendo. Torció la boca como si estuviera tratando de no reírse—. ¿Qué quieres decir?

Jacques se acercó a una butaca y se sentó.

—Sabes exactamente lo que quiero decir. Quiero que dejes de hacerlo.

Bertrand arrojó el bolígrafo sobre la mesa y se reclinó en su sillón.

—¿Por qué?

—¿Por qué, dices? A Francine no le gustaría.

—Francine se puede cuidar sola. No necesita que le saques las castañas del fuego.

—Entonces, ¿admites que hay castañas que sacar?

—No, pero te molesta de verdad que yo pueda estar interesado en Leonie,

¿verdad? No obstante, se supone que no vas en serio.

—Está bien, Bertrand. Admito que me molesta. Si eso era lo que querías saber, sólo tenías que preguntármelo. No tenías que… que…

—¿Volverte completamente loco de celos?

—Eso no es cierto.

—Claro que lo es —exclamó Bertrand con una carcajada—. Deberías verte la cara cuando me acerco a ella. Admítelo, hermanito. Estás enamorado de ella.

Profundamente enamorado —añadió.

Jacques apretó la mandíbula para no hablar. No pensaba contarle a su hermano lo que sentía tan sólo para que se burlara de él.

Bertrand sacudió la cabeza.

—No sé por qué te muestras tan reservado. Tienes que marcar lo que es tuyo para que todo el mundo se entere de que te pertenece.

—No te metas en lo que no te llaman, Bertrand. No quiero que Antoine se haga ilusiones. Ya sabes lo rápidamente que le tomará afecto si cree que hay oportunidad de que ella se convierta en su madrastra. No quiero que se le rompa el corazón cuando ella se marche.

—Querrás decir si se marcha.

—No estoy hablando de si Leonie se marcha, sino de cuando se marche.

—¿Y tú? ¿No se te romperá el corazón si se marcha? ¿Por qué no le pides que se quede?

—No puede…

—¿Se lo has pedido?

—Tiene familia allí. Debe estar con ellos.

—¿Y sabe ella que tú quieres que se quede?

Jacques dudó. Recordó el momento en el que había estado a punto de pedirle que se quedara en la bodega, antes de que los interrumpieran. No había tenido oportunidad de hacerlo. Sin embargo, también recordó cómo era cuando hacían el amor. Creía que había dejado muy claro lo que sentía sin necesidad de palabras.

¿Cómo era posible que Leonie no se hubiera dado cuenta?

—Lo sabe —dijo.

El rostro de Bertrand cambió por completo.

—Lo siento. Creía…

—¿Qué creías?

—Que por fin habías encontrado a la mujer adecuada para ti, pero que no querías admitirlo. Que no permitías que tus relaciones del pasado te dejaran abrir tu corazón. Pensaba que lo único que tenía que hacer era meterte un poco de sentido común en la cabeza haciéndote ver cómo te sentirías sin ella. Poniéndote celoso. Pero no es tan sencillo, ¿verdad?

Jacques se levantó con un suspiro.

—No. No es tan sencillo, pero he aprendido a aceptar las cosas tal y como son.

No tengo elección. Así que, por favor, te ruego que me dejes en paz.

Bertrand asintió y se puso también de pie. Antes de que Jacques se hubiera dado cuenta de lo que su hermano tenía intención de hacer, éste le dio un abrazo.

—Lo siento, hermanito. De verdad. Ojalá esto te hubiera salido bien.

Jacques le devolvió el abrazo. Quería decir que todo iba bien, pero no era así.

Además, le resultaba difícil hablar por la emoción que lo embargaba. Se apartó de Bertrand y se marchó del despacho. Necesitaba estar solo un rato para dejar a un lado los sentimientos que habían aflorado gracias a Bertrand.

No era necesario que su hermano le indicara cómo se sentiría si Leonie se marchaba. Tendría que enfrentarse a ello cuando llegara el momento. Mientras tanto, era mucho más importante impedir que Antoine lo pasara mal.

Regresó a la casa y, al llegar allí, cambió de opinión. Ya estaría solo más que de sobra cuando ella se marchara, y para eso faltaba ya muy poco. Tenía la intención de aprovechar al máximo el tiempo que les quedaba juntos.

** * **

A la mañana siguiente, después de llevar a Antoine al colegio los dos juntos y prometerle que regresarían a recogerlo también los dos, Jacques y

Leonie se marcharon a dar un paseo en coche por el adorado pays de él. Recorrieron hermosos pueblos y, en uno de ellos, vieron cómo los vecinos participaban en una partida de boules. Tras observar el juego durante unos minutos, prosiguieron con su camino.

Recorrieron la rojiza Gorge de Daluis y llegaron a las ciudades de Valberg y Beuil, que eran importantes centros de esquí. Volvieron a bajar de la zona por la Gorge du Cians.

Almorzaron en la sorprendente ciudad de Touét-sur-Var, una ciudad medieval que, literalmente, parecía pegada a una pared vertical. Todo lo que veía resultaba fascinante para Leonie y se alegraba de tener la oportunidad de conocer la hermosa zona donde Jacques había pasado su infancia. Antes de que se metieran en el coche para regresar a la casa, Leonie le dio un beso en una mejilla. Deseaba decirle lo que sentía hacia él, pero sabía que no podía. Las cosas se complicarían mucho para ambos si lo hacía.

Él giró la cabeza y atrapó los labios de Leonie. Entonces, la abrazó con fuerza.

Permanecieron así varios minutos, abrazos el uno al otro. En su cabeza y en su corazón, Leonie le dijo cuánto lo amaba, pero no con palabras. Eso sería algo que jamás podría hacer.

Más tarde, fueron a recoger a Antoine al colegio y regresaron a la casa. Entre los dos, lo ayudaron a hacer los deberes. Cuando Antoine le preguntó si iba a regresar otra vez, ella no concretó. Simplemente respondió que esperaba volverlo a ver.

Al día, siguiente, cuando regresaban a Niza, ella le preguntó a Jacques:

—¿Va a venir Antoine a pasar con nosotros el próximo fin de semana?

—Sí, pero no se lo he dicho. Será una sorpresa.

—Excelente. Tendremos que planear cosas interesantes para hacerlas con él mientras esté con nosotros. No queremos que se aburra.

Jacques la miró asombrado.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

—Parece que estés realmente contenta.

—Lo estoy —comentó ella sorprendida—. ¿Por qué no iba a estarlo?

—No, por nada… Es que… Nunca había conocido a nadie como tú. No he conocido nunca a nadie que quiera pasar tiempo con Antoine, a excepción de su familia…

—Tal vez no le hayas dado a nadie la oportunidad. Ya sabes. Conocer a más personas podría ser bueno para él.

—Eso depende de las personas, Leonie.

—En realidad, no. No es bueno que lo aísles tanto. Hacer actividades normales de un niño de su edad sería bueno para él. Lo ayudaría a aumentar su autoestima, aparte de ser divertido. No veo por qué estar en

una silla de ruedas debería hacer que Antoine sea diferente. Siento que te moleste, pero así soy yo.

—Persistente.

—Sólo si creo que tengo razón y sé que la tengo. Deberías dejar que Antoine descubriera sus propias limitaciones.

Jacques no dijo nada más. Leonie dejó el tema. Por el momento.

Se alegró de tener que preparar la visita de Antoine para el fin de semana. Así tenía algo en lo que centrarse y no pensaba en el poco tiempo que le quedaba con Jacques.

Por supuesto, deseaba también marcharse a su casa. Sus hijos estaban allí y la necesitaban. Resultaría agradable regresar a su casa, con sus cosas. Muy pronto volvería a la rutina de siempre y se olvidaría de su estancia en Francia.

No. No podría olvidarlo. Ni quería hacerlo. No quería olvidar nada. Eso significaría que todo ello había sido insignificante y nada de lo ocurrido con Jacques lo había sido. Atesoraría todos los recuerdos de aquellas semanas en un lugar muy especial de su mente y pensaría a menudo en ellos.

Por el momento, no quería pensar en la marcha y la visita de Antoine suponía una buena distracción. Empezó por irse a unos grandes almacenes a comprar varios juegos de mesa. Adquirió los que le resultaban familiares y también un juego de ajedrez porque se imaginaba a Jacques y a Antoine jugando al ajedrez en futuras visitas. No sabía si Jacques sabía jugar, pero, si no, podrían aprender juntos.

Además, convenció a Jacques para transformar un comedor formal que no se utilizaba en un dormitorio para Antoine. Se horrorizó cuando éste le dijo que, en visitas anteriores, el niño había utilizado un dormitorio de la primera planta.

Por último, fue a comprar unos pósters para la habitación de Antoine. Jacques entró justo cuando ella estaba pegando el último de los que había adquirido subida en una escalera.

Se acercó a ella y comenzó a acariciarle la pierna con la mano. Ella se echó a reír.

—No hagas eso. Vas a conseguir que me caiga.

—Yo te atraparé si eso ocurre. Entonces, te llevaré al dormitorio y me aprovecharé de ti.

—¿Me vas a llevar? ¿En brazos? ¿A tu edad? ¿Para romperte la espalda justo cuando tu hijo va a venir a visitarte? No creo que sea buena idea.

Jacques se echó a reír.

—No vas a dejarme olvidar nunca la edad que tengo, ¿verdad? ¿Has terminado ya aquí?

—Sí. ¿Qué te parece?

—Creo que esos pósters carecen de mérito artístico, pero también creo que a mi hijo le gustará lo que has hecho con esta habitación.

—Bien. Eso es lo que importa.

Bajó de la escalera con cuidado. Jacques la abrazó en cuanto tocó el suelo con los pies. Se dio la vuelta y se apoyó contra él. Sin que pudiera evitarlo, los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Qué te pasa? ¿Qué es lo que ocurre? —preguntó él horrorizado al verla llorar.

—No me hagas caso. No me ocurre nada.

—¿Cómo puedo no hacerte caso? Jamás podría.

—Me refiero a que ignores el hecho de que me estoy comportando como una tonta…

—Dime por qué estás llorando.

—Es que… —susurró ella. Sabía que Jacques no iba a cejar en su empeño—…

he disfrutado mucho del tiempo que hemos pasado juntos y es una pena que tenga que terminar.

—Todavía no ha terminado…

—No, pero lo hará muy pronto —musitó ella, secándose las lágrimas.

—¿Podrías…? ¿Hay alguna posibilidad de que pudieras quedarte un poco más?

—Me temo que no —respondió Leonie. Ella también lo había pensado —. No es que no lo haya considerado, pero les prometí a Sam y a Kyle que estaría en casa a mediados de noviembre. Es el aniversario de la muerte de Shane… Siempre pasamos juntos ese día. Es muy importante para nosotros… para mis hijos. Además, no te preocupes. No me importa tener que marcharme.

—¿No?

—No —mintió ella—. Estoy deseando ver a mis hijos. —Estoy seguro de ello.

—Por eso, deberíamos aprovechar al máximo el tiempo que nos queda —

susurró, con voz sugerente—. Podríamos subir y empezar a hacerlo…

—Yo jamás te olvidaré —prometió Jacques cerrando los ojos.

—Lo sé —dijo ella. Una vez más le costó contener las lágrimas. Respiró profundamente—. Va a ser difícil decir adiós, pero no nos queda más remedio.

Además, es lo que habíamos sabido que ocurriría desde el principio.

Jacques asintió. No quería hacer el ridículo pidiéndole que se quedara.

Tampoco quería que a ella le resultara más difícil marcharse, por lo que, aunque se moría de ganas por decirle a Leonie lo que sentía por ella,

no iba a hacerlo. Dejaría sus sentimientos a un lado y haría lo que ella necesitaba que hiciera: conseguir que su marcha fuera todo lo fácil que le fuera posible. Decidió hacer lo que ella le pedía.

—Tienes razón. Todo saldrá bien. Siempre supimos que tendríamos que decir adiós.

Le acarició la mejilla mientras observaba aquellos maravillosos ojos azules.

Entonces, se inclinó y la tomó en brazos.

—No soy demasiado viejo como para poder llevarte arriba.

Leonie lanzó un grito y echó la cabeza atrás, riendo. Resultaba muy agradable verla reír después de las lágrimas que había derramado momentos antes.

Jacques se dirigió así con ella hacia la puerta.

Más tarde, cuando Leonie estaba dormida con la cabeza apoyada en su torso, Jacques se imaginó su vida cuando ella se hubiera marchado. Por supuesto, seguiría adelante. Podría ser que incluso volviera a salir con alguna mujer. Tal vez. Un día.

Sin embargo, al imaginarse a otra mujer allí, en su casa, sintió una sensación desagradable en el estómago, como si hubiera tomado leche agria.

Para olvidarse de aquella imagen, se centró en el aroma limpio y dulce que desprendía el cabello de Leonie. Recordó que, cuando empezaron su relación, el objetivo había sido conseguir que ella fuera feliz. No había buscado nada más allá…

Después de tantas semanas, había cambiado de opinión. Sí quería más y sabía que no podría tenerlo nunca.

Si decía algo, si sugería de algún modo que quería que ella se quedara, dificultaría las cosas más de lo necesario y ella no se lo merecía. Leonie debía marcharse feliz, cómoda, sin mirar atrás.

Aquél era su nuevo objetivo. Acompañarla hasta el final sin desfallecer. Hacer posible que ella se marchara a su casa con una sonrisa en el rostro.

A Antoine le encantaron los juegos de mesa. Leonie sonrió por el éxito de su plan. Los tres jugaron durante horas, hasta bien entrada la noche. Al día siguiente, Leonie le preguntó a Antoine qué sería lo que más le gustaría hacer. El niño respondió que ir al mar.

Ella transmitió rápidamente la información a Jacques, que acababa de reunirse con ellos.

—Tienes que llevarlo al agua —le dijo. Ella no tenía intención alguna de ponerse un traje de baño.

—Sólo si tú nos acompañas —afirmó Jacques tras guiñarle un ojo a su hijo.

—¿Yo? Está bien, pero tendré que comprarme un traje de baño —

anunció, cediendo a varios minutos de insistencia por parte de padre e hijo.

Cuando llegó el momento de quedarse en bañador delante de todo el mundo, se mostró poco proclive a hacerlo. Una cosa era desnudarse en la cama para Jacques y otra muy distinta pasear su celulitis por la playa muy concurrida.

Meter a Antoine en el agua fue un ejercicio de verdadera logística, pero lo consiguieron. La felicidad que se reflejó en el rostro del pequeño hizo que tanto el esfuerzo como la vergüenza que Leonie tuvo que pasar merecieran la pena.

Aquella noche, Leonie preparó la cena. Se alegró mucho al ver que padre e hijo alababan lo que había cocinado.

Poco después de terminar de cenar, Antoine empezó a bostezar. Nadar lo había cansado mucho, pero no quería irse a la cama. Permaneció sentado con ellos en la terraza mientras los adultos terminaban una botella de vino. Aquella tarde, había comentado algo sobre hacer deporte con su silla de ruedas. Volvió a hacerlo.

Leonie sonrió.

—Creo que es maravilloso que quieras intentarlo —comentó esperando que Jacques quisiera cambiar de idea.

—He estado investigando un poco —dijo Jacques—, y creo que tendré algo más concreto esta semana. Veremos si puedes hacer lo que quieres.

—¡Eso es fantástico! —exclamó ella con una cálida sonrisa. Se alegraba de saber que había cambiado de actitud. Entonces, se dirigió a Antoine—. Ya sabes que si resulta que no te gusta, no tienes que seguir haciéndolo.

—¿Crees que un día podría participar en los juegos paralímpicos?

—Puedes hacer lo que quieras hacer. Sólo tienes que tener un sueño y perseguirlo. Tendrás contratiempos, como todo el mundo, pero si deseas algo lo suficiente, debes seguir intentándolo. Si uno fracasa, vuelve a probar hasta que lo consigue.

—Está bien —susurró el niño, bostezando.

—Vamos, es hora de irse a la cama, Antoine —dijo Jacques poniéndose de pie

—. Has tenido un día agotador.

—Pero ha sido genial.

—Es verdad —susurró Jacques tiernamente—. Deberíamos darle las gracias a Leonie por ello.

Leonie sintió que se le aceleraban los latidos del corazón. Tuvo que morderse los labios para no decirles a ambos lo mucho que los quería.

—¿Podemos volver a repetir esto? —preguntó Antoine.

—El próximo fin de semana es el último para mí. Me marcho a mi casa el lunes

—le explicó ella a Antoine.

El rostro del niño reflejó una profunda tristeza.

—No te preocupes —añadió Leonie—. Estoy segura de que tu padre te dejará que vengas más a menudo.

—Pero no será lo mismo sin ti.

Jacques tuvo que darse la vuelta.

—Tu padre siempre estará a tu lado —susurró ella—. Eso es lo importante.

Cuando Antoine se fue a la cama, los dos regresaron a la terraza. Leonie fue a sentarse en su silla de siempre, pero Jacques le agarró la muñeca y tiró de ella para hacer que se sentara en su regazo. Ella se acurrucó contra él y dejó que Jacques le apoyara la barbilla sobre la cabeza.

—Gracias —susurró él.

No dijo nada más, pero Leonie no tuvo que preguntarle a qué se refería. No había hecho nada especial, nada que él no pudiera haber hecho sin ella, pero Leonie lo había sacado de su sopor y le había hecho ver las posibilidades.

Sonrió feliz contra el torso de Jacques. Estaba encantada de haberlo ayudado.

Capítulo Diez

Aquella tarde, Leonie había quedado con Jacques en el café de Jean-Claude, pero primero quería ir a ver a Chantal. Durante las dos últimas semanas, había pasado muy poco tiempo en su apartamento y aquella mañana, cuando abrió las puertas de su balcón después de regresar de sus clases, se sorprendió mucho al ver que las persianas del piso de Chantal estaban cerradas.

Se extrañó mucho. Chantal nunca salía por la tarde dado que hacía sus compras siempre por la mañana. Trató de tranquilizarse diciéndose que seguramente la anciana había ido a comprar y se marchó a su cita con Jacques. La sensación de alivio que experimentó al ver a Chantal en el café de Jean-Claude fue inigualable. Le pareció que su amiga parecía diez, e incluso veinte años más joven.

—Me alegra tanto ver que te encuentras bien —le dijo tras darle un fuerte abrazo.

—¿Y por qué no iba a estar bien? ¿Qué creías que me había pasado?

—Estaba tratando de no pensar en las posibilidades. Estoy tan acostumbrada a verte en tu balcón que al comprobar que no estabas…

—Ah, bueno. Has estado fuera tanto últimamente que no he tenido oportunidad de decírtelo.

—¿Decirme qué?

—Jean-Claude y yo nos vamos a casar.

—Dios mío —dijo ella. Se había quedado boquiabierta—. ¡Qué repentino!

Chantal se echó a reír.

—No tenemos tiempo que perder. No podemos quitarnos años de encima.

Cuando se sabe que algo está bien, hay que aferrarse a ello con las dos manos y aprovecharlo al máximo.

—¿Y tú sabes que esto está bien?

—Sí.

—En ese caso, me alegro mucho por ti —afirmó Leonie. Le dio un fuerte abrazo a su amiga.

Jacques llegó cuando las dos aún estaban abrazadas y se quedó asombrado al escuchar la noticia. Sin embargo, se alegró mucho por su viejo amigo. Le dio a Jean-Claude una palmada en la espalda y le deseó toda la felicidad del mundo, aunque, por el tamaño de la sonrisa del dueño del café, no parecía necesario.

Leonie sintió envidia. La vida no era justa. No les negaba la felicidad ni el amor a aquellas dos personas, pero ella también había encontrado el amor y no iba a poder disfrutar de un final feliz.

Se esforzó por quitarse de encima el resentimiento porque era

completamente injustificado y porque estropeaba su propio disfrute de lo que debía ser un momento muy feliz para todos.

Cuando las exclamaciones de alegría se terminaron, Leonie y Jacques se marcharon a una mesa al otro lado del café.

—Hace bastante desde la última vez que estuve aquí —dijo ella.

—Sí. Y aquí fue donde empezó todo.

Leonie levantó la vista al escuchar el tono de su voz. Era melancólico, casi triste.

—No lamentas haberme conocido, ¿verdad?

—Sabes que no, pero sí de…

—¿De qué?

—De que tu estancia esté a punto de terminar.

—Sí, yo también.

—Aún nos queda el fin de semana y creo que debería ser especial.

—Sí, estoy de acuerdo —comentó ella con una sonrisa—. ¿Qué sugieres?

—Bueno, para el domingo —dijo Jacques. Se sacó unas entradas del bolsillo de la chaqueta y se las enseñó a ella.

—¿Un ballet?

—Sí, pensé que te gustaría. Me contaste en una ocasión que nunca habías ido a ver uno. Si no quieres ir, no pasa nada —comentó él. Se volvió a guardar las entradas.

—Creo que es una idea estupenda, pero no es lo que esperaba.

—Leonie, yo… —susurró él tras mirarla durante un largo instante.

Justo en aquel momento, cuando ella estaba aún disfrutando por el modo en el que él pronunciaba su nombre, tan diferente de todos los demás, su teléfono comenzó a sonar. Seguramente sería Sam.

—Ahora hablamos.

Sacó el teléfono del bolso y, tras comprobar quién la llamaba, apretó el botón.

—¡Sammi! —exclamó con una radiante sonrisa—. ¿Qué? Oh, el ruido. Estoy en un café.

—¿Estás sola? —le preguntó Sam.

—No —respondió ella mirando a Jacques.

—¿Has conseguido hacer amistades?

—Sí, muy buenas —respondió Leonie, sin entrar en detalles. Si Sam supiera lo que había estado haciendo, se sentiría horrorizada. Sin embargo, no lo descubriría nunca. Leonie jamás se lo diría.

—Me alegro mucho, mamá. ¿Crees que mantendrás el contacto? Tal vez tu amiga pueda venir a pasar unos días aquí —dijo Sam, dando por sentado de que la persona con la que su madre estaba era una mujer.

—Sí… a lo mejor, pero lo dudo.

—Oh, bueno, no importa. Al menos te lo has pasado bien. Porque te lo has pasado bien, ¿verdad, mamá?

—Sí, sí. Claro que sí.

—Estupendo, porque me muero de ganas de que regreses a casa.

—Yo también tengo muchas ganas —dijo Leonie. Por un lado era cierto, pero, por otro, lo temía. Sam no tenía que saber esta parte.

De soslayo, vio que Jacques levantaba la cabeza al escuchar estas palabras, pero la expresión de su rostro no cambió.

—¿Cómo está Kyle?

—Está… está bien. Como siempre.

Leonie frunció el ceño. ¿Había sido imaginación suya o su hija había dudado antes de contestar?

—¿Estás segura?

—Ya conoces a Kyle, mamá. Es un pesado.

Leonie se echó a reír.

—Parece que ha pasado tanto tiempo desde la última vez que os vi a los dos…

—Lo sé, pero ya no falta nada. ¿Has organizado ya el viaje de vuelta?

—Sí —dijo ella. En realidad, lo tenía organizado desde que compró el billete de ida a Niza. Entonces, nada le había parecido más importante que asegurarse de que podía volver a casa. En aquel momento, sólo deseaba que aquel vuelo se cancelara.

No era cierto.

Sí lo era.

Fuera lo que fuera lo que deseara, no tenía elección. Se iba a marchar a casa. No había vuelta atrás.

—Bueno, es mejor que cuelgue —dijo Sam—. Estas facturas me están matando.

—Oh, Sam. No seas tonta. Ya sabes que yo te ayudo con la factura del teléfono.

Después de todo, me estás llamando a mí.

—Es que te echo de menos, mamá…

—Oh… —susurró Leonie. Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Yo también te he echado mucho de menos, cielo. Me muero de ganas por verte.

Después de despedirse, Leonie volvió a guardar el teléfono y sacó un pañuelo para limpiarse los ojos. Jacques la miró con preocupación.

—No te preocupes —dijo ella—. Esto es lo que hacemos las madres.

—¿No hay malas noticias?

—No, no. Más bien lo contrario. Sam acaba de decirme que se muere de ganas de que yo vuelva a casa. Por supuesto, eso probablemente significa que está harta de hacer la colada y la cocina y que Kyle tiene la

casa hecha un asco, pero no importa.

Resulta agradable saber que me necesitan.

Jacques se quedó en silencio, observando el rostro cubierto de lágrimas de Leonie.

—Bueno, ¿qué me ibas a decir antes de que sonara el teléfono?

—¿Hmm? No, nada.

Jacques había estado tan cerca de decirle lo que sentía, una vez más… ¿Acaso no había prometido que dejaría que ella se marchara feliz? Tendría que recordarlo en lo sucesivo. Aquella llamada había servido para recordarle a tiempo que Leonie ni quería ni podía quedarse. Tendría que despedirse de ella y desearle todo lo mejor para el futuro sin dejar que ella supiera nunca lo mucho que le dolía hacerlo. Si le contaba lo que sentía, Leonie jamás podría marcharse tranquila, sin preocuparse por él. No era eso lo que deseaba para ella. Quería que fuera feliz, aunque tuviera que serlo con otra persona.

Un fuerte dolor le atravesó el pecho. Podría ser que Leonie encontrara a otro hombre.

Sabía que ella había amado a su marido, pero podía superarlo. Era diferente. Él era pasado y su vida en común con Leonie formaba parte de ella, pero pensar que podría haber otro hombre en su futuro… No sabía si eso lo podría soportar. Era mejor no pensarlo. Decir adiós. Elegir la insensibilidad emocional antes de sentir demasiado.

A lo largo de los siguientes días, parecía que Leonie estaba siempre diciendo adiós. En primer lugar vino el fin del curso. Luego tuvo que despedirse de Chantal.

Logró verla en una de las escasas ocasiones en las que ella estaba en su casa para darle un regalo. Era una mezcla de regalo de despedida y de boda. Se trataba de una hermosa bata de seda basada en un diseño antiguo, muy delicada y femenina. A Chantal le encantó y Leonie se congratuló por haber podido encontrar un regalo que no ofendiera el buen gusto de una dama tan elegante.

Después, fue al café a despedirse de Jean-Claude y de algunos de sus clientes habituales, que casi se habían convertido en sus amigos durante el tiempo que ella había estado allí.

Entonces, llegó el momento de pensar en Jacques y en lo que sería su última cita juntos.

El ballet fue todo lo que Leonie se había imaginado que sería. La representación tuvo lugar en un teatro del siglo XIX, decorado con suntuoso terciopelo rojo, arañas de cristal y mucho pan de oro. Era el lugar perfecto para una ocasión tan memorable.

Ella llevaba puesto el hermoso vestido azul que se había comprado para la última vez que su salida fue tan formal. Cuando llegara a casa, lo

guardaría y no volvería a ponérselo nunca. No estaría bien llevarlo para otra ocasión ni con ninguna otra persona.

Él estaba especialmente guapo, con un esmoquin. Leonie se sintió maravillada por la suerte que había tenido de conocerlo. No podía resistírsele y se moría de ganas de compartir su cama. Un escalofrío le recorrió la espalda. La espera haría que todo fuera mucho mejor cuando llegara el momento.

Más tarde, Jacques le ofreció una copa de vino en la terraza de su casa. Parecía muy triste. La inminente partida de Leonie se interponía entre ellos como si se tratara de una tercera persona.

—El ballet ha sido precioso —dijo ella, para iniciar una conversación.

—Sí.

Silencio otra vez.

—Siempre supimos que llegaría este momento —comentó ella después de unos instantes.

—Sí, pero no por eso tiene que gustarnos.

—No.

Jacques se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un sobre.

—Pon esto en tu bolso. Para que no se me olvide. No lo abras ahora —dijo, al ver que ella se disponía a rasgar el sobre.

—¿Qué es?

—Unos ejercicios prácticos de francés que te he preparado.

Leonie se quedó muy sorprendida, pero asintió.

—He pensado que tal vez me apunte a un grupo de conversación en francés.

Estoy segura de que podré encontrar uno donde yo vivo.

—Es una buena idea —dijo Jacques mientras observaba cómo ella metía el sobre en el bolso—. Cuando te apuntes a ese grupo, será un buen momento para que hagas esos ejercicios.

—Gracias.

Jacques la tomó entre sus brazos.

—Voy a echarte mucho de menos. Sé que ya lo he dicho, pero no sé qué otra cosa decir.

—Lo sé. Yo también voy a echarte de menos a ti. Me prometí que no lloraría más. No hablemos más de lo mucho que vamos a echarnos de menos. Seamos positivos.

—Está bien. Te aseguro que conocerte ha sido lo mejor que me ha pasado en mi vida. De eso estoy seguro.

—Aún nos queda esta noche, Jacques. Deberíamos aprovecharla al máximo, ¿no te parece?

Él le besó suavemente los labios.

—Estoy seguro de que así será.

Al día siguiente, cuando Leonie se despertó, era bastante tarde. Se levantó de la cama. Tenía que ducharse y vestirse para regresar a su apartamento a recoger sus cosas antes de marcharse al aeropuerto. No había tiempo para nada más.

Jacques se despertó justo cuando ella estaba terminando de vestirse. Miró el reloj, se sentó en la cama e hizo ademán de levantarse.

—No —le dijo Leonie—. Quédate ahí. Quiero marcharme así.

—¿Cómo dices? No. Te llevaré al aeropuerto.

—No, por favor. Lo he estado pensando y no podría soportar tener que decirte adiós en un aeropuerto rodeada de cientos de personas. No lo quiero así. De hecho, no quiero decirte adiós —añadió, con una triste sonrisa—. Quiero darte un beso y dejarte en la cama, como si sólo me fuera a comprar algo. Por favor. Hazlo por mí.

Será mucho más fácil así.

Se inclinó sobre él y, mientras hablaba, le dio un suave beso en los labios.

—Me voy. Que tengas un buen día…

Jacques le sujetó la cabeza con suavidad y le dio un beso tan lleno de ternura que ella sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas a pesar de su determinación de no llorar.

—Que tengas… un maravilloso día —musitó él. Entonces, le dio un beso en la frente y la soltó.

Leonie se irguió, respiró profundamente y cuadró los hombros. Sin más palabras ni más miradas, se marchó de la casa.

Jacques hizo un gesto de dolor al escuchar cómo se cerraba la puerta. Leonie se había marchado. Había tenido que contenerse para no salir corriendo detrás de ella pidiéndole a gritos que no se fuera.

Había dejado que se marchara. Era lo mejor. Era lo que se había prometido que haría, pero no había hecho que se sintiera bien. De hecho, le parecía el peor momento de toda su vida y no había nada que pudiera hacer al respecto. Simplemente, tendría que aceptarlo y esperar que un día los recuerdos de los momentos que habían pasado juntos se desvanecieran poco a poco, como si se tratara de una fotografía ajada por el tiempo.

Al pensar en la carta que le había escrito, suspiró. Tenía que ser suficiente con eso. Cuando Leonie la leyera, sabría lo mucho que ella había significado para él.

Cuando regresó a su apartamento, Leonie se alegró de tenerlo todo prácticamente recogido. Metió el vestido azul y los accesorios en la maleta y se vistió con las cómodas ropas que había dejado preparadas.

Durante el trayecto al aeropuerto, los trámites de vuelo y mientras se compraba una taza de café, estuvo bien. Cuando se detuvo, cuando no tuvo nada que hacer más que recordar dónde estaba y a quién dejaba

atrás, perdió la compostura.

Tuvo que hacer varios viajes al aseo de señoras para lavarse la cara. A pesar de todo, sintió que la decisión de despedirse de Jacques en su casa había sido la correcta.

Si se hubieran despedido en el aeropuerto, no habría podido ni siquiera embarcar en el avión. ¿Qué imagen le habría dejado a Jacques? No. Prefería el modo en el que lo habían hecho, despidiéndose más o menos contentos, con el recuerdo de la maravillosa noche que habían pasado juntos en el pensamiento.

Capítulo Once

—¡Mamá!

Leonie levantó la mirada mientras bajaba del taxi.

—¡Sammi!

Cuando terminó de abrazar a su hija, el taxista ya había colocado todo el equipaje en la acera.

—Oh, cielo, me alegro tanto de verte…

—¿Te alegras de volver a casa?

Leonie tragó saliva para que la voz no le sonara como si estuviera mintiendo.

—Sí, claro.

—Bien. Metamos en casa todo esto —dijo Sam mientras agarraba una maleta y una bolsa pequeña y se dirigía a la casa.

Leonie consiguió recoger todo lo demás y la siguió.

—¿Dónde está Kyle? Podría haber salido a ayudar.

—Él… él no está en casa.

—Encantador. Cualquiera diría que habría hecho el esfuerzo de estar aquí para darle la bienvenida a su madre. Sin embargo, si esto significa que se está tomando en serio sus estudios, supongo que, en realidad, debería estar contenta. Lo veré esta noche.

Sam no contestó y llevó el equipaje al dormitorio de su madre. Leonie no hacía más que mirar de un lado a otro mientras avanzaba.

—Dios santo, no me esperaba esto.

—¿El qué?

—Que la casa estuviera tan limpia y ordenada. ¿Habéis contratado una empresa de limpiezas para que lo ordenara todo antes de que yo llegara?

Sam pareció algo ofendida.

—No soy tan inútil, mamá. Sé cómo recoger las cosas.

—Lo sé, cariño, pero tienes una vida muy ajetreada con tus estudios y tu trabajo de voluntaria. No esperaba que te pasaras todo el tiempo libre limpiando la casa —

dijo, tras poner lo que llevaba en las manos sobre la cama—. Además, conozco a Kyle y sé que es muy desordenado. No te ha ayudado, ¿verdad?

—Bueno, en realidad, no —respondió Sam apartando la mirada—. Voy a preparar café.

Sam regresó a los pocos minutos. Parecía muy seria.

—El café está preparado. Mira, mamá, iba a esperar a que llevaras aquí un rato más, pero supongo que tendré que hacer esto ahora. Si espero, no va a resultarme más fácil.

—¿El qué? —preguntó Leonie, sintió que el estómago se le contraía

de aprensión.

—Kyle… no está en la universidad.

Leonie dejó la taza sobre la mesa y apretó las manos con fuerza.

—¿Dónde está? ¿Se ha metido en un lío? ¿Está enfermo?

—No, no. Nada de eso. Ha dejado la universidad porque ha decidido lo que quiere hacer con su vida.

—¿Qué quieres decir?

—Se ha alistado en el ejército.

—¿Qué dices? ¿No necesita que yo le dé permiso para hacer algo así?

—No, mamá. Aunque no te lo creas, es un adulto. No necesita el permiso de nadie. Pasó la entrevista y el reconocimiento médico y lo alistaron. Ya está haciendo el campamento en Wagga Wagga.

—¿En Wagga Wagga? ¡Pero si eso está muy lejos de aquí! ¿Cuándo volveré a verlo?

—Supongo que cuando tenga permiso, pero podría pasar algún tiempo para eso.

Leonie se reclinó sobre el respaldo de la silla.

—No me puedo creer que no me lo hayáis dicho hasta ahora. Ojalá hubiera tenido oportunidad de hablar con él.

—No quería que yo te lo dijera, mamá. No quería que trataras de convencerlo para que no lo hiciera.

—Pero… Bueno, si es eso lo que de verdad desea… yo no trataría de convencerlo para que no lo hiciera. Sólo quiero asegurarme de que sabe lo que está haciendo.

—Tienes que confiar en él, mamá. Yo he hablado con él y me ha parecido que está muy comprometido. No tenía dudas. Tienes que admitir que, en realidad, le va muy bien. Es el trabajo perfecto para él.

—Oh… supongo que sí —susurró Leonie. Recordó a su hijo cuando era un niño.

Siempre había sido aventurero y osado, con un fuerte sentido del bien y del mal y una fuerte necesidad de proteger a los más débiles—. Lo admito. ¿Podré al menos hablar con él?

—Sí. Va a llamarte él a ti. Piensa dejar primero que te acostumbres a la idea y luego te llamará.

Leonie esbozó una triste sonrisa.

—En ese caso, es mejor que me acostumbre a la idea rápidamente, ¿no te parece? —dijo. Se terminó su café y suspiró—. Supongo que, a partir de ahora, estamos las dos solas. Ahora podré cocinar lo que Kyle denomina «comida de chicas». Ya no habrá quejas por las ensaladas.

Sam se mordió el labio inferior.

—Sobre eso…

—¿Sobre qué? ¿Sobre la ensalada?

—Sobre lo de estar las dos…

Leonie abrió los ojos.

—¿Qué es lo que pasa?

—Es sobre mí y la universidad…

—No me irás a decir que tú también vas a dejar tus estudios, ¿verdad?

—No. No es eso. Voy a posponerlos.

—¿Posponerlos?

—Me voy a tomar un año sabático.

—Sé lo que eso significa. Bueno, Sammi. Tú siempre has sido buena estudiante.

Tal vez te venga bien tomarte unas vacaciones. Podríamos hacer cosas juntas. Será muy agradable. Eso no ha sido tan mala noticia después de todo.

—Mamá, lo que ocurre es que… que me marcho un año fuera. He encontrado un trabajo de cooperante. Leonie se tapó la boca con la mano.

—No…

—Sí. Me ha resultado más fácil por el trabajo de voluntaria que he hecho.

—¿Y adónde te vas?

—A África. A Chad.

—Pero eso es muy peligroso…

—Tendré cuidado. Mira, sé que es una conmoción que los dos nos hayamos marchado de casa a la vez, pero no ha sido intencionado. Simplemente ha ocurrido así. Tenía que ocurrir tarde o temprano. De verdad quiero hacer esto, mamá. Por favor, alégrate por mí. Se trata sólo de un año. Luego regresaré y querré que vuelvas a ayudarme con todo.

—No, no lo harás. Después de un año fuera, serás completamente independiente. No querrás volver a vivir con tu anciana madre.

Sam hizo un sonido ambiguo y Leonie supo que ella tenía razón. De un golpe, había perdido a sus dos hijos y no estaba preparada para eso.

Su nido había quedado vacío.

—¿Por qué me dijiste que querías que regresara a casa?

Sam abrió los ojos de par en par.

—Porque así era, por supuesto. Te echaba de menos y no quería que pensaras que no te necesitábamos.

—Y no me necesitáis. Os las habéis arreglado perfectamente sin mí y así seguirá siendo.

Sam comenzó a juguetear con su taza.

—¿Cuándo te marchas? —le preguntó Leonie.

—A finales de esta semana.

—Bien. Estoy orgullosa de ti. No quiero que te vayas y te voy a echar mucho de menos, pero estoy muy orgullosa de ti. Te quiero.

—Gracias, mamá —susurró Sam antes de darle un fuerte abrazo—. Eres fantástica. Yo también te quiero. No me gusta tener que dejarte sola, pero espero que salgas y que conozcas gente. Apúntate a alguna clase o algo así.

Sí. A una clase. ¿Y qué haría? ¿Jardinería? ¿Cerámica? ¿Tai chi?

Cuando se quedó a solas en la cocina, suspiró. Sentía emociones encontradas.

Aparte de que sabía que no vería a sus hijos en mucho tiempo, acababa de comprender que había dejado a Jacques porque creía que sus hijos la necesitaban en casa y resultaba que no era así en absoluto. Por un lado, se alegraba de no haber conocido los planes de sus hijos antes o habría finalizado antes su estancia en Francia para regresar corriendo a casa y tratar de quitarles la idea. Por otro, si hubiera sabido que su papel iba a ser tan accesorio nada más regresar… ¿Habría querido regresar a casa?

Cuando despidió a su hija, aún no tenía las ideas claras. En cierto modo, envidiaba a Sam. Si no se hubiera casado con Shane, a ella le habría gustado hacer algo similar. Su vida había tomado otros derroteros y no se lamentaba por ello.

Regresó a casa desde el aeropuerto y aparcó el coche frente a la puerta. Estuvo allí sentada durante mucho tiempo, observando su espaciosa casa. Era una vivienda para una familia entera, con niños que pudieran utilizar los juegos infantiles que Shane había construido en la parte trasera y bañarse en la piscina en verano.

Aquella casa era demasiado grande para ella, pero cuando le mencionó a su hija que estaba pensando en venderla, Sam se había mostrado completamente opuesta a la idea.

¿Qué iba a hacer ella allí sola?

Unos días después, Kyle la llamó por fin. Le gustó mucho hablar con su hijo y él se mostró muy entusiasmado con su nueva vida. Leonie sabía que, aunque quisiera, no tendría esperanza alguna de convencerle para que dejara la carrera militar. Sin embargo, no iba a hacerlo. Había comprendido que sus hijos ya no eran niños y que tenía que dejar que siguieran el camino que quisieran con su vida.

Ni Kyle ni Sam, que la llamó también aquella mañana para decirle que ya había llegado a Chad y que estaba bien, habían mencionado el significado de aquella fecha.

Sabía que ninguno se había olvidado de su padre, pero que los dos habían decidido seguir adelante con sus vidas. Ya no sentían la necesidad de conmemorar aquel día tan triste.

Miró a su alrededor. Ya no sentía aquella casa como un hogar. Se sentía como si fuera otra persona, alguien tratando de llevar la vida de una esposa tradicional. Para olvidarse de aquellos pensamientos, decidió que iría a la biblioteca y preguntaría si tenía la posibilidad de apuntarse a un grupo de francés. Si no podía encontrar uno, tal vez incluso podía empezar uno ella sola.

Esto le recordó el sobre que Jacques le dio antes de que se marchara de Niza.

Con todo lo que había ocurrido desde su regreso, se había olvidado de abrirlo.

Fue a su habitación y sacó el bolso que iba a juego con el vestido azul. Allí, encontró el sobre. Lo rasgó con una uña, pero, en cuanto sacó la hoja de papel, supo que no se trataba de lo que Jacques le había hecho creer.

Era una carta.

Se tumbó contra los cojines que tenía en su habitación y comenzó a leer.

Cuando hubo terminado, tenía el cojín completamente empapado. Todas las lágrimas que había ido acumulando estoicamente desde el día que se separó de Jacques encontraron por fin vía libre.

Él la amaba.

Cerró los ojos y recordó todos los rasgos de su rostro, su voz, el temblor de sus manos, el último beso que compartieron… Por supuesto que la amaba. Se lo tendría que haber imaginado. En vez de eso, se había marchado, dejando atrás su destino.

Pasó mucho tiempo antes de que pudiera incorporarse. Cuando lo hizo, fue para reconocer que aquel dormitorio representaba el pasado y que había llegado el momento de tomar una decisión sobre su futuro.

Recordó que Chantal le dijo que, cuando algo parecía adecuado, había que agarrarlo con las dos manos sin perder el tiempo. Estar con Jacques había sido lo adecuado. Incluso con la distancia que los separaba seguía siendo así. ¿Por qué no se había quedado con él?

Porque él no se lo había pedido, pero no lo había hecho porque sabía que ella no podía quedarse. La verdad era que ya no había nada que le impidiera regresar. Al pensar esto, sintió que se quedaba sin respiración. Tuvo que agarrarse a la cama para no caerse.

Ni siquiera habían intercambiado números de teléfono. Ni dirección de correo electrónico. Tan seguros habían estado de que

aquella separación suponía el final de la relación. Sin embargo, Leonie sabía cómo encontrarlo.

Jacques siempre había afirmado que no quería volver a casarse, pero eso había sido porque sentía que no podía volver a confiar en las mujeres después de lo que había ocurrido en su pasado. Lo comprendía. Le había dicho que la amaba, pero si lo dejaba todo para marcharse a Niza para siempre, querría tener un compromiso por parte de él. Era justo, ¿no?

Sin embargo, ¿qué era lo que tenía ella que dejar atrás?

Sus hijos no estaban. En cuanto a la casa, no tenía que venderla inmediatamente. Podría alquilársela a una pareja joven que llenaran de nuevo aquellas paredes de risas infantiles. Además, alquilar la casa la ayudaría a afrontar el gasto de un apartamento en Niza. Así, podría mudarse allí como una mujer independiente. De este modo, si Jacques no quería comprometerse, podría esperar. Si todavía no sabía que podía confiar en ella, lo aprendería con el tiempo.

Se puso de pie. La excitación había comenzado a hervirle en las venas. Podía hacerlo. Cuando Sam regresara de Chad, la casa estaría disponible para ella si la quería.

Cuanto más lo pensaba, más consciente era de que su vida allí había terminado.

Había vuelto a nacer en Francia. Bueno, al menos se había reinventado. Era ya una persona diferente. Lo único que haría sería apuntarse a uno de esos grupos para envejecer antes de tiempo.

Se imaginaba perfectamente paseando junto al Mediterráneo, levantándose temprano para ir a visitar el mercado de flores o yendo al café de Jean-Claude para tomarse una taza del mejor café que había tomado nunca.

¿Se veía también junto a Jacques para siempre?

Sí. Sin duda. Estaba preparada para comprometerse con él. También con Antoine. Era consciente de que tendría que cuidar al pequeño y estaba más que preparada para ello. Le sentaría bien sentirse necesaria una vez más.

Había tomado la decisión de pasar su futuro en Niza y eso era lo que iba a hacer, tanto si las cosas con Jacques le salían bien o mal. Esperaba que le salieran bien, por supuesto, pero estaba dispuesta a marcharse de todos modos. Amaba a Jacques, pero si él decidía que no podía correr el riesgo de casarse con ella, viviría sola en su apartamento de Niza.

Tenía amigos allí. Chantal y Jean-Claude. No eran muchos, pero sí más de los que tenía en Australia. Shane y ella habían sido pareja durante tanto tiempo que los amigos eran de los dos. Lógicamente, la

mayoría eran parejas. Dado que Shane había muerto, había perdido contacto con todos ellos. No había sido algo intencionado, sino el sencillo hecho de que una mujer viuda no encajaba en su círculo social. Era algo natural.

Sin embargo, Chantal y Jean-Claude eran amigos sólo de ella. Los había hecho ella sola y haría muchos más. Se crearía una vida. Un nuevo futuro.

* * *

Tardó unas cuantas semanas en organizado todo, en encontrar inquilinos adecuados, un agente inmobiliario de fiar y preparar su viaje, actividades mundanas y tediosas, sobre todo cuando lo único que deseaba hacer era meterse en un avión y marcharse de nuevo con Jacques.

La espera resultó aún más frustrante porque había vuelto a tener sueños sobre él, parecidos a los que había tenido antes de acostarse con él por primera vez. Era como si su cuerpo lo echara de menos y estuviera tratando de llenar el vacío por medio de la fantasía.

Cuando empezó a recoger las cosas de la casa, supo que ya faltaba poco.

Entonces, sintió de verdad que estaba pasando página. Todos los recuerdos de su familia estaban en cajas que se iban a guardar en un trastero de alquiler. Leonie no lamentaba nada de aquellos años, pero por fin había conseguido dejarlos atrás. Física y emocionalmente.

Cuando terminó de recoger todo, se sintió agotada, pero dispuesta para marcharse. Se imaginó que tendría mucho tiempo para dormir en el largo vuelo que la esperaba. Sólo le quedaba una cosa por hacer: informar a sus hijos de sus planes.

Estaba segura que se alegrarían por ella, pero, si no era así, no tenían motivo alguno para protestar.

Al final, tuvo que dejar un mensaje para los dos, lo que la apenó un poco. Le habría gustado explicarles en persona lo que iba a hacer. Sin embargo, se consoló sabiendo que ellos la llamarían en cuando recibieran sus mensajes. Podría ser que, para entonces, tuviera alguna noticia que comunicarles.

Cuando llegó a Niza, se alegró de haber reservado una habitación de hotel para poder dormir y arreglarse un poco antes de intentar ver a Jacques. Cuando estuvo lista, pensó en ir directamente a su casa, pero, como estaban a mitad de semana y era la hora de comer, el restaurante le pareció una opción más adecuada.

Después de entrar en La Bergamote, se tomó un instante en observar el restaurante antes de dirigirse al *maître*.

— *Mais non* —respondió, cuando Leonie le preguntó si Jacques

estaba allí. Se había quedado muy sorprendido al verla.

Leonie no pudo ocultar su desilusión cuando él le dijo que Jacques se había tomado unos días libres.

—Lo siento —añadió—. Está en su casa. Llevaba semanas de muy mal humor.

Creo que necesitaba unas vacaciones.

Animada por el hecho de que el mal humor de Jacques hubiera podido empezar con su partida, se dirigió hacia la parte vieja de la ciudad, al café de Jean-Claude.

Tanto él como Chantal, que había empezado a ayudarlo en el café, se quedaron boquiabiertos al verla. Cuando ella les explicó que había regresado para siempre, los dos aplaudieron su decisión.

—¿Sabe Jacques algo de esto? —le preguntó Jean-Claude.

—No. Todavía no. Está en el viñedo.

—Debes ir a verlo enseguida. Querrá saber que estás aquí —dijo él.

—No quiero entrometerme. ¿Qué crees tú, Chantal? ¿Debo ir a verlo allí?

—Por supuesto. Por eso has regresado.

—De acuerdo. Alquilaré un coche e iré yo sola allí.

Jamás se habría imaginado conduciendo al otro lado de la carretera, pero ya no tenía miedo. Algo de cautela, sí, pero no la suficiente para detenerla. Como no esperaba que su sentido de la dirección hubiera mejorado, se aseguró de alquilar un coche con GPS y se compró también un mapa de carreteras. Entonces, preparó un bolso de viaje y se marchó.

A cada kilómetro que recorría, se le hacía un nudo más grande en el estómago.

Cuando llegó frente a la casa, se sentía completamente enferma por los nervios. La casa tenía un aspecto acogedor y familiar. La brisa de la tarde transportaba el fragante aroma de las rosas. El canto de las cigarras, *cigales*, le hizo sonreír.

Sabía que no estaba bien llegar tan tarde, pero no había calculado bien el tiempo antes de salir. En lo único en lo que había estado pensando era en ver a Jacques.

Trató de tragarse el nerviosismo y se dirigió a la puerta principal. Cuando fue a llamar, la mano le temblaba.

Fue Bertrand quien abrió. Lo miró fijamente y, lentamente, comenzó a sonreír.

—¿Has venido a sacar a mi hermano de su tristeza?

Leonie estaba tan emocionada que ni siquiera pudo responder.

—Entra —añadió Bertrand. Entonces, le indicó la puerta de su despacho—. Iré a buscar a Jacques.

La espera se le hizo eterna. Cuando por fin oyó que se abría la puerta, se dio la vuelta y vio que Jacques estaba frente a ella. Él la miraba como si le pareciera que se había vuelto loco.

—¿Leonie?

Ella sintió que se le doblaban las piernas al escuchar de nuevo su nombre en labios de Jacques. Tuvo que agarrarse al sillón de Bertrand.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Te encuentras bien? ¿Es que se te ha olvidado algo?

—Sí. Se me olvidó decirte que te amo.

Jacques abrió los ojos como platos.

—¿Has leído mi carta?

—Sí.

—¿Y has regresado para decirme eso?

—Sí y yo… Voy a vivir en Niza. Esta vez para siempre.

Jacques avanzó lentamente hacia ella, como si no pudiera creerlo.

—¿Y tus hijos?

—Bueno, resulta que ya no me necesitan.

—¿Cómo?

—Se han marchado los dos de casa. Han volado del nido. Ya no me necesitan…

Jacques le acarició el cabello como si no pudiera creer que la tuviera delante.

—Yo sí te necesito…

—Oh…

Se mordió el labio para que le dejara de temblar. Entonces, sonrió.

—No te quiero presionar de modo alguno, Jacques, pero necesito saber si…

quieres estar conmigo… a largo plazo.

—Más que nada en el mundo. Es un sueño que jamás me he permitido tener.

Le enredó los dedos en el cabello y le levantó suavemente el rostro para darle un beso. Sus labios eran tan cálidos y suaves como recordaba. El beso se prolongó en el tiempo. Ninguno de los dos quería separarse, pero tenían que compensar el tiempo que llevaban separados.

Cuando por fin él rompió el beso, los dos estaban jadeando.

—¿Quieres casarte conmigo, mi hermosa Leonie? —dijo él.

—Sí.

Los dos se abrazaron fuertemente durante un largo instante. Entonces, Leonie dijo:

—Pero sólo con una condición.

Jacques se tensó.

—Tú dirás.

—Que Antoine se venga a vivir con nosotros a la casa de Niza.

Jacques se echó a reír. Ella sintió cómo la tensión le abandonaba por completo.

—No podremos impedírselo. No ha parado de hablar de ti desde que te marchaste. Ninguno de los dos lo hemos hecho.

Leonie suspiró y apoyó la cabeza contra el torso de él.

—Oh, te he echado mucho de menos…

Jacques la abrazó con más fuerza aún si cabe. Ella se sintió segura y supo a ciencia cierta que aquél era su lugar. Acababa de encontrar su nuevo hogar. Su futuro estaba al lado de él.

Epílogo

Un año más tarde, Leonie estaba en la ventana de la casa vieja, admirando la mágica vista de aquella pequeña parte de la Provenza. Era el lugar de nacimiento de Jacques, donde estaba su hogar, y, por ello, ocupaba también un lugar muy especial en el corazón de Leonie. Además, era el lugar perfecto para celebrar un banquete de bodas.

De hecho, sería un banquete para dos bodas. Bertrand y Francine se habían casado junto a ellos en la iglesia del pueblo.

Jacques no había querido esperar para casarse con ella, pero Leonie había deseado que sus hijos estuvieran presentes en su boda. Había querido que Kyle la llevara al altar y que Samantha fuera su dama de honor. Había querido que los dos bendijeran su nueva unión y su nueva vida con Jacques. Por eso, habían tenido que esperar un año para que Sam regresara de África. Había sido un año maravilloso, lleno de descubrimiento y de alegría.

La puerta se abrió lentamente a sus espaldas. Ella sonrió sin darse la vuelta.

Sabía que era Jacques. Siempre se daba cuenta de cuando él estaba cerca de ella.

—¿Estás ya lista, mi hermosa esposa? —le preguntó. Leonie se dio la vuelta y se encontró con unos ojos llenos de adoración—. Los invitados están esperando para comer.

Ella asintió. No quería interponerse entre un francés y su comida. Jamás.

Juntos bajaron la escalera y salieron al patio donde se habían colocado las mesas. Estaban adornadas con cestas de rosas y lavanda y, naturalmente, con botellas de vino. Los invitados estaban paseando por el jardín, pero en el instante en el que los vieron, todos se dirigieron hacia las mesas.

Leonie sonrió y buscó a sus hijos. Los vio acompañando a Antoine. Los tres estaban charlando y bromeando, como hermanos que ya eran.

Al verlo, sintió una profunda alegría. Siempre estaría ligada a Australia porque sus hijos seguirían viviendo allí, pero se la necesitaba en Francia. Además, allí sería plenamente feliz con Jacques y Antoine, su segunda familia. Su segunda oportunidad.

Fin